





AKINIMITAB

**LAS  
MIL  
NOCHES  
Y UNA  
NOCHE**

**PALABRART**

© 2022, Ismael Linares  
Montevideo, Uruguay





**1. Credenciales**

*Si supieras sobre mí, descartarías otra forma de llegar.*

**2. Recibimiento**

*La comida te caerá como te den la bienvenida.*

**3. Par**

*Pasé de no creer en los milagros, a topármela.*

**4. Nocturno para pluma, majestades y varita**

**5. Bambalinas**

*Lo mejor de las funciones es lo menos ensayado.*

**6. Velatorio**

*Relajados, in extremis.*

**7. Predicar con el ejemplo**

**8. Trinidad**

*La jerarquía de llegar en cuatro patas.*

**9. Pantallazo**

*Menos mala poesía, lo que sea. Si no saben de belleza, no son dioses.*

**10. Abstinencia**

*Ciertas drogas justifican sus efectos secundarios.*

**11. Sin corona, se conocen los monarcas**

*Si se trata de los hombres, campo fértil es el árido.*

**12. Reliquias**

**13. Tras las líneas amistosas**

**14. Cada día más unidos**

**15. Lazarillo**

*Las mejores enseñanzas se reciben de los menos esperados.*

**16. Arsenal**

*El que teníamos nosotros, más temible que las armas.*

**17. De tablero**

**18. Domadores**

*En palabras de Ramsés: domesticar la levadura.*

**19. Cucumelos**

*Con el cielo, quizás sea similar: si no te drogan con la muerte, no te lanzas.*

**20. Si pudimos perdonarlo, no veníamos perdiendo**

**21. Como fiera**

**22. Merecidos galardones**

*Como seda.*

**23. Con los hombros al abrigo**

**24. Desconfía de los viejos sin arrugas**

**25. Desbordados de futuro**

*No las cartas solamente: los planetas y nosotros.*

**26. Ponnos título, lector**

**27. Piratería**

*Nos llevaban a los dos, de contrabando.*

**28. Paraíso**

*Si te gusta disfrutar de los placeres de la vida, no te pierdas de la muerte.*

# 1

## Credenciales

*Si supieras sobre mí, descartarías otra forma de llegar*

“A mi derecha, la caída de las dunas. Toboganes abrasados. El recorte de serena, femenina curvatura. Timideces. Escondite. Los esbozos sugeridos y sus ínfulas de luna.

Les prohibieron, con tajante santidad, que se tocaran: así sólo se suspiran. Cada ley es ocasión de seducirse con la trampa. Comezón ingobernable. La pasión es un carril a contramano. Con los labios a centímetros, se soplan: atrevida -pero lícita- la música del aire, derramándose. Los dedos traficados como brisa. Los milenios a favor: la seducción es un hechizo sin atajos. Por detrás, el infinito laberinto de las réplicas, de médanos y médanos. Harén, entretejido bajo sábanas. El peso de la luz, sobre mi párpado.

Molesta de mirar, al otro lado, la temible vastedad en desbandada. Mar desértico, de peces como víboras. El sol interminable del Egipto. Los cadáveres, sedientos y, sedientos, los cadáveres. El mapa sin apoyos. Espejismos, a la mínima, ligera

distracción de la cordura. Manicomio. Nerviosismo. Despertar a sobresaltos. El espacio que disipa los sonidos: la pedrada tiene mucho más alcance que la voz. La cansadora libertad para los ojos, que prefieren los espectros, a la nada. La parálisis de Mut. El laberinto de verdad, es el vacío.

Mi pasado; las ofrendas; el aceite; mis estudios; la destreza de los magos al ungirme con sus ritos; el perfume de jengibre; las historias de mis padres; la mirada que sostuve mientras todos observaban el eclipse; los albores; el destino constelándonos los astros; el camello que me dieron de regalo cuando niño; los islotes; la barcaza donde, raudos, de pequeños, nos solíamos fugar; la vela grande que le puse; la cebada; las semillas que guardábamos; el oro cristalino; las pupilas de fogón; las caravanas; la cultura que traían; los ladrones; la virtud que decidimos; el ejemplo; los difuntos

-Con permiso... Los esclavos tienen hambre, mi señor.

-A los esclavos, una rápida mirada de su amo les alcanza de banquete. Pero, bien, si todavía quieren postre, maten uno. Su señor se los regala.

“...los difuntos; sus sepulcros exquisitos, de leyendas y colores; el aroma de la casa cada vez que regresábamos; el té de mariposas; el incienso de

cangrejo; la vasija de mi cuarto que mi madre recargaba de lentejas y que nunca permitió que se vaciara; los acordes; el amor; los instrumentos; el lejísimo sonido de los suyos, respondiéndome; los míos, a través de la ventana, contestándole (dos niños derramados de la noche, con el mínimo volumen que podíamos así no despertábamos a nadie - pero, bien, estoy seguro de que muchos no dormían escuchándonos. Los otros, no lograban despertarse del ensueño); las estrellas, más visibles en la noche que las rocas en el día; las bellísimas estrofas levantadas; la madura senectud de mi linaje, mi radiante juventud, el pensamiento, la labor y los milagros, son el sol a mis espaldas despejándome la vista.”

-Pasarán cuarenta siglos y será maravilloso todavía. Vigoroso, ¡juvenil! Querrán poner, con los papiros de su época, los míos. La modestia simulada, teatral, es la peor altanería: comparados, no tendrán impunidad. Apenas uno de millones se podría parecer, en todo caso. Los poetas como yo, nacemos poco. Continuemos.

-¡Carguen todo! ¡Nos marchamos!

En minutos, embarcaron otra vez y se sentaron a los remos.

Valen menos los avances. Diferentes de los cables de metal o la palanca, mis ingenios no se pueden inventar.

Algunas cosas, si las miras desde lejos, se ven grandes. Otras tantas, se ven ínfimas: así, las imponentes. Adelante, parecía que danzaba - movediza del calor- un puñadito del desierto: la soberbia capital.

## 2

### Recibimiento

*La comida te caerá como te den la bienvenida*

-¡Qué fantástico tenerte con nosotros otra vez!

-Hacia mucho, de verdad, que no venía.

-Tú no vienes. Tú regresas. Es tu casa.

-¡Como digas! Sobre todo, si me siguen recibiendo con botargas.

-A tu tío le gustaban. Si ya tiene decidido no venir, se las tendremos que llevar.

-"Dormir afuera".

-¿Cómo dices?

-Que con tal de revivir tus años mozos, de beber de los jarrones y de no dormir aquí, te vas al sur. Y, lo peor, es que los uses de carnada: los amigos no se tienen para eso.

La calmé:

-Lo cuidaremos. Bajo llave no de palo: de metal, si nos obliga.

-¿Qué les pasa? ¡Por favor! Dije “tendre-mos”. Tú y yo. ¿Por qué no quieres visitarlos? ¡Eres tú que te relegas!

-Con permiso, mi señor. Tenemos todo descargado. Las estibas están prontas, en depósito.

-Perfecto. Las iremos a mirar por la mañana, con más luz. Ahora coman y descansen.

-Si no vas a precisar de tus esclavos, los atamos con los nuestros, en el fondo. Caben más de cien cabezas.

-Mejor no, que se contagian de las mañas y, después, preciso cuerdas y cercados.

-Ahí tienes. Otro mérito del sur. Los deberíamos traer de

-No. No vas a ir. Que te los manden.

No dejó que terminara. De común, se los tenía que tragar. Estaba gordo de comérselos. Los puntos - sobre todo los finales- eran cara potestad de su señora.

-Pero, ¡dioses! Yo no quiero molestar a mis amigos, ¡son personas ocupadas!

-Pero quieres molestar a tu mujer

Y le pegó con un sopapo que pensé que la mejilla quedaría de sombrero sobre alguien, en la

calle. Muchas veces los obviaba: resultaba más tajante, sin lugar a discusión, la mano dura que los puntos.

-No te tengo que decir que la ventana queda cerca de tus chistes. A la próxima, te tiro.

Desde niño, me reía sin parar con las golpizas que solía recibir. Pero jamás le respondía, por supuesto. "Los nudillos de la casa son flechados". A lo sumo se trataba de cubrir, cuando le daban los reflejos. Parecían dos actores en escena, pero eran de verdad. Le fascinaba provocarla. Comparada con las otras, que tan sólo se violentan porque deben, su mujer tenía gracia. No pegaba sin poner un toquecito de los suyos. Educaba, no tan sólo reprendía. Sus ladridos casi siempre terminaban con alguna reflexión. "A los cuarenta. La belleza no se puede juzgar antes. Jovencita, cualquier chica se ve bien." Con el esmero por emblema, disfrutaba de su rol.

Al otro día madrugamos. Él y yo. Los inspectores, de común, liberan antes los permisos de las firmas reputadas y, nosotros, en verdad hacía mucho que lo éramos, con todos los registros y controles - que no siempre significa ser los más acaudalados: tener todo bajo regla resultaba costosísimo.

Fue rápido, por suerte. Le dejamos los pedidos al esclavo principal y caminamos a la calle: los

depósitos son frescos, pero chicos. La mañana ya venía levantando su volúmen con el sol. Es un imán de frenesí. La madrugada me fascina porque logra disipar su polvareda. Huele limpia. Ya la luz la trae de nuevo, con la gente. Las ofertas a los gritos. Los escribas. El incienso del mercado. Los que salen, nada más, a no perderse del barullo. Los que salen a vivir y le contagian a los perros su locura. Los que tienen que salir sin todavía despertar, que son mascota de sus perros. El volúmen parecía traccionar de la mañana: los camellos recargaban sus distantes travesías en el Nilo. Ya volvían los primeros pescadores con las redes implorándoles piedad, hinchando límites, obesas. “¡Descargaaar!” Los coletazos. Los puesteros disputando las esquinas. Lo relojes adelantan con mayor velocidad en estas horas. Los planetas van más rápido. La sombra sobrepasa la del sol. “¡Al rico tééé!” Los cubrecuellos a secar. Los ofrenderos. Las balanzas el pescado. Los augures los enfermos. El olor los prestamistas. El ganado los tejidos las alhajas. El dinero las subastas los matones. Los corderos el perfume los mendigos. Las semillas el papiro los ladrones. Los inválidos las ánforas el pan los mentirosos. La verdura los herreros el calor las discusiones. Los acentos el shedeh los martillazos las cadenas el desorden.

Y, de golpe, la mañana quedó muda. Los oídos parecieron desmayarse. Se callaron las personas y las cosas, todo junto. Pertinaces tironcitos me cinchaban de la ropa. Me tendí

-Para la próxima, sé rápido...

Me dijo, con el mínimo volúmen que podía.

-

-Ssht.<sup>1</sup> Ahora no. Tan sólo márcate la frente con el piso.

La tenían que pegar, haciendo fuerza.

Tú podías elegir: o te tumbabas o seguías en lo tuyo, vertical. En este caso, te podían dispensar o degollarte, según cómo le cayeras. Pero, bien, si te llegabas a tumbar y no veían, a la orden de pararse, que, de veras, no tan sólo con su peso ¡con tus músculos! habías apretado la cabeza con el piso, te mataban sí o sí. La sumisión a medias tintas -los poetas compartimos- es peor que la flagrante rebeldía de los jóvenes, indócil, atrevida, seductora.

Sshhiíík!... ¡Tucc! tuc.

Una cabeza. Por el eco de sus golpes al picar, me pareció que provenía del depósito. Muy bien.

---

<sup>1</sup> En el texto manuscrito, Akinimitab puso una tilde en esta hache. Ningún teclado permitió transcribirla de ese modo.

Raspé la frente con el piso, porque vi que la cuestión venía seria. No quería ser el próximo. Pasaron los segundos como días y, de pronto, retumbando del silencio, con bellísima dicción, oí que alguien declamaba mis estrofas

“...El espacio que disipa los sonidos: la pedrada tiene mucho más alcance que la voz. La cansadora libertad para los ojos, que prefieren los espectros, a la nada. La parálisis de Mut. El laberinto de verdad, es el vacío.”

¡Por Amón! Sentí dentera. Si dejaba continuar (especulé) significaba que mis versos le gustaban. O, tal vez, escudriñaba contenido sedicioso.

“la mirada que sostuve mientras todos observaban el eclipse; los albores; el destino constelándonos los astros; el camello que me dieron de regalo cuando niño; los islotes; la barcaza donde, raudos, de pequeños, nos solíamos fugar; la vela grande que le puse; la cebada; las semillas que guardábamos; el oro cristalino; las pupilas de fogón;”

Me preocupé: cuando llegaran al final, ¿preguntaría por el nombre del autor?

“las caravanas; la cultura que traían; los ladrones; la virtud que decidimos; el ejemplo;”

¡qué vergüenza que tuviera que pararme cuando él me demandara!

“los difuntos; sus sepulcros exquisitos, de leyendas y colores;”

¡y no antes por mi mismo!

“de la casa cada vez que regresábamos; el té de mariposas;”

El autor de semejante maravilla, derramado por el piso... Ya llegaban al final ¡Qué cobardía! ¿¡Desde cuándo los poetas tienen miedo del amor o de la muerte!?

“la vasija de mi cuarto que mi madre recargaba de lentejas y que nunca permitió que se vaciara;”

Ya jamás escribiría convencido...

“los acordes; el amor; los instrumentos;”

Me paré.

-¿Qué diablos haces? ¡Ven aquí!

Mi corazón, en el silencio, palpitaba con sonoros aletazos. Avancé con las rodillas constreñidas. El temblor me traicionaba. Me costó, pero llegué. Los escuchaba, todavía sin entrar, al otro lado de la puerta. Lo dudé. Me di la vuelta. Me quedé con las espaldas apoyadas a milímetros del marco. Nuestro socio,

procurando no llegar a despegarse, me decía que volviera ¡como loco! con el índice

“los míos, a través de la ventana, contestándole (dos niños derramados de la noche, con el mínimo volumen que podíamos así no despertábamos a nadie”

Tomé aire. Me traté de controlar: un escritor que no se ve como su obra, huele raro. ¡Que no fueran a pensar que no lo era! “Basta ya de tonterías”, me mordí. Sentí las muelas en las sienas. Miré lejos. Ni siquiera levantaban la nariz los hipopótamos del Nilo: morirían asfixiados, pero, bien, en una pieza. Con un dejo de metal, como de hierro, sentí sangre por la lengua. Su sabor anestesió la cobardía - los poetas, más allá de las metáforas, llamamos a las cosas por su nombre. Sentí clara la cosquilla del valor.

“de mi linaje, mi radiante juventud, el pensamiento,”

“Santos dioses... ¡ya termina!” Las rodillas me temblaron otra vez. “Los valerosos (me traté de convencer) son entendidos en temor. Han convivido por capítulos con él. Si no se teme, no se puede ser valiente”.

Lo siguiente que recuerdo, todavía con muy poca claridad, es encontrarme, casi épico, delante de

su guardia. La vultita del portón se me borró de la memoria. Las rodillas aguantaban.

“la labor y los milagros, son el sol a mis espaldas despejándome la vista.”

Por Amón. ¡Punto final! No sé si antes entendía la palabra “desnudez”. Al terminar, el que leía, dijo algo que no pude comprender. Cuando querían discreción, utilizaban, entre ellos, un idioma diferente, con más música que voz. He de decir que no sonaba nada mal.

Era tranquilamente alto. Su mirada se veía por encima del recorte de cabezas, inquietándote los nervios. Todavía sin corona ni poder, sería fácil distinguirlo, sin error. Hay ciertas cosas que no puedes parecer si no las eres de verdad. El faraón, lo parecía.

Dijo algo, sin mirarme (pero vi que me miró, por un segundo). Muy cordial, un integrante de su guardia se volvió para decirme:

-Por favor, nos gustaría que vinieras con nosotros al palacio. Si precisas llevar algo de tu casa, mandaré que te lo vayan a buscar.

-Iré con gusto.

Respondí. Pero, por más que sus palabras hayan sido tan amables, no te dejes confundir: el “por

favor” y la tersura del acento no quitaban que, si yo no consentía, no me fueran a llevar a latigazos.

### 3

## Par

*Pasé de no creer en los milagros, a topármela*

Jamás se detenían. Parecían dos pequeños incansables. Se podía dar las dos definiciones: que pelear era su modo de quererse, como dicen de muchísimas parejas, o que, menos repetidos, el amor era su forma de pelearse.

-Te saliste con la mía, ya lo ves.

-¿Por qué lo dices?

La tensión les estiraba las arrugas. Me froté las emociones.

-Porque, bien, estás aquí. Tú te querías ir al sur, ¿no lo recuerdas?

-Es verdad. Y todavía tengo ganas. Así que

-¿qué?

-que todavía yo me salgo con la tuya, cada hora que transcurre.

Se quedó, por un eterno santiamén, sin darse cuenta si debía reprenderlo. Los sismógrafos, atentos,

prepararon las agujas. Un segundo, para nada digestivo. Parecía que sus puños se mordían los piñazos, con las uñas. Alcanzaba con un último poquito. Decimales. Esperanza. Las pirámides vibraban de tensión y, los nudillos, de las ganas.

-Yo no sé si, de futuro

Suficiente. La secuencia barrió todo: copas vino voz y cara. Satisfecho. Ya podía despedirme.

De regreso, caminé por la ribera. No se puede concebir que, con el río tan a pie, nos desplacemos por las calles interiores. ¿Qué poeta logrará rivalizar con la cadencia de su calma? Más allá, del otro lado, se veían, como pulgas, los obreros levantándole fastuosos monumentos a Ramsés. Será difícil superarlo. La cansina vibración de los martillos perduraba con atmósfera flotante. Su perenne tenuidad amalgamaba, tan soluble con el aire, que costaba distinguirla del silencio. Más al fondo todavía, las pirámides, traídas a pedazos desde lejos, declaraban la paciencia demencial de los egipcios.

De repente, cierta voz, haciendo sombra sobre toda las demás, llevó mis versos al bonito restaurante de Kefrén, cuyas sombrillas invitaban a comer sobre la rambla. Parecía dirigirse, capital, en dirección al horizonte de las mesas:

-¡¿Tú qué miras?! ¡Ya! ¡Sumérgete de bruces en tu plato!

Vi mejor. Los gritos iban a -bonita de tener una rival, pero la chica parecía no querer hacerle caso. No dejaba de mirar, imperturbable. La gritona, con un gesto terminal, sin más remedio, se paró.

-¿¡Que no me oyes!?

De pasada, sin perjuicio de sus pasos, agarró, para ponérselos de puño, dos melones. “Enseguida se los traigo, con más salsa colorada que melón”. Los comensales asintieron, congelados en su mesa, sin poner una palabra por delante de su rumbo. De verdad, no convenía. Yo la vi.

-Maldita zorra. Con que miras a mi novio...

Masculló. De los melones, sacó chispas, como quien los afilara. Tóctoc tóctoc tóctoc tóctoc. Parecía simular un corazón, con cadenciosos golpecitos. El destino caminaba con sus piernas, imparable. ¡Se venía! Pasos antes de llegar, abrió los brazos y, con todos expectantes para ver si la cabeza resistía, gritó duro como dándose poder y le p

Alto. Se detuvo. Quedó quieta, sin romper la posición, mirando fijo los pequeños movimientos de la chica. Lentamente, los melones recobraron su color. Estaban grises, asfixiados por la fuerza de los dedos.

Era... rayos. Terminaba de comer con esos dulces, delicados movimientos de los ciegos. En sus órbitas, flotaban las pupilas de los ojos que no ven. Silencio raro. Solamente se sentía la cuchara de su mesa titilando mientras ella se paraba.

La matona no sabía qué decir. Bajó los brazos, mucho más avergonzada que tranquila. “¡Por favor! Si me permites ayudarte... ¡Por favor!” Con la torpeza tan común de los que nunca precisaron asistir a familiares, intentó, con tartamudas posiciones, oficiarle de sostén y marcapasos

-¿Qué sucede? (sonrió con simpatía) Puedo sola, muchas gracias.

-¡Por supuesto! Pero, sólo que... por poco... bueno... Vamos, sólo déjame, que debo compensar. ¿A dónde ibas?

-A mi casa, pero no te

-Pero nada. Vas conmigo. Yo también ya me marchaba.

Con los dedos liberados hizo señas a su novio, que dejó por la mitad lo que tomaba - sin obstáculos, por supuesto.

Cuidadoso, pocos versos por detrás de sus palabras, los seguí. Yo, que venía desde lejos observándola, sabía que podría ser de todo, menos

ciega. Tanto más, por su mirada de pincel, hubiera dicho que veía más bonito que cualquiera de nosotros.

La llevaban, en eterna lentitud, con el agarre minusválido del brazo. Los caminos principales, a medida que doblaban, se volvían secundarios y, las calles, corredores. Las personas, deferentes, cada vez tenían más que recostarse de pared a las espaldas, reducidas a su mínimo perfil y con la panza bien metida. De contrario, todos juntos no pasaban.

-¿Nefertara? ¡Santa Isis! ¿estás bien?

Con qué frecuencia los vecinos, sin querer, complican todo... Magistral, alzó la mano que tenía sin agarre por encima de los dos y, con un gesto de los dedos imposible de copiar ¡pero clarísimo! le dijo “vamos, córrete del medio, ¡no te metas!” La señora comprendió. Seguramente, combinó la precisión del ademán con una pizca de su rostro, pero yo, por ir detrás, no se lo vi. Después siguieron otro poco, caminaron algo más y la dejaron en su casa.

Toc toc tóctoc

No lo quise comprobar, pero sentí que las ventanas me miraban escondidas. Yo también, en su lugar, hubiera sido precavido de que no me descubrieran los recientes engañados.

-¿Qué desea?

Levanté la... Maldición. Qué cosa linda. No se puede ser artista sin que todo se te mezcle.

-¡¿Qué desea?!

No se puede ser bonita sin que

¡Paf!

Por poco quedo con la puerta de nariz. Probé de nuevo:

Tóctoc toc toc

-Tú de nuevo.

-Fue fantástico. Te vi. Los engañaste como niños.

-Es verdad. Por muchas cuadras. Sin apuro.

Bendiciones. A cualquiera, por lo menos una línea de la cara, se le mueve. Pero ella, muy distinta de cualquiera, desafiaba los momentos de tensión, multiplicándolos.

-Actriz.

Ahora sí, se le movieron las pupilas. Es lo mismo que me pasa cuando, sólo de mirarme, lo descubren: “escritor”.

-En media hora comenzamos un ensayo, ¿quieres ir? Hay un papel que te cabría, me parece

-No me voy a desnudar.

-Es más difícil que tan sólo desnudarse. ¿Lloras fácil?

-¿De qué ojo?

Sin dejarme de mirar, dejó caer, de cada uno, sendas lágrimas en orden: la segunda no salió sino tan sólo cuando ya se desprendía, de su corte, la primera.

De camino, conversamos nada más lo suficiente para no pasar ninguno de los dos por antipáticos. Salimos enseguida de su calle. “Ven. Tomemos ese carro”. Sin opciones, parecía ser el único. Cruzamos hacia él. Un pasajero procuraba negociar con el reacio conductor; “no nos ha visto. Vamos, súbete. Yo hablo”. “¿Desde cuándo los actores son puntuales?” preguntó, como con suave desconfianza. Le pagué lo que pedía “por favor faltaba más” y me subí. Nos dirigimos al oeste por la calle de Los Muertos, hasta dar con los jardines de Tefnut. Circunvalamos las esfinges que le tienen erigidas en honor y nos abrimos por Batalla de Qirfitys al distrito de Tutmosis. A medida que seguíamos, los barrios mejoraban.

-¿Dónde es?

Yo prefería no decírselo. Temía que, sabiéndolo, no fuera.

-Falta poco.

Los camellos aportaban su tranquila lentitud a la ciudad. En esta época de vértigo, su paz es ecológica.

-Por algo no me dices.

Comentó como besando las palabras, insonoras pero nítidas. Pilares antiquísimos tramaban otro cambio de paisaje. Cada vez había menos peatones para calles cada vez más espaciosas. Me miró. Los Obeliscos Alegóricos rayaban el camino con su sombra transversal. El conductor, volviendo dudas en el rostro, preguntó. Le respondí que continuara. Más allá, tocaban brillo con el sol los ornamentos de metal. Nuestros camellos, a pesar de que tenían más espacio del que nunca por las calles, avanzaban cautelosos. Solterón, un imponente monumento de Ramsés hacía centro de la virgen explanada delantera.

-Bien. Ahora detengámonos. Perfecto. Muchas gracias.

Me bajé para servirle de sostén.

-Son envidiables las historias que tendrás para contar a tus amigas. Pero, bien, estás a tiempo...

No lo tengo que decir: estaba tensa. Más allá de su fantástico control, era normal que, por debajo de la máscara, tuviera lo de todos. En la mano que me dio para bajarse, percibí su temblorcillo. Desde lejos,

vi venir al hipopótamo bebé que parecía, por la forma de salir a recibir, un perro más. Yo, ciertamente, no le tengo demasiada simpatía. Según dicen, si la pluma pesa menos, se lo tiran, como sobras a matar, al dios Ammyt, que tiene piernas parecidas, gordinflonas de comerse corazones.

-Pasaremos por la guardia, ¿tienes algo?

-Nunca salgo sin mis armas.

La miré. “Las intangibles”, aclaró.

Necesitábamos, aún, hacer el trecho que se debe caminar de los portones al palacio.

-¿Cómo debo conducirme?

-Natural. El faraón y los artistas tienen plena libertad en el palacio. Son los únicos que pueden comportarse como quieran.

-Es mentira.

-Para nada. Si te pasas de los límites y robas, por ejemplo, te convidan a marcharte, pero no se te castiga.

Suspirada por los médanos, la brisa, con espacio, nos llegaba tan perfectamente limpia que podíamos oler a las palmeras escoltándonos.

-¿Y él?

me preguntó cuando pasábamos al lado del granito de Ramsés, pisando zócalo.

-Resulta muy difícil encontrárselo. Se ve que sale poco de su círculo; no sé... (le referí muy brevemente lo del puerto, que lo debes recordar) y nunca más lo vi de nuevo.

Pocos pasos adelante, le veíamos la cola, con simpático vaivén, al hipopótamo.

4

**Nocturno para pluma, majestades y varita**

-Más sutil.

-Será difícil que se vea.

-Yo lo veo demasiado. Te lo debes cincelar con alfiler: un gesto tenue dice más que mil piruetas en el aire.

-Continuar sutilizándolo sería congelarse. Para eso no precisas un actor. Con mucho menos, lo resuelves.

Enseguida recordé la sorprendente frialdad de Nefertara, que siquiera titiló con los melones inminentes.

-¿Sonreíste?

-¿Sonreí? ¿Me viste bien?

No respondía.

-Vamos, piénsalo: ¿me viste sonreír o solamente te quedó la sensación?

-...

-Ahí lo tienes. Eso quiero. Que se note, pero no porque lo haces. Ven, explícale.

-Sencillo. Necesitas olvidarte de la piel. El gesto tiene que nacer como reflejo. Lo que debes intentar, aunque no sea lo primero que se ve desde las filas, es actuar el interior: las pulsaciones, los bostezos o la fiebre. Por ejemplo, la laringe repercute, según tú la movilices, en los ojos. A su vez, con el estómago consigues un efecto natural en la laringe. De manera que, lo mismo que las notas, la pupila tiembla mucho más real con la garganta. Las arcadas, por su lado, se tendrían que lograr con el ombligo.

Para ella, resultaba muy normal actuar color o palidez, ritmo cardíaco, sudor, ojeras, ¡várices! ¡resfríos! Le sangraba la nariz de solamente concentrarse. Como fuera necesario, tan real como que lees, actuaría la caída del cabello.

-¿Nos tomamos un recreo?

-Me parece correctísimo.

-Vayamos... ¿al oasis?

Asentí. Detrás del predio del palacio, con mesitas y con bar, había uno. Más allá, sin evidencia de los hombres, el desierto se tendía.

De camino, transitamos por las ruinas de Matnami. Los arqueólogos, aún, estupefactos, ¡confundidos!, desentierran artefactos imposibles de creer que los usaran hace siglos. Y, nosotros, ante todos sus avances, declarándonos modernos... Apogeo del ridículo. Ternura. Cerrazón de los salvajes. Imagino que su gente nos sonrío con la sana comprensión de los abuelos a sus nietos. De seguro que también, como nosotros, se decían: “no nos vamos a mentir, la vida sigue siendo dura - pero nunca fue tan fácil como hoy, con adelantos tecnológicos, refranes y cerveza”.

Los grabados todavía sobreviven en algunos de los muros. Es curioso que los siglos se sucedan y las artes, en Egipto, no varíen. El estilo no te dice casi nada de la época: la forma de los cuerpos es igual. Pero ¡recórcholis! ¡qué formas! ¡Para qué modificar esas cinturas! ¡Esos hombros! ¡Ese porte! Los antiguos entendían la belleza, cabalmente. Ya sabían dibujarse la figura mucho antes de que Isis madurara para darles el ejemplo. Por lo mismo, no les creas a los tantos escritores que vendrán, después de mí, con la mentira del estilo renovado, ¡con la farsa de que son originales, no peores! Si no logran lo que yo, será más bien, porque no pueden. ¡¿Cómo ser originales?! Nuestros dioses, con cabezas animales, vienen siendo surrealistas desde siglos. ¡Nuestros dioses! Es lo más

tradicional que nos podríamos plantear: la religión. Y cada vez que se platique del progreso del artes, habrá miles de figuras antiquísimas dejándolo pasar, con el gentil minimalismo surrealista del Egipto.

Demoramos lo de siempre, tres o cuatro cantimploras de las chicas, entre todos los que fuimos, seis o siete nada más. En el palacio se quedaron unos cuantos. Al llegar, ya nos habían -porque siempre la tomábamos así- desenterrado la cerveza de la cámara profunda, levemente congelada. Por el gusto, sospeché que proviniera de los márgenes del sur. Nos obsequiaron, de comer, escarabajos que fritaban en aceite vegetal condimentado con esencias. Extasiado de frescor, el hipopótamo bailaba con el agua. Las palmeras enrejaban el calor. Bajo sus dátiles, nosotros. En los cuerpos, el dibujo de la sombra, como cebras.

-Me parece que, si bien aún debemos mejorar, nos encontramos no tan mal como pensamos. ¿Tú qué crees?

Las cosquillas del estreno comenzaban a sentirse.

-Despreocúpate (le dije, respondiendo para todos). Yo los cuido. No les voy a permitir pasar vergüenza. Si debemos postergarlo, se posterga. Sin embargo, por ahora vamos bien.

Con lo primero, les mentí: no se podía retrasar. Con lo segundo, más o menos. Por entonces se veía sin defectos, pero yo, sinceramente, prefería que la obra desgarrara corazones a granel, aunque tuviera sus lunares. Todavía me faltaba conseguir, de los actores, lo que siempre, sin obstáculos, había conseguido del idioma.

-¿No me cortas, por favor, un estilete? Traje uno, pero ya lo tengo romo.

Me cortó, con diagonal exactitud, una cuchara de madera por el mango. ¡Tac! - ¡tac! - ¡tac! Estaba práctico. Recuerdo cuando casi la tenía que pelar, hace semanas. Con el pincho de coser los embutidos, le talló la canaleta.

-¿Tinta tienes?

-Y papiro.

Lo saqué del cobertor, desenrollé lo que quería revisar, y corregí.

-Donde decías “no lo hagas, por favor”, ahora dices “está bien, pero lo haces o me matas”. Eso sí, que no lo sepa nadie más. En los ensayos que nos restan, continúa con el diálogo de siempre, sin ninguna variación. Sólo lo cambias una vez en el estreno.

Me miró sin comprenderme.

-¿Cómo dices?

-Hazme caso. Con la máxima confianza.

Yo quería, justamente, que se vieran sorprendidos. Reducirles perfección. Que los detalles escaparan a sus cálculos. Volverlos, en su talla colosal, profundamente naturales. Lo que ganas con cosméticos, lo pierdes en embrujo. Lo mejor es cuando dejas de pensar tus movimientos, en la cama. Si tuvieran las paredes desgastadas, las pirámides, quizás, serían arte.

-¿Ven aquella caravana?

Nos paramos.

-¿Quieren ir? Parece grande.

Rebosantes de canastos, los camellos jorobaban la tersura de los médanos. A veces, lo mejor no conseguía terminar en los comercios o las ferias. Además, era bastante más barato si podías adquirirlo de los propios porteadores que, después, en la ciudad. Así que fuimos. Precisábamos, aún utilería. Las cadenas, por ejemplo, que, ninguna, deprimida por el piso, lloriqueaba de la forma que quería. Las buscaba de dolor, no de metal.

En la medida que nos fuimos acortando la distancia, vimos más. El entramado de las patas, en hipnótico mosaico movedizo. Todavía no se usan

demasiado, pero son el animal de las arenas: si los dioses te complican con desierto, te compensan con espaldas que lo carguen. Los esclavos mochileros, adelante, para no pisar la bosta. Los bozales, adornados con pompones. El maestro navegante, con las rutas en la palma de su mano. Los demás, importadores atrevidos, mucho más exploradores que tan sólo comerciantes: cuando quieres acordar, ya rivalizan, en idiomas extranjeros, mundo, lista de contactos y cultura, con los propios diplomáticos.

“¿Ven eso?” Paulatina, la distancia, cada vez un poco menos engañosa, con los hechos a merced y peatona lentitud, desempañaba la verdad. Apenas eran mercaderes, de tendal y callejón, con esa ropa que les cuelga. “¿No son mulas?” Te lo dije. Los camellos son escasos. “¿Regresamos o seguimos? ¡Es un público capaz de confundir malabaristas con actores!” La molesta sugerencia, sin embargo, no sirvió como creía: las muchachas se mordían por comprar “un collarcito”, por lo menos. “Está bien. Ya que vinimos, revolvamos esas bolsas. Algo tienen, de seguro.” Los esclavos se veían harapientos. Eran niños, casi todos. El olor cobraba vida. Sus cabezas se peleaban por los piojos. Los llevaban más cargados que las mulas. Ser barato tiene costos.

-No saludo porque sí.

-Ni yo por sólo saludar.

-¿De dónde vienen?

-De regiones donde, monstruos, enfermar es una culpa.

De común, así decimos a las zonas de barbarie, donde suelen confundir al exorcista con el médico. Tenemos, en Egipto, las antorchas del progreso: nutrición, arquitectura, propiedad y, sobre todo, medicina. Muchos vienen a tratarse, desde cientos de kilómetros, jaquecas, urticarias y distintas afecciones. Mucha várice también. Algunos médicos son más esteticistas que doctores (una rama floreciente desde décadas ¡o siglos!). Es peor la comezón ¡te rascarías con serrucho! Desespera mucho menos el dolor, aún a costa de las muelas trituradas. Una vez que resolvamos el problema de los piojos y podamos tener pelo ¡no raparnos de continuo! serán héroes. El cabello, más visible que los propios obeliscos, hablará de lo cercanos que se hallan de los dioses. Les haremos monumentos, cada cual, con su peinado.

Por supuesto que también hay otras cosas importantes, arte, leyes y caminos, pero, bien, hay sociedades que, teniéndolas, aún son atrasadas.

Enseguida comprobamos que traían baratijas de descarte. Les tratamos de comprar algún artículo por sólo compensarles la molestia, pero, pronto, se pusieron insistentes:

-¿Nada más?! ¿No necesitan un harén?  
Después los comen, ¡están tiernos!

Percibieron lo brutal que se nos hizo, pero no se retrajeron. Al revés. Acomodaron el discurso:

-Se los llevan o, si no, los comeremos esta noche.

Nos miramos, alejándonos. Allí, tomaron uno de los niños, le cruzaron un cuchillo por la sien y nos dijeron:

-¿No lo compran? Lo carneamos. ¡Novecientos!

Las ojeras destacaban la locura de los ojos, que saltaban más acá de la nariz. Se nos venían:

-¡Ochocientos!

Lo tenían por delante. La carrera les trezaba los tobillos. Él trataba de volar, con los piesitos separados. Se cayeron. Intentábamos huir. Se levantaron:

-¡Setecientos!

Nos estaban... ¿persiguiendo? “¿¡Quiénes son estos salvajes!?” El apuro levantaba polvareda. La barbarie nos pisaba los talones. “Yo qué sé ¡no te detengas!” Padecían un trastorno demoníaco:

-¡¡Seiscientos!!

Lo traían en el aire, levantado del pescuezo. Los pasitos le colgaban:

-¡Ya! ¡Cerremos en quinientos! ¡¡En quinientos!!

El oasis parecía distanciarse de nosotros. Un actor se tropezó. Lo recogimos, sin llegar a levantarlo. Lo llevábamos a rastras:

-¡Cuatrocientos!

Cada vez había más de su calaña salpicada por el reino. Parecían iletrados en higiene. Su presencia se movía con el viento. Como padres, son tenaces mercaderes - criarían a sus hijos solamente por vendértelos:

-¡¡Trescientos!! ¡No se puede ser así! ¿De dónde nace su maldad ¡que no lo compran!?

Impostaban un rugido desgraciado que tan sólo provocaba repulsión. “¡No se detengan! ¡Falta poco!” Los pedruscos nos hacían acordar de las sandalias, incapaces de correr, abandonadas:

-¡Está sucio! ¡No tenemos ni camellos que lo laman! ¡Lo tendremos que pelar! ¡Será su culpa!

Ya, sin dudas, las habían recogido de propina. Me deshice del cintillo para ver si se quedaban como perros, mordisqueándolo.

-¡Doscientos!

“¡Gran idea!” proclamaron los demás, y comenzaron a librarse de las prendas. Los varones, de la falda; las mujeres, del vestido. ¡Ya corríamos desnudos! “¿¡Todavía nos persiguen!?” Intenté, sin tropezar ni detenerme, cachetear un panorama con los ojos de la nuca. “¡Dos o tres!” Con el pequeño por ahí, revoloteando. Desde lejos, nos creían espejismo, de seguro. Paisacurvos, espoleábamos esbozos. El desnudo rebotaba de correr.

-¡Tan sólo cien! ¡Ustedes ganan! ¡Por favor tan sólo cien!

Y cuando ya nos alcanzaban, despuntaron del oasis, con eriza formación, nuestros amigos. Permitieron que pasáramos nosotros y, después, cerraron picas, manteniéndolos a raya. Con el último retazo del envión, nos arrojaron al pequeño. Voló largo, por encima de las pértigas, centrífugo, girando sobre sí. Quedó colgado del impulso, como pájaro del sol. Eclipse. Nube. Los segundos amainaron. Un perímetro de luz le coronaba las aristas. Aliviado. Suspensivo. Parecía, por primera vez en años, encontrarse sin más carga que su sólo libertad. No terminaba de caer, hasta que...

Páf paf pafpaf

-¡Mil!

No se quedó con la caída. Con la máxima premura, se paró. Frotó sus ojos y trató de reorientarse, todavía con el polvo del porrazo lloviznando sobre sí. Los pajaritos le volaban, con errático zigzag, alrededor de la cabeza.

-¡Ya lo tienen! ¡Por favor ahora páguenlo!

“Malditos...” Un actor, completamente fastidiado, lo tomó para tirárselos de vuelta, pero justo cuando ya lo terminaba de lanzar, se le prendió como los gatos. ¡El oasis o la piel! Se lo trató de despegar como con asco, mientras él se le movía por el cuerpo, sin soltarse.

-Basta ya de todo esto. (Nefertara. Con un tono que podía congelar al faraón) Lo llevaremos de regalo.

Nos quedamos en silencio. No nosotros nada más, ¡los mercaderes!

-Un placer. Ahora lárquense.

Sus caras parecían envolver irritación. La masticaron un momento, la tragaron y, con torpe digestión, no demasiado convencidos, empezaron a marcharse - pero uno se dio vuelta:

-¡Prostituta!

Le gritó. Los de su clase, como pulgas con los hombres, observaban una pésima conducta con las chicas. Era raro. Parecían ignorar, a rajatabla, con el

odio singular de los fanáticos, el código de Isis. “Vas a ver. Estos idiotas, algún día, serán ellos que les peguen a sus novias”. Los varones, en flagrante cumplimiento, sin más armas que los puños y los dientes, avanzamos a la línea de las picas en defensa de la diosa. Son extraños. Se parecen excitar con la violencia, pero, luego, si les llegas a tomar el desafío, nunca ganan.

-¿El pequeño?

Las palmeras no querían delatarlo, “¡somos ciegas!” y los pastos señalaban en distintas direcciones.

-Está bien. A los que nunca conocieron otra clase de patrones, se les hace más difícil ser esclavos que ser libres.

El desierto, para muchos, es igual que la piscina. Comenzaron a pensar en platos fuertes.

-Ya por hoy ha sido más que suficiente. ¿Regresamos? Tengo hambre.

-Yo también. ¿Estás leyéndome la panza?

-Yo me quedo.

Lo dijimos a la vez.

-Avisaremos a los mozos que, si no, después se marchan.

-No precisa. Que nos dejen la comida preparada que nosotros la ponemos en el fuego. ¿Nadie más nos acompaña con la última cerveza?

Nadie más. El hipopótamo, de tanto chapotear, también estaba con más ganas de cenar que de quedarse. Nos miró como diciéndonos “adiós” y, con un gordo caderazo, se volvió para marcharse con los otros.

-Ya los jóvenes no vienen como antes. Quedan pocos. Aprovéchense. (La voz del tabernero, destapándonos la jarra) Si no viene nadie más en media hora, yo me voy. Pero les dejo la bodega sin cerrar.

Como sucede con la luz de las estrellas, que no puede distinguirse si la luz aturdidora de la tarde no se marcha con la noche, fue lo mismo con el sol de las personas. A medida que se fueron alejando, los sonidos del oasis comenzaron a sentirse con la misma claridad con que titilan, imposibles de no ver. En un principio nos sentimos medio raros, me parece. Pero pronto nos hallamos distendidos, de vergüenza reclinada. La ciudad se delataba con faroles incipientes, se vaciaban los relojes y la tarde consumía ya sus últimos colores, incendiándolos. El cielo se veía como piensan los pintores y la brisa nos soplaba por el cuerpo, sin pudor. “¿Por qué brindamos?” El aroma del desierto destapaba los pulmones.

Respirábamos tranquilos. No teníamos apuro. “Ya brindamos por el arte, por Amón y por el niño... ¿por los muertos?” Levantábamos los vasos a la cota de los ojos. “Corresponde. Por los muertos”.

Como todas las actrices que conozco, se valía del presente. Lo sabía disfrutar con los sentidos. Percibía los colores en la piel y los miraba, contorneando la muñeca. Yo también. Sus manos eran delineadas; parecían un esbozo, sin presión.

-Por los detalles.

Escuchaba murmurar a los insectos con solícita merced, como si fueran sacerdotes. “¿Oyes todo lo que dicen?” Eran música de fondo. Cada tanto sostenían el compás, como también, entreverados con la charla, sosteníamos los ojos.

-Por la magia.

La cerveza, de sabor alimonado, traslucía su frescor al pensamiento. Por encima de nosotros, el ocaso retiraba sus colores. Mutación. Azul oscuro, como filtro lapislázuli debajo de la noche. Como ven la superficie del océano los peces en el fondo si levantan la cabeza.

-Por el alba.

No le quise preguntar si lo decía como norte. Todavía con un resto de la tarde, nos veíamos. ¿Su

cara? Más hipnótica que bella. De muy fácil adicción, pero difícil de bosquejo. No preciosa: llamativa. Medio rara, con detalles combinados. Un fenómeno de tez paranormal. Sus cejas eran narraciones y sus ojos, dos varitas.

De repente, las estrellas comenzaron a pinchar el firmamento. Parecían tener hambre de pollitos. Absorbieron su color. En un minuto quedó negro; sin espíritus ni luna. Negro fuerte. No teníamos un ápice de luz. Oscuridad sin atenuantes. Abismal. Maravillosa. Ni rozándonos los párpados hubiéramos podido distinguir un elefante.

-Por la vida.

Protegidos, sabedores de que no se nos veía, nos miramos con mejor intensidad y nos dejamos, en estela, cierta clase de sonrisa que no suele regalarse porque sí. Nos estirábamos los gestos a la par.

Al menos yo. Cuando quisimos acordar, nos terminamos la cerveza de la jarra. ¡Moriríamos de sed! Aún sin ojos, deberíamos bajar a la bodega.

La misión no nos estaba resultando muy sencilla. De comienzo, fue difícil orientarnos. Avanzamos en la misma dirección, pero bastante separados. Intentábamos toparnos con alguna referencia que pudiera conducirnos. Caminamos con

los brazos extendidos del sonámbulo. Despacio. Con el paso cauteloso que suplican los meñiques.

Al final, el rastrillaje dio sus frutos.

-¡Encontré las reposeras!

-¡Eso es! A ver... aguarda... ¡la palmera!

-Las palmeras no nos sirven. Hay muchísimas.

-¡La rara! ¡La del medio! ¡la que dicen que trajeron de... no sé... del ultramar. ¿De dónde era?

-¿La del tronco con espinas? De los páramos de Rocha. ¡No te pinches!

-Triangulemos la bodega. Nos tenemos que mover como veníamos. Yo más a la derecha. Tú no tanto. Quince pasos, más o menos. Con cuidado.

Parecíamos filósofos.

-Voy quince. Pero nada.

-¿Vamos bien?

En un momento, comenzamos a dudar. Nos extraviamos. Comprendimos que la mente no recuerda los espacios de manera tan veraz como creemos. El alcohol colaboraba. Nos reímos. Ajustamos el alcance. Corregimos el desvío. Tropezamos. Al comienzo, parecíamos tener en qué fundar las opiniones. Ya después, era lo mismo que

tratar de dar al blanco disparando mariposas, y no flechas. El lugar se deformaba. No teníamos ninguna referencia más allá de nuestras voces. Deberíamos...

-¡La barra!

-¡¿Cómo dices?!

-¡He chocado con la barra! ¡Ven aquí!

Ya lo teníamos.

-Inténtame guiar.

Y, simulando diferentes instrumentos con la boca, me condujo. Ni la banda del palacio conseguía que la música sonara tan cadente, pegadiza. “chí kì tunn - shá, chí kì tunn - shá” Nos estirábamos el brazo para ver si nos tocábamos:

-¡Te tengo!

Nos prendimos de los hombros y soltamos enseguida.

-Bien. Bajemos. Acompáñame.

Buscamos la pequeña portezuela pellizcados de los dedos.

-Es aquí.

-Pero recemos. Hathor puede conseguir, del cantinero, que nos haya prometido la verdad.

-Es medio tarde para eso... Si trancó la cerradura, lo lamento pero

-¡Vamos! ¡Por favor es una diosa! Ya sabía si nosotros rezaríamos o no.

Sin convencerme, me sedujo con el giro de palabras. El pretexto de rezar nos ayudó para tomarnos de la mano con más fuerza: “Ni la música cautiva sin oídos ni la luna magnetiza si los párpados se duermen. El perfume, sin nariz, no se distingue del estanque. Sin la boca, la cerveza no libera, de su cárcel, al espíritu. La fiesta no resulta divertida sin personas ni los dioses poderosos, sin amigos. Por su gracia, ya tenemos, a merced, la creación. Porque podamos aportarle sensaciones, te pedimos que nos abras los sentidos.”

-Eso es. Ahora prueba... ¡Te lo dije!

Nada más oír la puerta, la sentí reverberar. No nos habíamos soltado. Me cimbró con el contento de los niños. ¡Hathor es poderosísima! Bajar, sería ya problema nuestro.

-No te vayas a caer. Hay escalera.

-Si me caigo me sostienes. Sin vergüenza.

-Ven. Agárrate de mi, que ya di pie. Son, en total, seis escalones... Eso es... Ahora sólo permitamos que la mano del instinto nos conduzca.

-Ya la huelo...

-Separémonos, así no se nos corre.

-¡Ya me hueles! Allí voy, cerveza mía...

La bodega se nos hizo todavía más oscura que la noche. Redoblamos la prudencia. No sabíamos qué más atesoraba, si cuchillos, vidrios rotos o serpientes.

-Me parece que le gusto más que tú.

-No siempre tienes que perder. No te preocupes.

Bajé una, de la forma que levantas un trofeo; dije algo que no logro recordar y, con un ímpetu de niños, al girar, sentimos todo: nos tocamos con el pecho. Fue somero, pero claro. La corriente todavía me pasea por la nuca, cada tanto. Nos flaquearon las rodillas a los dos, pero logramos mantener el equilibrio sin tocarnos otra vez. Nos admirábamos, lo mismo que los árboles al sol. En el imperio no podían encontrarse dos artistas parecidos. Conformábamos un duo que rayaba la rareza del milagro. Lo sabíamos. Jamás un escritor se me podría comparar y las actrices que quedaran por nacer, aunque sumaran su talento, no podrían igualarla. Nos amábamos, del modo que se temen las deidades. Confundíamos distancia con respeto.

-Toma otra, por si esta que llevamos está fea.

-No conviene desoír acotaciones previsoras.

Ya teníamos idea del espacio. Preguntando con el pie, no fue difícil encontrar el escalón. Para salir, buscó mi mano.

-Mira eso...

Las estrellas parecían esperarnos en unánime desnudo - como sólo se consiguen liberar en el desierto. Cada una titilaba con su pulso, pero, todas, retumbaban al unísono. De niño, yo decía, con sincera convicción, que se trataba de la sangre de Megido salpicada por la noche.

Las tumbonas ofrecían una vista reclinada, confortable como pocas. Ya sabíamos a dónde nos estaban esperando, más o menos. En minutos, nos habíamos tatuado su tranquila placidez en las espaldas.

-Por Meskhetiu.

Se mostraba cristalina, tan patente que, tendidos al espacio, parecía que podíamos tocarla con los dedos, al igual que las demás constelaciones.

Combinadas entre todas, eran blancas. Pero, bien, si detenías el color en cada una, se veían, con humana, clariluz identidad, estrellas verdes, amarillas y violetas entre púrpuras, azules y rosadas. De manera similar a como suelen observarse desplegadas en la bóveda mar, llegaban nítidas, libradas de la luz

de la ciudad, al horizonte. Descubríamos sus mínimos detalles. Nos sentíamos estar escudriñando por la mente de los dioses. Esplendor, simplificado sobre puntos: la victoria del artista. Cada tanto, las veíamos fugarse. Si guardábamos silencio, las podíamos oír, con un sonido similar al de las brasas cuando crujen. “¿Es verdad lo del esclavo que Ramsés mandó matar por no tumbarse?” Me reí. “¿Cómo lo sabes?” La cabeza del depósito del puerto se perdió por no quererse levantar de mi papiro. Yo lo supe porque, luego, los demás me lo contaron: con frecuencia, dedicaban los descansos a leer los manuscritos que pudieran encontrar entre mis cosas. “Ya lo sabe medio mundo”. Si no fuera porque no, nos intentábamos mostrar encantadores. El silencio de la noche permitía que charláramos serenos, exquisitos, con el mínimo volumen que pudiéramos oírnos. Los lectores distraídos pensarán que nos estábamos dejando seducir.

-Por lo que somos.

Nos podrían acusar de mucho más o mucho menos, pero no de seducirnos. Disfrutábamos, el uno, del espíritu del otro - no del cuerpo. Por lo menos, de manera literal.

De mucho menos, en verdad, los alcornoques. No sabíamos mirarnos nada más: nos contemplábamos, lo mismo que si fuéramos, también,

constelaciones. Es sabido que bajar del pedestal a las deidades y llevarlas a ¿la cama? de común es más sencillo que volverlas a subir.

-Por lo que nunca nos diremos.

Fue lo mismo que decirlo. De repente, sentí algo por la piel, maravilloso. Fue mejor que la cerveza. Pocas sílabas después, salió la luna. Ya veíamos, con suave tenuidad, alguna forma. “No me voy a desnudar”, había dicho. Por lo menos, en escena. ¡No lo busques en su obra! Lo mejor de los poetas está dado por los hechos - observé, con la caricia de la luz, una reacción a contralógica: muy lejos de taparnos, parecíamos abrirnos como plantas con el sol. Es lo mejor de ser poeta: que los hechos se presenten a burlarse de tu lógica sin baches, de notario. Los burócratas no saben escribir sin simetría. Lo que saben los artistas es que todo lo que vibra por la piel estaba fuera del boceto. Por lo menos, del que dicen que tenían.

-Por las cosas que quisiéramos decirnos, pero no.

Nos encontrábamos los dos tomando luna, con los muslos a merced del infinito. Recelaba de la ciencia; prefería los fantasmas: “volverás en treinta siglos a narrar estos segundos”. No podíamos dejarnos de reír: los mercaderes estarían disputándose,

lo mismo que jaurías, nuestra ropa. Meras túnicas, cintillos o sandalias. Y, nosotros, con la luna de vestido. Como próspero, con seda; como mágico, con astros.

-Por aquello que sabemos, aunque nunca lo digamos.

Juraría que los dioses se mordían por estar en nuestra piel.

-Por que jamás nos lo dejemos de decir, con la mirada.

Nos sentíamos eternos. Ni la noche ni nosotros parecíamos estar en retirada.

## 5

**Bambalinas**

*Lo mejor de las funciones es lo menos ensayado*

Los miré, sin expresar intromisiones. Ya teníamos las cosas ensayadas y salían, ciertamente, de la forma que quería. Pero nunca los había visto tan... ¿acobardados? Era mucho más inquieto que “nerviosos”, meramente. Si seguían masticándose las uñas, quedarían en muñones. Apretaban amuletos que jamás había visto que tuvieran. Repetían el guión, como los niños a las puertas del examen. Tuve ganas de volverles a decir lo de las comas y las pausas, pero no. Son lanzamientos que no puedes corregir si ya salieron de tu mano. La tensión se les podía percibir en el aliento. Para nada problemático. Distinto. Las sonrisas eran falsas. El falsete de las voces, verdadero. Las gargantas parecían musculosas y, los labios, mortecinos. Las pulseras trepitan. No podían estar quietos un segundo. Ni cayendo desmayados: temblarían inconscientes, en el piso. Cada uno practicaba su ritual, sin conseguir finalizarlo: los que no cortaban antes las plegarias, no podían atrapar la pelotita. Lo peor estaba dado por las voces,

emplastadas. Es normal que, de los nervios, se te seque la saliva ¡pero no nos alcanzaban los jarrones! Si no fuera por el Nilo, de caudal inagotable, los veleros estarían encallados. Es normal que, por el miedo, necesites ir al baño más seguido, pero ya si te tomaste los océanos a mares, los pasillos no te dan para la cola. Nefertara, de contrario, parecía divertirse con el pánico del resto. Los miraba, con la risa descubierta. Su presencia resultaba, por muchísimas razones, ecológica. Mandé que la pintaran en los muros de mi tumba

jando cortina sacaban los ojos. Corría sudor por las manos heladas. Al borde los nervios. Al filo las caras. Terror, si no fuera que no lo podía creer. ¡Que temieran! ¡Con tanto talento! Macabro festín de virtud y de duda. Nublado solsticio. Colores inhóspitos. Frentes mortuorias. Caníbal distancia. Certera neblina. Desnudo con ropa. ¡Si sólo la luna pudiera guiarlos! Pavor entredientes. Al cosmos le falta la llave de corte. ¡Jamás! Nefertara se ríe. Qué tiernas agallas. ¡Qué dulce contagio! Salvaje mesías dejándolo claro. Sin algo de miedo se pierde la magia. Pasos álgidos botones descocidos en un pésimo momento “ven ayúdame” de golpe los artistas más seguros de sus cuerpos se veían increíblemente frágiles “¿quedó?” repasos nudos carraspeos guiños

préstamos desorden y giramos el reloj. Era la última vaciada.

Los actores terminaban de vestirse. Se gastaron el espejo. Quedó pálido; ya casi no podía devolver una figura borronada, ni siquiera.

-¿Muy nervioso?

Nefertara, procurando no reírse demasiado.

-¿Cuánto hace que me miras?

-Me divierto con los nervios de los otros para no descontrolarme con los míos. Es normal esta locura; tanto más en el estreno. Despreocúpate. Disfruta de los actos. Ve tranquilo. Los actores se componen por sí solos en el último momento.

Muy probablemente yo formara parte de sus nervios. Hay quien dice que se deben ver del modo que la muerte: más allá. Pero, distintos, si se trata de subir al escenario, necesitas chapotear en sus hormonas.

Al salir, la sala ya tenía gente. Me llevaron al asiento reservado para mí, sobre la fila de los altos funcionarios del imperio. Con espíritu cortés, en la medida que llegaban, nos tendíamos saludo. Lentamente, la bajita sumatoria de las voces fue leudándole volumen al ambiente. De seguro, los actores escuchaban, preparados, ese canto de batalla.

De repente, la sonora catarata del silencio, bajó, rauda, por el público. La vasta mayoría se tumbó por donde pudo. No los nobles, que debíamos mirarlo rectilíneos, con orgullo. Por delante, caminaban dos soldados con las armas a la vista. Sin escudo. Por detrás, con el donaire singular de las princesas, dos esposas. Una vez que nos mirara, ya podíamos estar un poco menos erigidos. Se trataba de la máxima tutela que podía dedicar un faraón: valía más que ser cuidado por ejércitos.

Al toque de las picas, ocupamos las butacas nuevamente. Lo veía por segunda vez en todos estos meses. La guardiana de las artes le debía presentar el espectáculo. Burócrata, no menos funcionaria que cualquiera del registro, yo temía por su déficit de todo. Sin embargo, lo logró decir completo, sin trancarse demasiado: “Faraón, tu majestad no se contenta con banquetes ni tesoros. Hace falta lo difícil, imposible de forzar. El alimento de los dioses es distinto. Bellas artes. Exquisito don de pocos.”

Todo listo. Lo siguiente que pasara, ya debía provenir del escenario.

Nefertara caminó como cualquiera, pero única. Sus hombros, naturales, ordenaban el espacio. Los demás, acompañaban su virtud: no se veían para nada secundarios.

El inicio, ciertamente, fue lo mismo que sacarles el oxígeno de golpe. La sorpresa de los hechos. La carísima reacción del inocente. "Si lo dejas, me lo llevo" "c.. cómo dices?" El silencio mentiroso no dejaba que volvieran, otra vez, a respirar. A la derecha, comenzaron a caer, desfallecidos, los pequeños.

Ensayábamos, a veces, madrugadas de corrido. No quería que se viera preparado, ni que no. Para lograrlo, se precisa mucho más que de guiones naturales. Me gustaba colocarles imprevistos en el medio de los actos, vendedores que llamaran a la puerta, perros sueltos o lloronas. Las escenas no podían detener su progresión, pero debían adaptarlas sin notarse rigideces. Una vez, incorporaron un liviano tropezón con una gracia que lo quise colocar en el libreto, pero ya no se veía natural. Eran la clase de pequeños imposibles que tan sólo Nefertara conseguía, porque no los intentaba con el pie. De todos modos, el tropiezo funcionaba nada más con otro recio personaje, justamente por la mella de la pose.

-¿No le vas a preguntar?

-Igual no creo que me diga. Nos queremos cada uno por su lado.

Parecían, en verdad, lo que debían parecer. El encendido de la trama funcionó perfectamente. Recorrí, con ojo crítico, los rostros de la gente: se veían inducidos. No tenían pensamientos para nada que no fuera cardinal al escenario. Los oídos concentrados. Las pestañas en suspenso. Buen inicio. La función se parecía sujetar a sus carriles.

Y, de golpe, los primeros comenzaron a reír, los de los palcos laterales exclamaron y nosotros, los del medio, no veíamos por qué. Necesitaba provocarles confusión y, ciertamente, lo logramos. Adelante, conseguían ver debajo de la mesa. Sólo ellos. De perfil, había buena perspectiva de la parte posterior del decorado - que ninguno de la franja vertebral podía ver: unas columnas convenientemente puestas en sentido diagonal tapaban áreas diferentes dependiendo, nada más, de desde dónde se mirara. “¿Qué pasó?” “¿De qué se ríen?” Ya por poco se sacaban la cabeza para ver si, con la mano, la podían levantar a donde, sólo con el cuello, no llegaban.

Eso sí lo vieron todos. El silencio repentino. La caída del asombro. Los actores demostraban, naturales y soberbios a la vez, por qué son muchos los que quieren ¡los que piensan que podrían! y, después, no son capaces ni siquiera de llevar el personaje del difunto. No brillaban: absorbían. Por

afuera, registrando las paredes con tentáculos de luz, el sol trataba de meterse para ver y los espíritus, curiosos, asomaban de los cuerpos. Es un éxtasis que puede compararse con morir. Emanciparse de los huesos. Adelante, los actores opacaban a las glorias del imperio, mitológicas o vivas. Si no fuera por la piel, los personajes, empuñándole bombazos al jugoso corazón, hubieran roto de sus pechos, salpicándolos a todos. Juraría que también, al escribir, algunas veces he tenido posesiones parecidas. De demonios o de dioses. En las artes -y también en el amor- en la vorágine del clímax, es difícil distinguirlos.

Nefertara transformó la melodía del ambiente. Sus aciertos transcurrían al galope. Si no ya por su bondad, por su sagaz inteligencia los tenía conquistados. Unos cuantos aplaudían sus ingenios; algo raro, ya que no se frecuentaba (mucho menos en presencia de tan altos asistentes) hacer ruido. No podían condenarla: si consigues atizar la simpatía, son humanos los errores y las faltas son, apenas, tentaciones - no pecados. El escarnio se le suele reservar al aburrido, porque nunca se reforma. Más allá de sus virtudes, aunque puedas admirarlo, no lo logras envidiar. Es una rara maldición empecinada con los santos. A los menos intachables, como son

entretenidos, no les suelen retirar las esperanzas. No tan sólo consentían. Aprobaban.

Fue la parte más sencilla para todos los actores, y también la más difícil de cerrar en el guión. Un cabo suelto, por minúsculo que sea, desmorona la pirámide que fueras levantando. Pagan todo lo que pidas, pero nunca te dirán, condescendientes, que te quedes con el cambio. Ni comienzo ni final. Es en el medio de la trama donde miran con los dedos en el ábaco. No basta con el arte. Necesitas escribirlo con rigor de matemático.

De golpe, perspectiva. Lo real, purificado de lo falso. Lo baldío de los nombres importantes y lo vano del disfraz. La taquicardia del reloj, con la distancia de los años. El cansino laberinto de los años, payasesco, con las lágrimas goteando del mentón, ante la muerte, mucho más decepcionada que burlona. Las eternas ambiciones a la luz del resultado. Patrimonio. Sus historias quedan hechas de balances. Demasiado porvenir para tan breve calendario.

Parecía que les dábamos recreo. Los actores demoraban en salir lo que teníamos previsto. Cierta noche, conversaban sobre temas baladíes. Descansaban la memoria del estudio del guión. Que si la sal o la pimienta. Que si basta con amor o si también es necesario que cocine. Todo más

insustancial que divertido. Sin embargo, con el único recurso del silencio, lo volvían fascinante. La tensión que generaban. Los quilates que decían, sin hablar. La sutileza de los gestos, inasibles que por poco no llogabas a tocarlos con la vista - pero sí llegaban ellos a tus ojos, estupendamente claros. Es así como funciona la mentada seducción: saltando todos los sentidos. Traficada. Se percibe por detrás, del interior hacia la piel. Cuando se nota demasiado, sabe grasa.

Los presentes contenían los instantes en impávido silencio. Parecían cavilar lo sucedido; con la panza, no la mente. Sin poder analizarlo demasiado. No movían pulsaciones, ni siquiera. De seguro pestañeaban, pero sin cerrar los ojos. Observaban con la misma lentitud de las esfinges, pero tensos.

Nada más necesitaban un chispazo. Nefertara, por las dudas, los tocó con un incendio.

Parecía más enjuta. Las alhajas, delicadamente finas, la doblaban. Caminó con la deshecha parquedad de los espíritus en pena. Más allá, se distinguía, con los rostros a la lumbre, su nutrido palmarés tan aplaudido por el público. Perdidos, pero juntos. Parecía que su alma la trataba de dejar para sumárseles. Bromeaban, con la gracia singular de los que saben de fracasos. Recordaban

esa clase de personas que, caídas en el barro, generaron anticuerpos: con codazos, no les tocas el espíritu. Sus risas alumbraban la fogata que tenían a sus pies. Ella miraba, reducida. Parecía susurrarse condolencias con la yema de los dedos; abrigarse con las perlas del collar; anesthesiarse con las manos, envolventes, pero trémulas. Las lágrimas brotaban de sus ojos, todavía sin caer. Había litros, embotados. Titilaban con la misma rigidez de las estrellas. Explosiones, congeladas. Procuraba sacudirse las pulseras y las joyas, con los nervios resignados del grillete. Las ojeras avanzaron por su rostro, como noche por el día. Su semblante desgarraba. Cada tanto, parecía desmayarse, pero no. Las emociones no negocian. Se te plantan. No dan crédito ni prórroga. Trataba de buscar algún sostén con tartamudos manotazos en la nada. Los demás no reparaban su presencia. Suplicaba desde lejos, sin hablar. Yo la sabía talentosa, pero nunca sospeché que todavía se guardara lo mejor. En carne propia, no dolía como verla. Toma todo lo que sabes de su mágica virtud y multiplícalo por miles. No los músculos: las lágrimas cinchaban de sus ojos. Las mejillas le pesaban y los labios

-Ñg...

Permanecemos, de nariz al escenario. Muchas veces, un sonido que se cae sin querer contiene más

que muchos rollos de papiro trabajados con esmero. La sinuosa realidad, más atrevida que las artes.

-¡Ñg...

Otra vez, aquél sonido. Su pequeña timidez no retumbaba mucho menos que la voz de los actores. Así debe suceder en un teatro que mandaron diseñar a los mejores arquitectos de la raza. No podía, ni por tierra ni por mar, disimularlo. Lo tenía que mirar, ¡no pasaría nuevamente! Me querrían preguntar, ¡nos lo diríamos por años! Cada vez recordaría más detalles. Nefertara lo sabría para siempre; los demás recordarían esos ínfimos segundos, en la cena, cada una de las noches que restaran. Al comienzo, solamente con los ojos, pero no podía verlo con entera claridad. Nos miraríamos, diciéndonos: “el sol agotará los calendarios, pero no se borrará nuestra proeza”. Lentamente, fui girando mi pescuezo. No lo tengo que decir: sentí temor. Por estas cosas te podían acusar de terrorismo. Pero no, porque la pluma saltaría del platillo: pesa más el corazón de los cobardes que -más fácil de perdón- el de los malos. No podía terminarse la función, sin que lo viera. Giré más. Nos separaban seis o siete generales, sacerdotes y ministros, asustados como yo, petrificados, con los ojos adelante, recogidos de mentón y con las manos aferradas al asiento. Les bajaban caminitos de sudor por la mejilla. Me doblé,

para que no me complicaran la visión: el más humano de los dioses, el más dios de los humanos, no dejaba de llorar. Acurrucado, si no fuera por la pose. Con el rostro constreñido. Si no fuera por los años, infantil y si no fuera, simplemente, porque no podía ser, con la ternura desahuciada de los niños.

## 6

### Velatorio

*Relajados, in extremis*

Esa luna, festejamos el estreno con un raro sinsabor. Al otro día, de mañana, yo debía presentarme, como tantos lo querrían conseguir, ante Ramsés. Un edecán se presentó con el edicto.

-Si quisiera castigarlo mandaría, sin pudor, que lo llevaran de los huesos, así no desaparece por la noche.

-No los dioses. Ellos pueden condenarte con extrema cortesía. "Durmió bien? Ahora píntese la diana, por favor, así lo matan a flechazos. Es posible que le duela. Lo lamento."

-Si se fuga, como quieres, ahí sí lo mandarán a perseguir.

-Si nos largamos esta noche correremos con ventaja. Somos todos creativos por demás: se lo pondremos tan difícil que tendrán a las estrellas como cómplices. Hay menos por decir, que por hacer.

Yo, ciertamente, lo dudaba. Por un lado, conocía los vacíos trabalenguas del desierto: lo podía confundir hasta dejarlo, cien kilómetros después, en el origen. Lo sabía desarmar según el mapa que mejor nos conviniera. Reiniciarle la partida tantas veces como fuera necesario, con el mismo manotazo de los niños.

Por el otro, no teníamos ningún inconveniente más allá de nuestro miedo. La función había sido memorable; las entradas, costosísimas. Repleta, la tribuna. No podíamos estar sino campantes, ¡orgullosos! Además, estaba menos intrigado por huir que por saber lo que tenía que decir el faraón sobre mi obra. “Yo me quedo”, susurré. Permanecieron observándome, con dudas

-¡Sólo piensa los milagros que podrías escribir ¡a borbotones! inspirado por la fuga!

-¡No lo trates de comprar! ¡También huir es peligroso!

De verdad, el argumento del primero me gustaba. Los imperios no se suelen escribir en el palacio.

-¿No lo vas a convencer...?

Le preguntaban a... demonios... Nefertara parecía lagrimear en la ventana. “Ve con ella”, me dijeron.

De camino, fui tratando de pensar un epitafio. La cortina le llevaba sus caricias de consuelo. Las estrellas opinaban, titilándonos. -“Estoy en el futuro”- Como ella, que también. La situación quedaba fuera del idioma. Dependía, mucho más, de que Ramsés durmiera bien; así que sólo pestañeaba, cada tanto. -“Con salud”- Estaba fresco. Si no fuera por la duda, con la noche que teníamos, hubiéramos seguido con el ágape, por horas. Los demás intercambiaban opiniones. -“Escribiendo toda clase de milagros”- Me trató de sonreír...

-¿Estás velándome?

-Contigo me resulta muy difícil simular... estoy nerviosa.

Lacrimonoso, descascarándole crujidos, ¡quebradiza!, cada letra le salía más vidriosa. Me tragué las tonterías y, de lleno, me ciñó con un abrazo tan profundo que, finito, fisurándome la piel, noté que todos se callaron.

7

## Predicar con el ejemplo

-Sólo míralo...

-Parece divertirse.

-¿Tú lo crees?

-Está bien. Si lo preguntas con rigor, no sé qué tanto...

-La tortura nunca debe comenzar apresurada. Se te rinden enseguida.

-¿Lo sacamos?

-Esperemos y, si vemos que le cimbran los ojitos, ahí sí.

-Los preocupados, de momento, parecemos ser nosotros y no él.

-Está fingiendo, de seguro.

-No lo sé. Las sonrisitas como esa no se fingen.

-A no ser cuando se quiere provocar...

-Interesante. Cada vez se ve mejor entretenido...

-Quién jamás hubiera dicho que seríamos, aparte, sus niños.

-Ni siquiera los autores surrealistas.

-Oye algo. Si nosotros estuviéramos con él...

-Ni lo menciones. Escoltado no te curtes como sólo.

-Pero sí que te diviertes mucho más.

-Está muy bien acompañado. Me parece que, más bien, lo dejaría. Si pudiéramos marcharnos, nos tendríamos que ir. O... No. Mejor ve tú, para sacar a los demás.

-Estás completamente loco.

-No lo creo. No de ti. ¿Te da vergüenza?

-¿No tenía que curtirse?

-Los amigos no se saben estimar sin inmolarse.

-Como yo, que me quería disfrazar con esa manta que te cubres y pagar por tus delitos...

-¿Y la cara?

-La pondría como tú, mirando fijo. De sonrisa pernicioso. Con la frente virginal, inaccesible, sin pensar en otra cosa que no sean tus papiros.

-¿Y la voz?

-Un poco rara, con acento da fronteira.

-¿Justo ese?

-Si lo quieres todavía más... ¿exótico? Vidobo lo duvama divalobo vulimada ¿Lo conoces?

-Maldición estás hablando, pero... no... no dices nada... ¡¿Cómo haces?!

-¡Lo conoces!

-Un momento ¿tú lo ves?

-¿Se levantaron de la mesa?

-Ya. Busquémoslo. Tranquilos pero rápido. Yo voy a los servicios y tú vas al mostrador.

-¡Está bailando!

-¿Cómo dices?

-Con la chica. Pero no los veo bien, hay mucha gente. Ven conmigo que, si no, no lo podremos vigilar.

-Es demasiado sofocante.

-No te sueltes de mi mano, que te pierdes... Eso es... Ahora baila.

-...

-¡Que bailemos! No nos vamos a quedar aquí mirándolo. Pareces policía. Disimula.

-¿Como él? ¡Es un madero!

-No te burles.

-No te rías.

-Dale ánimo. Que no se nos derrumbe, como hoy. Está mirándonos los pies.

-No tan cercanos

-¡No te pongas tan nervioso!

-¡No lo digo por nosotros! ¡Alejémonos de él!  
¡Así se suelta!

-Bueno... Bien. Ahora muéstrale.

-¿Nos mira todavía?

-¿Tú qué crees? Y también está copiándonos las manos.

-¡Por Amón! Ahí lo vi. Bien. Acerquémonos. Ahora pásame la tuya... No... La otra. ¡¿Pero tú tampoco sabes?!  
-No peles.

-Ngh!

-¿Así de cerca?

-Sí. Perfecto. Pero déjame mover.

-¿La otra mano?

-Donde quieras está bien, por lo que siento.

-Si tuvieras otra nalga, te pondría la tercera.

-¿Nos imita por lo menos?

-Absolutamente todo.

-No te creo

-Date vuelta

-Pero... ¿cómo se las puso?

-La llevó de las muñecas.

-¿Tan así?

-Como lo oyes.

-Está bien. Pero lo veo con las suyas muy vacías.

-Pues

-Espera. Yo lo voy a conducir con el ejemplo.

Te las voy a colocar con dos palmadas vibratorias a la vez.

-Me puse dura. Pega fuerte.

-...Bien. Veamos hasta dónde nos imita.

## 8

## Trinidad

*La jerarquía de llegar en cuatro patas*

-¡¿Vieron eso?! ¡Nos besamos! ¡Fue mejor que las docenas del harén! ¡Regalaría mis tesoros! ¡Barrería las fronteras del imperio! ¡Movería los estratos de lugar por otra noche como esta! Tanto más, por otro beso de los suyos. Dioses míos, ¿cómo puedo gobernar sin conocer a dónde tienen enterrados los milagros? ¡El milagro son ustedes! ¡Enviados de los dioses! De verdad, los premiaría con los máximos honores del estado ¡pero ya lo tienen todo! ¿Qué podría darles yo cuando se brindan una vida como esta de continuo? ¡Qué valiosa juventud he regalado! ¡Qué desastre de tutores he tenido! ¡Cómo tantos eruditos están tan equivocados maldición! ¡Haré que todos los egipcios memoricen tus estrofas! Y que todos, Nefertara, no te puedan aplaudir sino llorando, ¡por decreto faraónico!

-Ramsés, estás diciendo tonterías de borracho.

-Como firmes esa mierda, te daremos de comer al hipopótamo.

-¡Perdón! ¡Como si fuera necesario! Qué desastre de discípulo que soy. Lo más grandioso de la vida no se puede decretar. ¡Como sus besos! ¿No la vieron? Me tomaba los cachetes, ¡me mordía! Faraona. ¡Faraona! ¿Qué me dicen? ¿Les parece?

Nos reímos. Beber hace que veamos el presente como vemos el pasado de manera natural, con omisiones, suavizado, con aristas alisadas.

-Imagínala, Ramsés, con la corona de tu madre, de peluca.

-¡Con el reino de grillete!

-¡Por favor no lo permitan!

-Es lo único que falta; que las reinas se comiencen a nombrar por cómo besan.

-Más de una, de seguro.

-¡Quiero ser un poco menos faraón! ¿A dónde vamos?

-Al palacio.

-Pero... ¡no! ¿Son mis amigos o mi guardia? No pudieron cerrar todos a la vez. Hay que buscar un bar de turno.

-Negativo. Tú le pides a los dioses por nosotros, los egipcios, y te duermes.

-Hice eso cada noche de mi vida.

-Sí señor. Como debías. Ser el rey es un adeudo.

-¡Por favor no sean malos!

-El amor no fue pensado para tontos. Es un arma que se toma por el filo: su metal no tiene mango. Que dos besos no te vuelen la cabeza. Ya levántate.

-¡Me quieren torturar! ¡Son mis amigos y me quieren torturar!

-Precisamente, los amigos verdaderos no te van a celebrar los tropezones. Sólo miranos, también hemos tomado, como tú, pero seguimos razonando. Nunca debes apartarte del camino sin volver a su calzada. De contrario, lo que queda nada más es el vacío. Como pasa con el Nilo -nervio ciático ¿sabías? de tu reino- que sus aguas se desbordan pero, todo lo que tiene de fecundo, se decanta, con serena plenitud, cuando regresa. Vamos, súbete de nuevo. Ya lo sabes, “si tomó, para mayor seguridad, el faraón le recomienda conducir”. ¡A los camellos que seguimos! Nefertara, ve delante, por favor. Yo voy detrás, cerrando filas.

En el medio, lo llevábamos a él, de corazón a las jorobas, ondulado. Parecía derramarse, pero no.

La simetría de los brazos y las piernas conseguía mantener el equilibrio. Peso muerto, si no fuera que los dioses no se mueren.

-¿Cómo va?

-Desparramado, pero regio.

-No dejemos que se duerma que, si no, será difícil despertarlo.

-Me parece que recién se desmayó. Tuvimos suerte Nefertara, por un pelo se nos duerme.

-¿Tu camello no se mece como cuna? ¿Cómo vienes?

-No tan mal, pero mejor que conversemos. El planeta se columpia de mis párpados.

-A ver... En un relato, si tuvieras que seguir con esta misma situación, ¿qué pasaría?

-Pues tendría que morir, está clarísimo.

-¡Por Isis!

-Eso es, ¡ahí lo tienes! Imagínanos: “discípulo, despierta que llegamos”, “está duro”, “je je je que poca práctica que tiene”, “con un buen cantimplorazo se despierta” “¿qué le pasa?” “¿no respira?” “¡no respira!”

-¡Basta ya! Me da pavor imaginármelo.

-Sin dudas, porque pudo suceder. En ese caso, si tuvieras que seguir con la ficción, ¿qué deberíamos hacer?

-¡Que tengo miedo! Revisémoslo ¡Ramsés!

-¡Ha fallecido! No lo pudo resistir. Está pesando su conciencia con Osiris.

Dioses, genios y monarcas. Cada uno con su reino: trasnochábamos con él a las espaldas, escapados del palacio. Cada tanto, nos cruzábamos con alguien, pero nunca levantábamos sospechas. Me parece, por lo menos. Nos cubríamos los tres, sin más escolta que la luna. Rara fábula de reyes y camellos.

-¡Fuera! ¡¡Fuera!!

Desperté. Los animales masticaban un jardín, con nuestro sueño como manta.

-¡Ya nos vamos! Ya nos vamos...

Como pude, me traté de disculpar. Cuando descubras, de mañana, lamparones en el pasto; cuando veas, en el balde de tus perros, una baba diferente, ¡cuando salten de la cama los pequeños!, tú sabrás -porque conoces las guaridas de tu barrio- de qué bar de buena muerte proveníamos, nosotros y la luna, con hechizo por las venas, de regreso por las épocas, tan magos como reyes. Es la misma que se ve cuando levantas la cabeza. Le rezaron los antiguos y

también le rezarán los escritores del futuro cuando ya no queden otros sacerdotes. ¡Es la misma que trataron de cazar los cavernícolas tirándole pedradas! Y las patas de los pájaros, blancuzcas, hablarán de su tersura con idéntico polvillo, por las eras de las eras. Cada vez que te la pones de vestido, los milenios se comprimen y las épocas se juntan: nos hallamos en la misma primavera. Si los sacas a la luna, mis capítulos se leen a la vez que los escribo.

-Ya llegamos.

-¿Eh?...

-Que ya llegamos. ¡Nos dormimos!

-Con razón se hizo rápida la vuelta. ¿Somos tres?

-Así parece.

-Despertémoslo... Discípulo Ramsés, a los deberes.

Solamente con los ojos, le costaba despegar, el aguardiente, de la carne. Lo debimos ayudar con tres o cuatro sacudidas.

-A rezar, amigo mío, que los dioses están todos esperándote.

-¿No duermen?

-Ojalá. Pero tendrían que dejarnos decidir algunas cosas a nosotros.

-Es muy tarde, sólo quiero descansar. Se los prometo: yo mañana rezo doble.

-No te vuelvas a dormir ¡Ramsés escucha! ¿Qué no sabes lo que pasa si las márgenes del río no lo sacan de su cauce? ¿Qué no viste las sequías? ¿Las hambrunas? ¿El suplicio? ¿Los pequeños suicidándose por hambre? ¿Los estómagos enjutos, reducidos como pasas? ¿Los hambrientos costillares? No se puede ser absuelto si también eres un dios. ¿Los hipopótamos raquíuticos? ¿A quién demonios piensas que se comen? Ellos siempre desayunan, no parecen asustarse con el juicio de los muertos. Vamos ya. Después te metes en la cama sin ningún remordimiento.

Lo debimos acarrear entre los dos, por un vacío de la guardia. No queríamos dejar que lo supieran. De común, los subalternos, cuando ven al superior llegando tan a la deriva, lo comienzan a querer humanizar: se les afloja la pretina del respeto.

-Falta poco. Ya pasamos el salón de las columnas. No te tires... Eso es.

-¿Estoy prolijo?

-La verdad... Estás exótico.

-Qué bien

-Aquí tenemos que dejarte. Cuando salgas, estaremos.

Se trataba de la parte más sagrada del planeta. No podían ingresar ni sacerdotes ni ministros. Ni siquiera los esclavos, a limpiar. Allí los dioses habitaban, a la vez, en ambos mundos. El espacio compartía dos imperios traslapados. En ningún otro lugar del universo se podía, sin salir del de los vivos ¡sin morir! estar también, como las almas, en el reino de los muertos. Imagino que será como leer el universo, con subtítulos. No puedo describir el interior, porque jamás nos atrevimos -por respeto, por piedad y porque no nos lo tenía que decir- a preguntarle cómo era.

No llevábamos, siquiera, dos minutos esperándolo del lado de los vivos cuando casi nos caemos de tus manos con un grito que, sin dudas, era suyo. Lo miramos, confundidos.

-E... ¿Estás bien?

No respondía. Fue rarísimo. Su forma de bramar había sido pavorosa, ¡terrorífica! No dura, pero agria. Nos quedamos patitiesos y, de golpe, prorrumpieron, con apuro terminal, ¡un sacerdote con un niño! - tan veloces que podrían haber sido contratados como peines.

-...

-...

-¿Vimos bien?

-Iban... ¿desnudos?

¿Has sentido que la luna se te cae en la cabeza? Fue lo mismo. Pero no para nosotros solamente: para él. En cuatro patas, con las vértebras a cuestras, el discípulo trataba de salir. Le fue difícil trasponer la divisoria de la puerta. Por primera vez lo vimos abatido. Vomitó, de lo profundo de las tripas. ¡Vomitó con duraderas cataratas! Lo miramos y temimos que los dedos de los pies se le salieran por la boca. Su mentón apuntalaba las arcadas en el piso. No podíamos tocarlo todavía.

-¡Sal del todo!

-¡Por favor!

-¡Estoy vencido no me dejen!

Parecían un enjambre de libélulas. El rey más poderoso de su siglo ¡no tan hombre como dios! nos estiraba los deditos, suplicantes. “Otro poco, vamos ¡vamos!” y, tirando de sus últimos, agónicos esfuerzos, lo pudimos rescatar.

-¡Enloquecí! ¡Tengo visiones espantosas!  
¡Agradezco que los dos estén aquí para cuidarme!  
¡Necesito que me lleven al doctor! ¡Estoy enfermo!

-No Ramsés. También los vimos. Estás bien.

-¡¿También los vieron?! ¡Pues entonces es peor!  
¡No puede ser! ¡Qué desgraciado sacrilegio! ¡¡Qué delito!!

Por la vía de los hechos. Así son los engaños productivos (los demás son demasiado perezosos). In fraganti. Con testigos. Tomó cartas, de las únicas posibles y, después, por muchos años, con olfato de filósofo, sabría distinguir, del antifaz, lo mentiroso.

9

**Pantallazo**

*Menos mala poesía, cualquier cosa. Si no saben de  
belleza, no son dioses.*

-Faraón, ¿las caravanas se las pongo?

-No precisa, muchas gracias.

A Ramsés, el cimbronazo le sirvió para quitarse la corteza de los hombros, sin tener que sacudírsela siquiera. No lo tuvo que pensar ni decidir: la libertad le vino dada con los hechos. Aprendió, con terminante claridad, a no vivir momificado. Por encima de recetas y de médicos, el vómito fue, más, una limpieza. No mermaron religión ni dignidad, pero sus puntos de contacto con los dioses y los hombres se movieron. Con los hombres, la palabra. No las joyas ni los títulos. Quitó su majestad de los blasones y trató de sostenerla sin ayuda de variables exteriores. “Faraón es uno mismo, no sus cosas”, afirmaba.

-¿Será cierto?

-Muy probablemente sí. Tan sólo piénsalo: si diéramos el premio faraónico de letras al azar, el ganador ¿escribiría como tú? Por el contrario, sin el premio, tu talento no perece. Sigue siéndolo. Los dioses no podríamos negarlo, ¡tanto menos el común de los mortales! ¡Imagina!

La modista, ya cumplida con Ramsés, me preguntó:

-¿Le pongo algo?

-Por favor. Las caravanas.

Agarró las sencillitas.

-Esas no.

Las otras eran las reales. Él quedó como sin voz, con la palabra suspendida.

-Comprobemos si de veras te lo crees.

-Maldición. Por estas cosas se precisan los artistas.

Susurró, más convincente que, quizás, si lo gritara. La modista lo dudó, pero la mueca de Ramsés había sido -como siempre la de todo faraón- indiscutiblemente clara. Tomó una. Dio dos pasos hacia mí. La desprendió, con indecisa lentitud.

-No necesitas dudar tanto.

Comenté, sin retirarle las pupilas al discípulo. Dudaron otra décima. Ninguno de los dos adivinaba, caripléjicos, a quién se lo decía. Mis orejas no tenían agujeros. En mi pueblo, los pendientes eran cosa de mujer.

-No necesitas dudar tanto ni, tampoco, prescindir de las heridas.

Nadie más participaba de testigo. La modista, como tantos elegidos pusilánimes, hubiera preferido no ser ella. Lo peor de la tensión era su miedo. No sabía si Ramsés estaba sólo constatando su lealtad o si de veras esperaba que cumpliera.

-Ni tampoco prescindir de las heridas, aunque temas.

Apretó como pinchándome venganza, sin aviso. Pretendía congraciarse con su amo, de seguro. Se quedó, desanudando trabalenguas con los dedos, separando las migajas pequeñísimas del aire, demorando para ver si la frenaba. Pero no. Sentí su pulso tremulento por el lóbulo. Después, el peso muerto del metal y de las piedras.

-Aunque temas, pero ten alguna puta medianoche que contarles a tus nietos.

Apretadas, sus facciones parecían asentir. Me comprendía, con los ojos parcamente conmovidos. El

segundo me pinchó bastante menos. De seguido, con la otra caravana, recobré la sensación del equilibrio.

-No con putas.

Aclaré. Se le salió, como zafada de los labios, una risa. Yo sabía la razón. Con él teníamos, aparte de las pocas que conoces, otras charlas avanzadas. Y no fue por lo que tú, con cabecita de lector, estás pensando.

La modista, finalmente, parecía comprender. Tomó la túnica dorada, desplegó su majestad y, de comienzo, no sabíamos a quién se la traía. Se movió con imparcial orientación y, como dándole destino, me paré. Se desvió, con los mangones a mis brazos.

-No con putas, ni tampoco con gratuitas.

Hay un precio que pagar. Es una linda paradoja: no se compra, pero debes desprenderte. Ser feliz es costosísimo. Lo mismo que no serlo. La caída de la túnica pesaba sus lingotes. Si seguía conteniéndose, las lágrimas, al filo de la sal, comenzarían a salir por sus oídos. La modista me ciñó con una faja diagonal que me cruzaba por el pecho.

Todavía nos quedaba colocar lo más difícil. Seré franco: lo dudé. De la modista, no lo tengo que decir. Estaba claro que tenía que ser él, y nos ganó la posición: “no pensarán discriminar a la corona”.

Pesa raro. No te da la sensación de que te puedas desmayar, como sucede con los cascos apretados, pero sí que te parece ser el duro de la fiesta.

-No te dejes engañar (manifestó, como leyéndome la mente). Lo pesado de verdad, es no llevarla. Ven; salgamos.

-Yo no sé si

-Por supuesto que lo sabes. Yo saldré con tus papiros en la mano. ¿Me permites?

Es probable que los nobles nunca vieran un evento similar en el palacio. No sabían si reír, si saludar o si seguir como si nada. Nos bromeamos con las tantas conjeturas que podrían maquinar por algo nimio por entonces, para él y para mí.

Detrás del cruce de pasillos, por alguna de sus dos alternativas, lo podíamos oír, resbaladizo pero ágil, con el mármol patinándole las patas. Al doblar, después de darse contra todas las esquinas y seguir, le fue corriendo, para ya no despegársele.

-Los hombres se confunden. Es su marca. No los perros.

-Es por eso que jamás lo nombrarías comandante del ejército ni síndico de velas. El error es el talento del humano.

-Con los dioses no serías tan flexible. ¿Quieres ir?

-Sinceramente, no lo sé.

-Quizás si vamos a la puerta, lo descubras.

De comienzo, casi siempre vacilaba, pero, bien, si conseguías el chispazo, se solía motivar y te sacaba, todavía, de tus planes iniciales. Ya después, lo que pasara, ni siquiera lo podía gobernar un faraón. Era precisamente eso lo que más lo cautivaba de salir a por milagros. Otra vez, nos encontrábamos allí, con un postigo separándonos del reino de los muertos - es decir, del de los dioses.

-Vamos ¡ábrela! que, sólo por abrirla no te chupa.

Lo primero que podía sorprender, era la puerta. No decía demasiado. Pero, bien, quizás en esa sobriedad dijera mucho. Lo miré.

-No pedirás que te la abra...

Sugirió, con psicológico talento. Fue lo mismo que decir que no me daban los cojones.

-Mis acciones, por mi mano.

Lo primero que te topas, al abrir, es un pasillo transversal. En su pared hay numerosas escrituras. Para ir al aposento principal hay que rodearla.

Todavía no llegábamos a verlo. Yo trataba de leer, pero mis ojos no cubrían la distancia.

-Demasiada letra chica.

-Si no entras... Catalejo no trajimos.

-¿Tú no pasas?

-En el reino de los muertos, entras sólo.

Me traté de convencer. “Hay ciertos pasos que no puedes esperar a no tener ninguna duda para darlos. El amor es un ejemplo.” Por lo menos al pasillo. No podía darme vuelta sin entrar. Y lo pisé.

No sé si fue, sinceramente, realidad o sugestión: sentí silencio por la piel, algarabía por las venas, inocencia por el alma. Compañía. ¡Compañía de la única que quieres! Compañía de verdad, ¡estaban todos! Pero... ¿dónde? No podía percibirlos tan cercanos y no verlos ¡tan cercanos que por poco parecían, en conjunto, ser yo mismo! Placidez ¡felicidad! Quizás algunos, al nacer, nos separamos y, después, nos encontramos en un ánimo común: yo, bajo todas sus bondades, era ellos. Los segundos parecían infinitos. Las rodillas y los pies, inexistentes. Las caderas, inasibles. Me sentía transformar; quizás la muerte sea eso. Libertad, en infinitas dimensiones. Infinita comunión, en libertad. Con tantos dioses que

tenemos, es probable que también, de cierta forma, sean uno, solamente.

Me di vuelta. ¿Tú jamás te preguntaste, como yo, con infantil curiosidad, cómo se ven desde la muerte los asuntos de la vida? Te diré que ni siquiera son asuntos; pero, bien, te lo perdonas enseguida. Te comprendes. Un estómago tenía que llenarse. Menesteres. Hechizar a martillazos. Dos espíritus, que ver cómo lograban encontrarse. Ya Ramsés no parecía faraón, pero tampoco se veía redundante - sino todo lo contrario. Lo sentía necesario, tan vital como vital es cada uno de los miembros de la casa.

Con profunda suavidad, como conversa la marea con la luz, oí que alguien me decía: “voy a ir a cada piel que te cautive”. Me volví. Quedé, de nuevo, de nariz al interior. Nos disparábamos chispazos. “Yo seré la que te mire por detrás cuando dos ojos te posean”. Era Isis. ¡Era Isis! Nos hablábamos, sin lengua. Nos teníamos, sin manos. Allá iba, pero tuve, contra todos los cabellos, el reflejo de leer una somera pincelada de la vista: la pared me despertó con sus ridículos escritos. “Ven. Ayúdame. No dejes que mi tumba se sumerja tan remota del hogar”. ¿Leía bien? ¿A quién demonios le pudieron encargar unas palabras que le salen a cualquiera? “Me peinaron y, mi ropa, se la dieron a la gente del desierto. Para mí, tenían telas exquisitas”. ¡Qué vergüenza! ¡Qué

pequeñas estrofitas para muro tan sagrado! “Somos hijos de tus hijos, ten piedad de nuestras almas”. ¡Qué terrible! Para esto se precisa ser, apenas, tallador, y no poeta. “Senusret, que se lamenta de que todo, desde siglos y milenios, esté dicho. De que ya no quede sino solamente repetir y reiterar, a los futuros escritores.” Dioses míos, ¡santa Isis! “¿Estás bien?” El universo sacudía terremotos como rudas convulsiones. Nada más con dos rodillas sostenía toneladas. “¿¡Estás bien!?” Que no me pongan en el mismo monedero. ¡No lo van a conseguir! ¡Mis jeroglíficos no caben en un arca ni siquiera! Sentí dedos en el hombro, “por supuesto que no caben en un arca. Yo doy fe”. Numerosísimos autores hacen códigos, o mero catecismo. ¡Pero no literatura! No son textos con alquimia: son de cálculo. Pensados al revés. Tratados técnicos, ¡liturgia! Me recuerdan a los hombres que se pasan muchas veces la peinilla: sin un pelo levantado de la norma, sus cabezas se ven todas envasadas al vacío. Lo prolijo no te debe despojar de la soltura, ¡la gramática no puede limitarte los hechizos! ¡Insinúa! ¡No lo digas como mientes a los niños! ¡Deja margen! Hay palabras que mejor que se te vayan con el viento. Desafía pinceladas y que noten que podrías otro tanto si quisieras. No la mates: lo que surge de mezclar lo que se ve con lo que callas es la luna de misterio conocida como magia. Pero ¿¡esto!?” No, lector, ¡no lo confundas con el arte! Con caricias, está bien, pero

con guante. ¡Qué terrible desperdicio del idioma!, qué fatídico destino de las letras, ¡cuánto miedo! No revisten amenaza: son palabras esperables. De contrario, los poetas de verdad son imposibles de leer impunemente. ¡¿Lo comprendes, faraón?! “Seré testigo de tu obra. Mandaré que sobrevivas. Lo pondremos en los muros de los templos y sabrán, durante miles de milenios, que lograste, nada más con las palabras, una serie de milagros que los dioses, con el cosmos a merced, jamás pudieron conseguir. Que, por las noches, ¡con la luna demencial! ¡con las estrellas incendiándote los ojos! escribías milagroso, colosal, con una fuerza que solían despertarse los vecinos. Yo lo vi. No dejaré que te confundan con el resto. Si los bárbaros derriban nuestros templos, hablaremos con Amón para que vuelvas a nacer y los levantes nuevamente con tu prosa. ¡Digo mal! Los escritores como tú no nacen poco: nacen una sólo vez. En todo caso, resucitan. Te tendrán por enviado. Rezarán, como borrachos de belleza, tus palabras. Pero vamos a cenar, amigo mío. Necesitas descansar, que sólo Isis imagina tus prodigios de mañana”.

Me costaba respirar. El esternón, en una cárcel de costillas, apresaba mis pulmones. La corona me pesaba toneladas. No veía sino sólo desenfoces.

## 10

### Abstinencia

*Ciertas drogas justifican sus efectos secundarios*

-Quiero verla. Ya no puedo resistir un día más.

-Es delicioso, ¿no lo crees?

-Y también una tortura.

-La receta del placer es algo rara.

-Mandaría, con un gesto de nariz, que rastrillaran la ciudad.

-Y la traerían, es lo malo. Pero, bueno, si te place... Yo no quiero que me hagas responsable de tus dudas.

Nefertara se metió

-¿Qué cosas dicen? ¿Están locos? Imagínenla teniendo que decir “con mucho gusto por favor faltaba más”. Es imposible.

-¡Yo lo hice!

Se lo dije muy seguro, con el índice flagrante, porque vi que se venían socarronas indirectas hacia mí. Ya me querían merendar.

Habló Ramsés

-Y ni siquiera le tuvimos que pinchar una puntada con las picas, ¡vino sólo!

-No te creo...

-Pues, pregúntale.

-Me gusta demasiado conversar: temí tan sólo por mis cuerdas. Lo restante me tenía sin cuidado. Vine menos con temor que con intriga. Pero ella no vendrá sino con asco.

Puso cara de touché.

-¿Por qué no sales a buscarla por ti mismo?

-Pero ¿¡dónde!?

-Donde sea que la busques hallarás algunas cosas importantes. Dilación. Incertidumbre. Volverás a los lugares y saldrán a recibirte los recuerdos - inclusive los que ya se te borraron. Confusión. Atolladero. Los vecinos te darán información contradictoria. Te veremos balbucear. Harás promesas a los dioses y, por años, cada día que transcurra, le pondrás otro granito de belleza. Sólo esto quizás sea mucho más encantador que dar con

ella. Mirarás a las parejas con dolor. Escucharás a los estúpidos del bar como si fueran el oráculo. De noche, romperás, a viva voz, para llamarla por la calle. Probarás con cada nombre de mujer: que no lo puedas recordar hará que sea doblemente meritorio. (Si no sabe valorar que la despiertes arrastrando las palabras, no merece, ni siquiera, que la mandes a buscar). Sospecharás que sus amigas se te burlan - ella, nunca. Pensarás en el futuro como sueñan las muchachas de los cuentos infantiles. ¡Con la misma convicción de los fanáticos! Y, luego, volverás a ser pequeño. Realidad. Desesperanza. La demora, faraón. Recién allí comienza todo. Ponle nombre. Resucita, sabedor de que, pasadas unas horas, morirás. Repite páginas de veces el saludo. Las palabras del encuentro. ¿Qué le dices? ¿Qué responde? ¿Ves sus sienes? Imagínala, despacio. Cada vez recordarás una sonrisa más hermosa. Volverás a revivir ese momento con los ojos apretados - cada día lo verás sensiblemente más perfecto. No tendrás una partícula de nada, pero no descartarás ganarlo todo. Moverás los sentimientos de lugar como si fueran batallones. Orgulloso de sufrir, saldrás en ascuas para ver si te la cruzas. Espejismos. Abstinencia. Laberinto. Tentación. Conocerás alternativas a lo largo de la búsqueda, tan lindas como ella. No querrás desperdiciar el corazón en imposibles: habrá otras tironeando de tu hueso. La tendrás como se tienen las

estrellas - pero una. Sensación de lejanísimo recuerdo, que no muere, sin embargo. Quizás tú también lo seas para ella. Por lo menos te lo vas a preguntar, después de años y de hijos. En los últimos segundos de tu hora, volverás a recordarla con un íntimo chispazo del cerebro. Pero, bien, a veces pasa. Los milagros acontecen, una vez entre millones. A lo lejos, ¿puede ser? El corazón se desencaja. Las pirámides se hunden. Titubeas. El planeta no termina de bajar por la garganta, pero sí. No dejarás que se te vaya. Los relámpagos parecen de colores. Los colores, de relámpagos. ¡Es ella! Cada vez con menos dudas. Acercándose. La ves, a cada paso, con mejor definición y se te tiran a la cara los trofeos del estante. Paramales: el recuerdo que tenías no coincide demasiado. Rompimiento. Fulminante desbandada de los pájaros. Desnorte. Contraciclo. Frustración. Aprenderás a desconfiar de los impulsos y, si menos estupenda -ponderándose con siete, no con diez- aún así te gusta más, aprenderás a distinguir, como los hombres, el amor, del apetito.

## 11

### **Sin corona, se conocen los monarcas**

*Si se trata de los hombres, campo fértil es el árido*

Podría trabajar como vidente: se dio todo lo que dije, menos parte de lo último.

Ramsés, cuando pasábamos enfrente de los templos, apretaba la sonrisa de los pícaros. Había decretado que su nombre presidiera las fachadas, incluyendo las que otros gobernantes anteriores - suficientemente próximos- habían casi casi terminado. Les faltó poner el sello del discípulo ciñéndoles falaz dedicatoria.

-Si levanto suficientes, se los pienso devolver a sus antiguos constructores.

-Nefertara, ¿fuieste tú?

-Qué coincidencia. Yo también me preguntaba quién había preguntado.

-Se los digo por las dudas, nada más. Yo sé que muchos ciudadanos desaprueban esta práctica. Lo

siento, pero no me subordinan los elogios del presente, sino sólo la callada, pertinaz admiración de los milenios. El aplauso cesa rápido. Las obras sobreviven a los reinos. Los triunfos son efimeros; te abren la caliente pero pronto se consume: cuando quieres acordar estás bañándote con fría. No perduran más allá de lo que pueda demorar en dispersarse la gentuza. No son esas las victorias que pretendo, coloridas, populares, accesibles para muchos. No precisas un talento descollante para ser una persona de renombre. Más difícil que los hombres de tu siglo te conozcan es que uno ¡sólo uno! del siguiente sepa algo sobre ti. No se consigue con la venia de la chusma, ni soplándole sentencias a los jueces, ni señando voluntades con dinero. Tengo menos que decir para la próxima semana con mi voz que con el nombre de Ramsés para los próximos milenios. Allá voy. Ustedes dos, como perfume con el viento, van conmigo.

-¡Nos intenta sobornar! Negocia tú.

-Pero ¿con qué? ¡Si no tenemos otra cosa que talento!

-Les explico. No se puede trascender en solitario. Lo mejor de los palacios son las risas, el amor y los bebés. En el desierto, los arbustos están muertos de tristeza. Los barrotes, mucho más que para no dejar salir, están pensados para no dejar

entrar. No te retienen: te separan. Mucho más que de los tuyos, pierdes años de los otros. Una cárcel se construye, sobre todo, con estricta soledad.

Manifestar las ambiciones es un íntimo descuido que no suele suceder si no te sientes en confianza.

-No lo dices nada mal. Será difícil superarte, con los éxitos de todos a tu nombre. Buena táctica. Tendrás a la belleza trabajando sobre ti: para muchísimos artistas, suele ser en el fracaso donde más se sobrevive. No se puede soportar: una leyenda, si no luce coloridos moretones, es un fútil arrorró. Los ganadores nunca son interesantes. Están muy sobrevaluados, nada más.

-Y... ¿traducido?

-Que serás un personaje pintoresco, como mínimo. La gente no perdona la maldad. Con los pecados, es distinta.

-Pero háblame de ti. ¿No plagiarías por lo menos un refrán si no pudieras superarlo? ¡No me mientas!

-El orgasmo, sin la previa seducción, es demasiado doloroso.

-¡Qué respuesta! Me gustó como proverbio. ¿Qué prefieres? ¿Que te compre los derechos o, sin más, que te la copie?

-¡Ni pagándome millones! No mereces tratamiento de poeta cuando nadie falsifica tus estrofas. Se podría distinguir al escritor del embustero por el número de plagios que le hagan. Lo recuerdo con orgullo ¡fue mejor que recibir un galardón! Nos encontrábamos en clase, de pequeños. Aburrido con el cálculo ya tan ejercitado de las órbitas celestes, escribí para tratar de despertarme. “Pesa menos una luna que tus ojos acercándose. Compendio de milagros. Epicentros de la vida. Par de noches del que Isis, envidiosa de sus astros ¡de que todos tengan algo que buscar en sus horóscopos! aparta las miradas con la suave corrección de su caricia”. Los varones no solíamos quedarnos a copiar del pizarrón: cuando salimos al recreo, bulliciosos, una niña de la clase lo tomó de mi pupitre sin dudar y lo firmó, como si fuera para ella, con el nombre de su novio. No le creas a los libros. Es el plagio, mucho más que publicar, lo que confiere calidad de literato.

-¿Cómo puede trascender un escritor si no publica?

-Yo prefiero que mi vida sea tan gratificante que me traiga sin cuidado trascender.

-Pues ya verás que Nefertara me defiende...

-Deberían escucharse. Son varones, de leerlos. Uno quiere trascender y, su compinche, disfrutar. Qué maravilla. Pero yo, que soy mujer, pondré las cosas en su sitio. ¿Libertad? Sabré traerlos otra vez a la razón. Dejar sus locas utopías por el piso. Realidad. Acatamiento. Matrimonio. Tenuidad. La masculina sensación de que la suegra consiguió lo que quería ¡de que todas se salieron con la suya! menos ellos. Privaciones. Abstinencias. Una vida regalada. Castración. Filosofía. Si prefieren los engaño - pero nadie (ni galanes ni galácticos) se salva. Si les sirve de consuelo, los ancianos solterones no se ríen demasiado.

Pasó todo lo que dije, menos parte de lo último. Salimos a la búsqueda con íntegra, radiante juventud. Investigamos. Nos sentamos a pensar. Pedimos “algo de comer”, irresponsables, en cantinas tenebrosas. Preguntamos. Dimos vuelta nada más en el final del callejón. Hicimos guardia. Nos reímos de Ramsés hasta dejarle las costillas a la vista - procuraba describirla con el único recuerdo que tenía sin lagunas: explicaba, con redondos ademanes, el color de su perfume. La nariz apunta más que la memoria. Las pupilas, por su sóla curvatura, captan eso - no las vamos a juzgar: el interior es mucho menos inmediato. Conocimos personajes increíbles, consultamos a la

bruja, “¿yo no sirvo?” nos llegaron a decir algunas jóvenes hermosas y volvíamos cantando serenatas. Aprendimos a guiarnos por la duda, pero no por resultados, desde luego. Porque da conversación. Entusiasmados: nos hubieran conseguido definir con esta única palabra. Cada día que salíamos, Ramsés volvía más extrovertido. Cierta tarde, con el sol a dos minutos de pinchar en las pirámides, un joven respondió

-¿Si la conozco? Por supuesto. ¿Qué precisan? He robado varias veces en su casa.

-¿Literal o figurado?

-Literal. Los tendedores me lo soplan. Cuando veo sólo ropa de mujer ya sé que voy con la ventaja de la fuerza, por lo menos.

Caminamos unos números con él -sin develar identidades- y llegamos a su puerta. No dejó de ponderar al faraón durante toda la distancia del trayecto.

-Que ladrones como tú le tengan tanta devoción, nos dice mucho de Ramsés. Ya puedes irte.

-No me voy sin que me pagues.

-Imposible.

Lo miró con faraónica dureza. Por su lado, con la misma displicencia de los hombres condenados, el ladrón le respondió:

-No pasa nada. Me lo cobro de su cuarto, cuando entre.

Nunca más estimaría la virtud de las personas por el juicio que tuvieran sobre él. Quedamos solos, contuvimos pulsaciones y llamamos a la puerta. Con los pasos que sentimos por detrás, sustituyó los corazones. Al abrir, lo confirmamos. Sin ningún lugar a dudas, era ella. Pero no por buen discípulo te salvan el examen.

El desplante que le hizo rebajó lo descortés a lo grosero. Respondió con miserables ironías sin humor y, cuando ya no le vinieron a la mente tonterías que decir, exasperada, lo peinó con un portazo.

Nos quedamos con la brisa murmurándonos el rostro. Las arenas movedizas, erutaron. Lo sonidos no sabían que decir: quedaron mudos. Nos volvimos a mirar, entrepasmados. El silencio fue quedándose sin voz y, lentamente, comenzamos a reír. “¡Qué faraona que perdimos!” exclamó. Lo descubrimos imposible de vencer, en la mismísima derrota. No queríamos volver: nos animó con divertidas ocurrencias a lo largo de la tarde. No conoces a los hombres hasta verlos en problemas, o caídos: no resulta

sorprendente que viviera tantos años. Ya después de sus esposas, de sus hijos -más de cien- de sus ideas, de su tumba -la que todos le dijeron que jamás se lograría construir- de los hititas y los nubios, de la gloria, ya después de la victoria de sus templos, tan divinos que los dioses pensarían en mudarse del edén a nuestro mundo, ya después de reducidos los obstáculos y dadas sus lecciones a la lógica, después de las conquistas ¡del poder indiscutido! contaría que las horas más felices de su vida, tobogán de las pirámides, habían sido estas - de simpleza mitológica.

## 12

# Reliquias

El palacio no parece transcurrir en este tiempo, con el mismo calendario que nosotros. Está nuevo, como siempre. Se diría que los años no lo llegan a rozar. Los integrantes de la guardia se me hacen increíblemente jóvenes, ¡son niños!

-Buenas tardes. ¿En qué puedo serle útil?

-Buenas tardes -respondí- Deseo ver al faraón.

-¿Al faraón? Sin una orden oficial será difícil.

-¡Atencioón! ¡Formar escolta!

Conocí su vozarrón. El comandante de la guardia, Kab-Ubaker, conoció lo que quedaba de la mía. Vi sus grados asomando del recinto.

-Los asensos meritorios se distinguen en el porte.

-¡Qué presencia bienvenida! Si supieran, estos jóvenes soldados, a quién tienen el honor de recibir, levantarían los mentones a la frente.

Más allá del comentario, ya sus pechos parecían explotar en formación, con rebosante deferencia.

-Por favor, los militares nunca son exagerados.

-Ni modestos los poetas. No te tengo que decir lo que conozco sobre ti. Pero pasemos al palacio que, quizás, el sol se sienta como Seth, disminuido.

Sobre todo los mayores, con más años, nos tenían por presencias mitológicas, en vida. Caminamos a través de la larguísima, difícil explanada. Nos leíste, cierto día, por aquí, con Nefertara, tras el rítmico vaivén del hipopótamo.

-Quizás esté costándome contar, pero ¿sumaron escalones?... Unos pocos infinitos. Está bien. Aquí llegamos. Moriré pudiendo sólo, me parece.

-Por lo menos dejarás, así no soy maleducado, que la puerta te la abra.

-Si precisas de mis músculos, estoy....

Aproveché para volver a respirar. Ya los tirones no son tan inofensivos. Empujó las toneladas de metal y, como súbito relámpago, sentí que me plancharan las arrugas: congelaron el bochinche, me miraron un segundo, se soltaron de sus juegos y corrieron hacia mí, con renovado griterío.

-¡Qué blancura mis ahijados! ¡Con lo lindo de sus rostros y no salen a jugar al aire libre!

Caminar entre los niños era mucho más difícil que subir las escaleras, pero pude desplazarme traccionándolos a rastras. La vejez es una clase de pereza, no cansancio solamente. Por lo mismo que no puedes estirar velocidades, nunca llegas a sentirte fatigado, pero sí que, con frecuencia, cortas antes el esfuerzo. Se te cansan las neuronas, no los músculos. Aún. Seré sincero. Ya después te cansas todo.

-¡Vamos! ¡Vamos! ¡No te rindas que tú puedes! Un infarto no le viene nada mal al corazón. Al otro lado de tus miedos, hay cerveza.

Ya venía con dos copas en las manos.

-¡El abuelo tiene dulces!

Como vuelan los enjambres, estirando su tormenta del panal al objetivo, lo cercaron en segundos. Las rodillas del coloso no sabían hasta dónde resistir.

-¿Me das las copas? Eso es... Por si te caes.

Como pudo, se libró para seguirme. Yo muy rápido no iba, pero no llegaba más a mi costado. Los pasitos no le daban. Al final, lo consiguió. Le di la copa de trofeo. Nos miramos. “Otra vez, hombro con hombro”. Su nariz era lo único, de todo su perfil, que

todavía conservaba majestad. Era famoso por lo alto: mi cabeza le quedaba por las dos terceras partes. Además, los reyes nunca desarrollan la joroba. Sin embargo, yo corría con ventaja: mis centímetros faltantes oponían mucha menos resistencia, de seguro. Nos llegaba contraviento proveniente del jardín. “También en esta”, nos dijimos, con las voces arrugadas. Finalmente, se podía permitir tener cabello. Los pelitos le corrían por detrás de las orejas, abrigándole la nuca. Desteñidos. Con detalles de marfil y la calvicie de corona. No podrían escribirse las ideas que pasaron por allí.

-Ya ni los piojos se te prenden.

-¿Contraviento del jardín? Si cuando vimos que venías nos tuvimos que poner a cerrar todo. Nada más una brisita, para ti, podría ser un huracán de neumonía.

Nos costó, pero llegamos a la sala, que no era la mejor pero que siempre preferimos, desde jóv... ¡maldita sea por Osiris otra vez esa palabra! La babeas más y más ¡y más y más! en la medida que te comen las arrugas. Hay un vértice fatal en que comienzas a vivir con más pasado que futuro. Comes bien, pero los mozos cada vez te sirven menos.

-Es extraño comenzar una novela convencido de que no la lograré finalizar.

-Hace tres décadas y pico (de cigüeña) que me lloras con lo mismo. Como sigas comenzándolas, es lógico que sí. Por otro lado, siempre fue lo que quisiste: “que la muerte me sorprenda con bellísimas palabras en el puño”. ¿Lo recuerdas?

Conversábamos al punto del albor: no nos quedábamos sin tema. Repetíamos leyendas y podíamos hablar durante horas, sobre nada. Pero sí que lo notábamos, vetustos, impotentes, ¡consternados!: a medida que pasábamos de año, conjugábamos los verbos cada vez un poco menos en futuro. Lentamente, vas llevando no tan sólo las palabras sino -mucho más atroz- tus intereses al pasado. Los proyectos, una vez que los volvimos realidad, nos afearon la vibrante puntuación de la mirada. Son estúpidos, fanáticos y crédulos: los jóvenes carecen de memoria. Pero, bien, en esos males tienen algo que nosotros extrañábamos. Por bello.

-¡Nos querrían sacudir de las jorobas!  
¡Imagínate! ¡Cargar a los borrachos de regreso debe ser insoportable!

-No lo sé. Yo me sentía fascinado. Si llegaban a tirarme quizás nunca lo notara. Donde fuera que cayera, lodazal o baldosín de jeroglíficos, hubiera continuado recordándola, de besos entre risas. ¡Tú nos viste! ¡No me dejas inventar!

Nos lo contábamos flagrantes, efusivos, pero no por alardear ¡por revivirlo! Sin embargo, las erratas, de común, nos divertían mucho más:

-¡Ni los hititas me pegaron como ella! Todavía me parece que su mano me cimbrara por los pies.

-Hoy, con el mismo bofetón, nos matarían. ¿Te das cuenta?

-¿Qué me dices? ¡A ti nunca te pegaron!

-Hijueputa. Todavía me la debes.

Los recuerdos parecían más reales que la propia realidad. Estaban vivos, quizás más que nuestros cuerpos por entonces:

-Ten cuidado.

-¿Qué sucede?

-¿No la ves? Una piolita.

-¡Qué peligro! Muchas gracias.

-¡Hey! ¡Cuidado!

-¡¿Qué sucede por Amón?!

-Una piolita.

-¡Muchas gracias! Qué peligro.

Cierta noche, nos habíamos gastado las mandíbulas riéndonos a costa de los pobres que trataban de saltar una piolita - que nosotros inventábamos. Oscuros, confundidos por los tragos y la gente, nos creían. No lo tengo que decir: nos encontrábamos en una de las tantas, escapados del palacio.

-¡Con cuidado!

-¿Qué sucede?

-¿No la ven? ¡Una piolita!

-¿Qué piolita? Por favor, ¿están borrachos?

-Maldición, nos han vencido. Deberemos invitar.

Permanecemos con las chicas, conversando sobre todo lo que charlas en un baile. Nos costó, pero logramos dividirnos, finalmente, cada uno con la suya. Como él tendría algo que tapar, se retiró lo más que pudo. La penumbra, de común, es un cosmético fantástico. Quedaron protegidos por un cerco de tablones cuyo fin era tan sólo mantener a las personas apiñadas. Tal la clase de santuarios que solíamos honrar, con el discípulo. Sabíamos unirnos con Amón.

De los sentidos del poeta no te cubres ni te vistes. Con el sexto, las mujeres. Los artistas, con el

séptimo. Los vi, surcando rastro por la gente que bailaba, con un ojo que saqué de mis asuntos. Yo que nunca contaminao mi rareza con lectura, los leí: se disponían a robarlo. “¿Me disculpas? Por favor.” Solté la magia por hacerme de las riendas y traté, por el atajo de la fuerza, de llegar hasta Ramsés antes que ellos.

-Deja todo. Nos tenemos que largar.

-Estás bromeando.

-Los tenemos en camino.

-¿Qué me dices?

-¡Qué nos vienen a robar o qué se yo! ¡Pero que vienen! Oye... Vamos... ¡Oye vamos!

-Maldición. Como tu chica se te fue, te vino sueño. ¿Te lo tengo que decir? A los amigos se los vela.

Me di vuelta para ver. El claroscuro del ambiente parecía decir algo.

-Si no sabes controlarte, no se toma. Nos marchamos.

Los traté de separar.

-¡Estás celoso!

La primera fue simbólica, tan sólo. Pero yo le respondí con la de veras.

Estatura de dos metros no compite con kilómetros de calle. Sin embargo, por entonces, ya tenía tanta calle como yo. Ni los bandidos se quisieron acercar: pegaba lindo. Los meseros nos dejaron agotar entre nosotros, nos echaron como perros y, de paso, nos pegaron otro poco (porque sí) por las molestias. Una vez que terminaron y se fueron, comenzamos a reír “¡es una lástima que luego no se sepan estas cosas!” Ni muchísimas. Volvimos tantas veces a camello por la luna que, si miras con cuidado, todavía se le ven nuestras pasadas.

De repente, como luz entre las luces, una voz nos trajo vivos al presente...

-¡Qué barullo de los niños! No podía ser por nadie más que tú.

Venía franca, con los brazos desplegados.

-Así fueron desde siempre sus llegadas al palacio. Tu padrino, protegido tras la máscara de “serio”, no dejó revoluciones por hacer. Algunos cuentos no se saben...

Se trataba de la hija de Ramsés que más encanto destilaba - pero siempre venenoso. De comienzo, parecía similar a las demás (unas

cincuenta) pero pronto, percibías, en tus labios, una risa diferente.

-No se saben porque nunca las contaron. Ya soy grande, no me voy a perturbar. Si los honrara con los míos...

-¡Hatsefari! ¡Por Amón!

-Qué viejo loco. Sólo dile “sí papá”.

-Qué pernicioso que resultas. Yo lo sé por experiencia personal. Será mi último deseo como rey y como dios: que no te vayan a poner en los programas escolares.

-Al padrino, que le debo, sobre toda su virtud, haberme malaconsejado, mandaré, como princesa, que los chicos se lo tengan que tatuar donde sus novias se lo pidan.

Hatsefari, memoriosa, no quería que nos fuéramos de tema. Se tumbó, sobre los tantos almohadones, como posan las esfinges.

-Aprovecha. Lo leí de tu segunda colección: “a las esfinges, para tan provocativa posición, les falta busto”.

Relamió las amenazas y nos dijo, con segura lentitud:

-O me lo cuentan o, si no, les cuento yo.

Busqué los ojos de Ramsés:

-No será nada comparado con lo suyo.

Me tiró con un bocado,

-¡Como tú no tienes hijas!

-Es en vida que se pagan los pecados, ya lo ves. Escucha esto, Hatsefari, que no tiene desperdicio, porque no te lo dirán los profesores ni los libros. Una vez, nos encontrábamos los dos en un lugar -que, me perdonas, esto sí no te lo voy a revelar- y comenzaron a pasar, por la ventana, diez personas. Después veinte. Después treinta. Después miles. “¿Qué demonios...” Avanzaban cada vez con menos ganas de callarse. Desbandada, pero no retrocediendo. “Sí discípulo. No puede ser, amén de mis deseos, otra cosa”. Levantaban un polvillo transparente. “Bramnunoble” Procurábamos pensar. Nos tiritaban las tasitas. El ambiente perdió aire. “Dromblangrrago” Cada uno mascullaba su verdad, en ultratumba. Ya la nube se veía como leve cerrazón. Algunos ojos empezaron a mirar por la ventana. “Si cerramos es peor”. La sumatoria del barullo ya sonaba con volumen. “Noile - ¡ber!” Se percibía la fragancia de la tierra, que pasaba sin forzar las aberturas. Esta clase de veneno se te mete, con finísimos tentáculos, al núcleo, todavía desde lejos. El ambiente no dejaba de perder su claridad. Estaba

magro, progresivamente turbio. Como negro. “¡Berggrrr-ión!” Desafinaban al unísono. Caóticos, en bloque. No dejaban de pasar, con agolpada polvareda. Burbujeo, con la tapa tartamuda. De repente, no veíamos la calle: la penumbra saturaba la visión - pero podíamos oler la multitud, incrementándose. Tiniebla concentrada. Nos costaba ver las manos a centímetros del rostro. “¡Grraa-trrbeból!” Retumbadero. Mazacote demoníaco. Sordera. Mediodía con color de medianoche: “¡Re! ¡be! ¡lión! - ¡Re! ¡be! ¡lión! - ¡Re! ¡be! ¡lión! - ¡Re! ¡be! ¡lión!” ¿Te dije miles? Pero miles de millones. No podíamos creer que la ciudad tuviera tanta población. Pum - m;pum! “¡¿Quién hay aquí?!” Lo comprendimos a la vez: levantaríamos sospechas. La manera de salir era sumarse, protegidos por la bruma de la tierra. Nos metimos en la horda. “Los reclutan a la fuerza. Con razón.” “Ahora sólo disimula. Grita fuerte, con el puño levantado”. “¡Re! ¡be! ¡lión! - ¡Re! ¡be! ¡lión!” La polvareda nos cegaba por completo. “Ve detrás. No te desprendas de mis hombros”. La ciudad, como sucede con la niebla, levitaba. Respirar era difícil. Camuflamos el temor con entusiasmo. Los minutos, imposibles de llevar, se confundían con las cuadas. No sabíamos a dónde caminábamos ni cuánto nos habíamos movido. Ni las brújulas lograban orientarse. Si no fuera por el norte, las esfinges mirarían a la luna, todavía. “¡Re! ¡be! ¡lión! - ¡Re! ¡be!

¡lión! - ¡Re! ¡be! ¡lión!” y, de repente, la borrasca condensó. Como gotitas que llovieran, la ciudad nos derretía su granito por el rostro. Las pupilas absorbían claridad, como raíces de la roca. La visión recuperaba territorio, pero lento. Yo jamás había visto tantas caras espantosas ¡todas juntas! Además, desencajadas. Las miradas cada vez veían mas, pero tu padre, ventajeramente alto, conseguía más alcance. “¡Por Amón! Estamos cerca del palacio me parece”. ¿Por Amón? Por descontado. Para darnos más altura, me subí sobre sus hombros. La monstruosa multitud anocheecía con la nube, todavía disipándose. Sin dudas, los primeros estarían no muy lejos de la guardia. De repente, comenzaron a tratar de repetir unas palabras que, seguro, pronunciaban adelante. “Recibió nuestras demandas con amor”. ¿Nuestras demandas con amor? “¡Felicité nuestro coraje!” Pasavoces, así todos escuchábamos. Hicieron un silencio sepulcral atravesado solamente por las olas del discurso. Con su brisa, terminó de despejar los nubarrones. A lo lejos, con el fondo de palacio, se podía distinguir al orador, hipnotizándolos a todos con sentidos ademanes. “A partir no de mañana, ¡de ya mismo! se comienzan a cumplir”. Así de fácil. “Muy bien hecho, faraón, y ciudadanos”.

El silencio no lograba reaccionar. Nos encontrábamos los dos, estupefactos como todos. Una

gota, donde quiera que tocara, lograría derretir la multitud para su lado. Moví rápido (que no quiere decir apresurado): “¡Fa! ¡ra! ¡ón! - ¡Fa! ¡ra! ¡ón! - ¡Fa! ¡ra! ¡ón! - ¡Fa! ¡ra! ¡ón!” Perdí la cuenta de las veces que lo dije, con el puño levantado, sin que nadie me siguiera. ¡Ni tu padre! Pero ya no me podía retractar, así que sólo continué. Trabé la mente. “¡Fa! ¡ra! ¡ón! - ¡Fa! ¡ra! ¡ón!” y con un eco que, por poco, no llegaba, respondió, con femenino vozarrón, la cabecilla. Nos miramos, “¿es mujer?” Ahora sí, se contagiaron hasta no necesitarme. Protegidos por el júbilo común, nos escapamos de la horda. Caminamos con la prisa del que corre, circundamos un prudente cinturón perimetral y nos cruzamos con un grupo destacado de la guardia con misión de controlar que los disturbios no pasaran a mayores. Ellos sí nos conocieron, por supuesto. “¡Majestad!” Lo confinaron enseguida. “Disimulen... disimulen...” les decía; pero ya los de la franja lateral nos observaban de reojo, con sospechas. Amagaban con venir a comprobar que no quisieran arrestarnos. “¡Fa! ¡ra! ¡ón! - ¡Fa! ¡ra! ¡ón!” Con una duda que tuvieran, romperían el acuerdo por el aire. No dejaban de gritar, pero tampoco de mirarnos. “No nos traten de llevar”, les ordenó. Por un segundo, pareció que los rebeldes se quedaban en sus filas, pero buenos camaradas te rescatan por las dudas: “¿todo bien?” Si no volvíamos, quizás, tampoco ellos. Además, alertarían a los otros, que

podían atrasar de “faraón” a “rebelión” en un segundo. Con la máxima cautela, regresamos, otra vez, al sumidero de la turba.

## 13

### Tras las líneas amistosas

“-Los debemos proteger. Aquellos guardias intentaron arrestarlos. Lo merecen, por audaces: con ninguno de los otros insurgentes se mostraron tan inquietos. Por lo visto, los demás quedamos cortos de coraje. Fui testigo: se plantaron a las picas con dos voces, solamente.

Respondieron con aplausos efusivos. El discípulo trató, para que no nos protegieran demasiado, de restarnos importancia:

-Con dos voces pero, bien, con cuatro puños.

Fue peor: nos vitorearon. Eran pocos dirigentes, clandestinos, pero muy compenetrados con su causa. Les vinimos como manos al muñón: ya no confiaban en su líder y nosotros parecíamos locuaces, educados y valientes, sobre todo. Se decían: “¿tan sencillo resultaba comprenderse con Ramsés? La sobornaron, de seguro.” Si lo miro con sus ojos, en verdad, estaban siendo razonables - con los datos que tenían. Además, entre nosotros, ¿qué mejor que dos bombones te

guiaran a través de la locura? Te resumo lo político, por basto. Lo peor del cautiverio fue tener que soportar sus opiniones a favor, como si fueran ilustrados. Eligieron de la forma que lo suelen los votantes: convencidos de que tienen la verdad en sus hocicos. Si nos íbamos afuera, nos salían a cuidar. No conseguíamos fugarnos. Tanto menos, cuando fuimos proclamados directores.

A ninguno de los dos nos resultaba nada fácil simular. ¡Si descubrían a tu padre ya tendrían la victoria! Conversaban sobre temas que nosotros no podíamos seguir, en absoluto. Todos eran albañiles, cargadores o cuatrerros. Si llegaban a dudar de nuestro bando, nos darían una muerte pintoresca: ya sabíamos de muchos de sus planes. Nefertara los hubiera convencido de cualquier identidad. Sacerdotisa, loca, reina, marginal, extraterrestre cocodrila roca hiedra multitud abracadabra firmamento. La que fuera necesaria. No nosotros, algo menos deformables. No tenerla de titán a nuestro lado, daba frío. Nos sentíamos desnudos, indefensos. No podíamos actuar -por el momento- ni siquiera de nosotros. Mucho más que de soldados o de dioses, en aquella situación, necesitábamos de ella.”

Nos miramos con Ramsés, aún con turbias cataratas en los ojos. “¿Y si vamos?” Nos llenaba las

aurículas de sangre, ¡nos hacía tanto bien como la dicha! Cada vez estaba más inspiradora. Panacea. Bocanada. No pasábamos capítulo sin ir a visitarla.

## 14

### Cada día más unidos

Hatsefari se paró:

-Pues pediré que nos preparen un carruaje.

-¿Qué? ¿Los jóvenes no pueden caminar?

-Es que no quiero que se lleven el final de la revuelta, sin contármelo. ¿Seguro que no van a fallecer en el camino?

-Los finales, muchas veces, estropean las historias. Sobre todo las mejores.

Me gustaba que pudiera comprender las reflexiones enseguida; lo profundo del mensaje, más allá de las palabras. Otros jóvenes se quedan como vacas, observándote sin gestos. No conciben el idioma sino sólo literal. El esqueleto se les marca no por flacos, pero sí por desnutridos.

-¿Ya se vieron? Ni siquiera me tendré que molestar momificándolos.

-Ni gastes en sarcófagos, tampoco. Bastará con relicarios.

-Que nos pongan un cartel: “antigüedades a la venta”.

Nos llevamos unos nietos de la mano. Cierta clase de deditos son mejores que los guantes. Además, nos entendíamos con ellos, en el paso. Caminábamos en trance, como tienen que leerse los poemas: sin apuro por llegar. A los lugares más hermosos no se va. Se peregrina. Los finales no son nada si no tienen recorrido. ¿Quieres ver? Toma cualquiera de tus obras preferidas y comienza su lectura por la última palabra. ¿Qué te dice? ¿Se te cierra la garganta del placer? La diferencia, nada más, son las historias - y los héroes, nada menos. Tú lo sabes, pero alguien te lo tiene que decir: con el burdel y las herencias, es lo mismo. Para ti, ¿qué vale menos? ¿El final o las cosquillas? La respuesta (más allá de lo que, luego, justifiques) será muy a tu medida. Mucho más que con quién andas. No diré que con el resto de las cosas -apellidos o facciones- es igual, pero, sin dudas, parecido.

-¿Sabes qué? Te soy sincera: yo no salgo con un chico que no sepa de tus versos. Me doy cuenta por su porte, por su charla, ¡por su forma de vivir! Y, por las dudas, tomo prueba. Cuando no, que se consuele con sus otras, que tampoco te leyeron, de seguro.

Cada uno con la gente de su clase. Pero bien, si te leyó, que se prepare porque voy a

-¡Hatsefari!

-¿Qué pasó con la revuelta? Se quedaron en la parte donde fueron designados como jefes.

Me sabía seducir. Ahijada mía: no podía sorprenderme de su modus operandi sin faltar a la razón.

-No sabes nada todavía, (con su padre nos réimos a la vez) allí recién se nos venía lo mejor: hicimos vida de plebeyos.

-No les creo.

Lo decía con afán de tironear de los detalles, por supuesto. Cuando no les tienes fe, no desafías a los tuyos.

-Pues pregunta lo que quieras... Aprendimos a pintar, a levantar una pared...

-¡A cocinar en cacerola!

-¿Qué me dicen? Las albóndigas de pan que nos hacían...

-Es un plato proletario como pocos. Hay aristas de los hechos que tendrían que morir con los autores; pero tú no te resignas.

-Está bien. Amón perdona cada cosa que no puedo retirarles el amor por esto sólo. Pero díganme, las...

-Claro. También eso.

-Dioses míos. Qué difícil es saber y qué sencillo lo contrario.

-No lo creas. Si cualquiera de las partes, los rebeldes o nosotros, nos hubiéramos podido confesar abiertamente ¡por Amón! estoy seguro de que nunca nos habríamos odiado. La vejez me lo contó. Pero mostrar el corazón es más difícil que pelearse. Casi todos los problemas de los hombres se podrían resolver sabiendo más. Sencillamente. La sonrisa de los ciegos tiene fama, pero yo, que ya no veo demasiado, te lo puedo confirmar: es una mueca resignada.

La tristeza se comporta diferente. Para no desanimarla, no lo quise mencionar.

-Pero muchísimas tristezas se podrían evitar con sólo ser un ignorante...

Comentó, para volarme los cuidados por el aire, Hatsefari. Mi compadre me leyó los pensamientos:

-Los pequeños no son tontos, escritor.

-Ni los discípulos. En menos de dos días, estibabas de memoria...

Conversando, cada vez faltaba menos. Cierta noche, destruído por su falta, me paré, como rogándole piedad a la tristeza ¡con los párpados hundidos en las lágrimas! al borde de mis pies - desconectado de los vivos- en la puerta de la cámara del reino de los muertos, y leí las inscripciones. Comprendí su sencillez: la necesaria cercanía del consuelo. ¡Qué palabras necesarias! No bellísimas, es cierto. ¡Necesarias! No bellísimas. El agua, sin embargo, tan insípida que nunca, cocteleros que se precien, la tendrían por manjar, cuando sedientos, se les hace deliciosa. ¡Necesarias! ¡Mucho más que las geniales! Casi entro. ¡Casi entro como quien ya no pudiera resistirlo! Moribundos de llorar, mis ojos eran sacos rotos. Casi entro, como corren los pequeños a los brazos de su madre. Pero ella, con sus brazos hacia mí, salió primero. ¿Me comprendes si te digo la tristeza “con cosquillas” tan común de los velorios? Eso mismo. Sentí clara su presencia, calurosa su tangible realidad. Quizás también, del otro lado, se detengan en el borde para ver si nos perciben, por lo menos, un olor. Quizás nacer es el suicidio de los muertos.

Hay un punto donde casi no los dejas de volver a recordar y, de la mano, te resulta muy difícil de creer que, de verdad, hayan estado todos vivos algún día, celebrando los cumpleaños. ¿Sucedió? ¿Fui tan

feliz o solamente lo soñé? ¿Nos encontrábamos, en serio, todos juntos? Cuando mueren, sin embargo, logras otra conexión que no consigues con los vivos, tan profunda que va mucho más allá de, simplemente, compartir o conversar. ¿Se nos amputan o, más bien, se nos agregan? Hay momentos en que sientes una manta por la piel: te comunicas con un diálogo distinto, más cercano del abrazo que del verbo. La persona gana más significado. No la logras definir: ha trascendido lo que pueden las palabras.

Ya teníamos la puerta no tan lejos. El frescor apaciguaba los arribos, en el porche. Se sentía por el cuerpo, todavía sin llegar, con sólo verle la sombrita. Cada vez el corazón latía más acosquillado. Procurábamos seguir charlando sueltos, naturales, pero no. Se nos notaba. La garganta no termina de bajar algunas cosas, ni con años de cerveza ni con litros de veneno. Ni matándote consigues evitar lo sucedido. Las paredes nos hablaban con ternura. Los pequeños les pasaban los deditos. Imitaban a los grandes. “El amor es lo contrario de sufrir”. Las campanillas parecían inflamarse. “No se ama sino sólo por amor”. No necesitas, ni siquiera, que tus ídolos existan. Eso dicen, por lo menos. Muchas veces, existir arruina toda la plegaria del hechizo. “Lo primero que no ve con claridad el infeliz, es el amor”. Y lo primero que se cae. Ya después le sigue todo. Piel

y carne. “Ve llenándote de dicha que, sin dicha, no se ama lo bastante”. Hatsefari parecía comprender, pero lo dudo: Nefertara no tenía parangón. Era difícil sospecharla. “Lo bastante del amor, es infinito. Tal el monto de tu dicha”. Ya la sombra del zaguán nos abarcaba con su plácido frescor. Si te vendaran, impedido de tus ojos, lo podrías confundir con un oasis. Hay un punto donde uno de los tres es espejismo: la razón, las sensaciones o los hechos. Cuando quieres ubicarlo, se te corre. ¿Qué debemos concluir sobre la muerte? Lo perfecto del examen es el dato que te falta para darle solución al ejercicio. Justo ese, que los dioses omitieron con cabal sabiduría. Ningún otro.

Las distintas aberturas coloreaban el lugar con atrayentes cruzamientos. Cada muro combinaba, con la luz, un espectáculo distinto.

Cuando niños, nos hacían escribir, en el salón, las travesuras del recreo. Ya de grande, releyendo los cuadernos que mi madre no quería desechar, me sorprendí de los detalles que venían a mi mente. Sin saberlo, recordaba cada una. La misión, las circunstancias y los cómplices. Con cada pormenor de los grabados que labraban las paredes, acudían a mi piel reminiscencias parecidas. Hatsefari no dejaba de mirar y de leer.

-¿Es esto cierto?

-Con palabras y dibujos es difícil igualar las emociones de la vida. Todo peca por defecto. Multiplícalo por mil y todavía

-Sí sí sí. Se oye muy inteligente la respuesta. Pero ven, que ni siquiera lo leíste.

Me llevó con entusiasmo, de los dedos. Se trataba de la noche que, cenando con Ramsés y sus ministros, sostuvimos la tensión al imposible de que nadie supo ver si lo decíamos en serio. Ni nosotros. Nefertara no perdía, con el tono que se rinden homenajes, ocasión de recordarlo. Tan así que, de su puño, se lo dio para tallar, al escultor:

“Por un momento, sospeché que nada más habías hecho tantas millas para ver si lo lograbas. Los artistas solamente se plantean desafíos imposibles. Con los otros, se te duermen. Redoblaste sus esquemas: “con un párrafo de firma que me des, se te derrite la corona por los hombros -sin que llegues a leer, en el escrito, nada raro- por errores de tu puño, más veloz de lo que puedas resolverlos”. El silencio congeló lo que tomábamos. Después, nos lo rompiste de los dedos: “como sigas, nunca más escribo nada”. Los ministros, espantados, no sabían darse cuenta si bromeaban o si era de verdad que lo decían. Cuando casi se quebraba, la balanza se movió: “mejor sigamos cada uno con su reino”. ¿Dos amigos con holgada libertad o dos poderes negociando? Los presentes no

dejaron de tratar de respondérselo, por años. Así suelen cimentarse las historias que trascienden. Como sea, cuando dijo que tal vez rubricaría con su nombre los papiros de tu obra -desde ya, más perdurable que los templos- aún muerta de tensión y con la mesa terminal, amé tus ojos de victoria.”

Hatsefari me miró:

-No tengo dudas de lo otro. Pero, dime, ¿te viniste de tan lejos a buscar ese segundo? ¿De verdad? (se me prendió de las mejillas con la fuerza trepidante) Qué bellísimo triunfo de la gloria.

Me lo dijo con los dientes mucho más que con lo voz. Aprisionados, con las uñas, nos reíamos los dos a lo profundo de los ojos. Los molares apretaban dignidad.

-Cuando descubran otro dios, lo llamaremos por tu nombre.

-Cuando Isis aparezca, que me mire con tus ojos.

Respondí. Los niños son exponenciales. No se suman, como bloques o bizcochos. Se potencian. Acosaban a Ramsés con inclemente griterío. Medio sordo, respondía con volumen parecido, sin saberlo. Las paredes infundían las más bellas emociones. Nos mostraban conversando, divertidos. “Los recuerdos

anticipan el futuro”. Removían el presente (que confunde) como forma de sacarnos de los cuerpos. El espíritu no tiene posiciones espacial ni temporal. Los laberintos interiores contribuyen a sacarte del espacio. Cada giro nos ponía más y más en condiciones. Recordábamos anécdotas “¡qué asco!” Los colores de la luz se transmutaban en los rostros. “Coincidió con un silencio. Todos juntos, dignatarios y notables extranjeros, la miraron. El intérprete del rey Silulumash, quedó dudándolo”. Los niños se notaban más calmados - y no menos efusivos. Emoción. Así se llama. Te retumba por la piel, pero por dentro. Palpitar a cañonazos. Retumbándola por fuera, se consigue mucho menos. Roce. Tacto. Se le dice sensación. “¡El hipopótamo bebé se retiró de la vergüenza!” Nos sentíamos holgados, infinitos. Cada vez un poco menos al alcance de ridículos asuntos. “Le presento mis disculpas, majestad”. Los corazones nos bombeaban elixir. “Nunca supimos la respuesta que le dio, pero sentimos la vibrante bofetada. Todos mudos, otra vez.” El elixir acariciaba las arterias en el pecho, las costillas, el abdomen. En los brazos y las piernas, a la par. En las muñecas y tobillos. En las manos y los pies. Bajo las uñas. “¡¡Asqueroso!!” Hatsefari comentó “qué bien pegada. Si no saben la razón, él la sabía, de seguro”. Nos reíamos, felices en extremo. Ya doblábamos el último rincón. Adelantando carcajadas, los pequeños avanzaron

como bólicos. Oíamos el eco de sus risas juguetonas. El amor se confundía con la dicha. Son sinónimos ¡sinónimos! La dicha del amor es el amor que nos teníamos, flagrante, desmedido, colosal. Así doblamos: rebosantes. El sarcófago brillaba de colores y, los rostros, de la dicha. ¡Del amor! Felicidad ¡felicidad! Nos embrujábamos los unos a los otros. ¡Mitológicos! ¡Divinos! Nos sentíamos objeto de conjuros, ¡afloraba por la piel el beneficio! Qué fantástica manera de sentirnos; qué bellísima versión del entusiasmo. Recordar es revivir. Allí veíamos, de nuevo, los melones por partirle la cabeza. “No me voy a desnudar”. Las cercanías del palacio. La tensión. Y, revivir, resucitar. El hipopótamo, pequeño todavía, caminando por delante de nosotros. El oasis y la fuga. La cerveza del depósito. La noche. Los camellos regresando. ¡Tuve ganas de cantar lo que sentía! Las funciones. Los amigos. La locura. Las escenas imposibles que lográbamos. “No llores, que nos van a descubrir”. El auditorio bajo lágrimas; el público llorando como niños, en segundos. Anefet, Ukenamón, Afenertiri. Dak - Abúrtac, Iknatona, los mellizos. Rametep, haciendo dieta de palabra. Mat - Ik - Numa, Kifertek, Amón - Utbeka ¡todos ellos! “¿Nos trepamos?” La pirámide repleta de nosotros. Amenofis, rectilíneo, con los pies a las estrellas y las manos apoyadas en su vértice. Los bloques, como bancos. El casquete de la punta, reflejándonos en oro.

“¿¡Quién si no!?” ¿La cabecilla del discurso? ¿Nefertara? “La de veras está bien, en una celda. ¿Dónde diablos se metieron?” Nefertara, más sicóloga que víbora. Lo dicho: ¿quién si no? Sería fácil confundírsela con Isis. Los hubiera convencido de cualquier identidad. Sacerdotisa, loca, reina, marginal, extraterrestre cocodrila roca hiedra multitud abracadabra firmamento. Pero, bien, ¿de ser su jefa?! Las personas formidables, los amigos verdaderos ¡los artistas talentosos! cuando piensas que ya viste lo mejor y que los puedes describir, te dejan mudos. El oxígeno vibraba, filarmónico. Ramsés me devolvía, con los dientes amarillos, una risa que teníamos muy bien ejercitada desde jóvenes. “¿Haciéndose las manos y los pies?” Allí tumbados nos había sorprendido la revuelta, con un paño calentito por los ojos y guijarros en la piel. Estuvo días ofendida con nosotros porque no la despertamos para ir. Los agujeros se caían por las cosas y, los riscos, de las piedras. Los panales, de la miel. El horizonte despuntaba por el sol. El firmamento circulaba por la luna. Las deidades le rezaban a los hombres y traían, los bebés, a las cigüeñas. El terreno se prendía de los árboles. Los árboles caían de la fruta. Los sucesos relataban las leyendas y las puertas nos tocaban a las manos. Las arenas caminaban por los pies. El universo se salía de sus leyes y, las venas, de su sangre. Los saleros, de su sal. El laberinto, de sus curvas. La

madera, de su savia. La guitarra, de su música. La causa, de su dicha. Las hormonas, del amor y, los sentidos, de las almas. Allí mismo nos hubiéramos quedado si no fuera que no todo debe ser satisfacción en esta vida.

## 15

### Lazarillo

*Las mejores enseñanzas se reciben de los menos  
esperados*

Hatsefari, preguntándonos con todo su fervor, nos daba cuerda. Parecía revivirlo con nosotros, comprender la divertida paradoja de los hechos y la grave realidad de los minutos. Exprimía lo mejor de las anécdotas, guiándonos con breves, oportunos comentarios.

-Ya las manos nos sangraban. Al comienzo se cuarteaban y, después, por las pequeñas hendiduras que se forman, aparece - para ya no permitir que cicatricen. Las durezas cada vez engordan más y las lesiones profundizan su calado. No se marchan aunque, luego, vivas décadas. Se curan, sin borrarse. Las teníamos horribles. Con la mezcla del sudor, el polvoriento material se nos pegaba como máscara, del rostro. Sin embargo, lo más feo de mirar, eran los niños. Trabajaban a la par de los adultos. Los ancianos se salvaban no por viejos: por finados. Como sabes, en promedio no se vive mucho más de los

cuarenta. Ya nosotros, con el doble, somos momias caminantes. ¿De verdad estamos vivos todavía?

-No lo sé (le respondí). Con el sinnúmero de veces que nos hemos confundido, ya no sé, sinceramente, si creerme demasiado lo que pienso.

-Como sea, los pequeños afeaban lo romántico de toda la cuestión. Pasaban días sin reírse. Muchas veces, no comían otra cosa que cerveza, sustituto de nutrientes en ausencia de lo sólido. De paso, con dolores en profusa variedad, anesthesiaban el espíritu. Vivían embriagados. Los solían emplear para tareas en altura: resultaban más sencillos de subir y se movían con mayor plasticidad entre columnas y ribetes. Uno era sorprendentemente ágil de respuestas. Son difíciles de ver en las familias con alcurnia, potentadas: hay personas ascendentes, que consiguen despegar del lodazal en que nacieron y detentan una serie de virtudes que tan sólo se combinan en el tránsito. Son cosas que no suelen aprenderse con oír las. Necesitas de los hechos - en la carne. Ni los pobres ni los ricos de por vida son así, despreocupados de la muerte, con valor, inteligencia, picardía, comezón y rigurosa, diamantina, testaruda, pertinaz, incorregible, sistemática, perruna, maquinal, insobornable, patológica lealtad con los amigos.

-Qué terrible sucesión. En poesía no se hacen esas cosas.

-Seductores, además, porque les ganan las princesas a los príncipes - sin reino ni dinero. Los monarcas, por lo tanto, descendemos de sus genes en enorme proporción. Una mañana, lo mandaron a tallar un frontispicio. Se trepó, con la mayor agilidad, por los andamios de madera. Los demás, nos encontrábamos al pie de los cimientos, terminando de pulir unas baldosas. No podíamos cansarnos mucho más de lo normal porque, si no, sospecharían de nosotros. Ya teníamos un plan para volver - y lo pensábamos llevar a nuestras filas. “Un espejo. Cuando busques un detalle, ven y mira por aquí. Se ve mejor en el reflejo, que de frente”. Conversábamos, tratando de copiarles el acento carrasposo cuando, súbito, vi algo que caía. Me lancé, tan estirado como pude. Casi... ¡crack! Sentí pegar, entre mis dedos y la losa, su cabeza. “¡Santos dioses! ¡¡Santos dioses!!” exclamaban los testigos. Me moví, con el mayor de los cuidados, a su rostro. Me miraba, con los ojos imposibles. Su cerebro se volcaba, con caliente lentitud, entre mis dedos. La mejilla le vibraba con un tic vertiginoso. Lo demás, hacía muecas de dolor, pero pastosas. No tenía demasiado movimiento. La materia no dejaba de salir. Para peor, estaba lúcido, conciente. Parecía que... ¿trataba de reír? No lo podíamos salvar. El sólo peso de la cara desarmaba la cabeza, como cáscara partida. Los minutos escurrían su memoria por mis dedos. Una brusca convulsión le

trepitaba por los pies. ¿Era posible? ¿Se trataba de reír? Con el cerebro desgarrado, quizás no sabía dónde, pero sí que le tenía que doler. Casi le digo que tratara de pensar en algo lindo, pero ¿qué? Si no tenía más recuerdos que las cuitas de la obra... Me sentí desamparado, sin poder en absoluto. Pero él, abiertamente, se reía. No por él: por los demás, para que no nos preocupáramos. ¡Un niño! Me doblé para decirle “si no eres faraón, es porque no se necesita sino suerte para serlo”. No moría. No moría. No moría; pero sí: después de sílabas en páginas, murió. Pasaron, lentos, los minutos, pero yo no le quería, por temor a provocarle sensaciones de fricción o de mareo que, quizás, aún pudiera percibir, sacar la mano. Lo lloré, con la postura de los padres cuando cantan arrorró. ¡Como sostuve la cabeza de mis hijos! Levanté mi desazón para mirar, enfurecido, qué demonios le mandaron a labrar, tan importante: se trataba de mi nombre. ¡Maldición! Odié sus vanos jeroglíficos. ¡Mi nombre! Por primera vez odiaba de verdad. Me parecía ver sus manos lastimándose con él. Qué desgraciada repulsión. Enloquecí por un momento: me llevé lo que tenía de sus sesos, a los labios. Me parece que jamás pedí perdón con tanta fuerza. Me parece que jamás había dicho, ni siquiera por equívoco, perdón. Después algunos afirmaban que lo vieron tropezar (algo que puede suceder cuando tan sólo desayunas una jarra de cerveza)

mientras otros sostenían que lo vieron arrojarse (nada raro, cuando llevas una vida como esa). Como fuera, con ninguna de las dos alternativas encontrábamos consuelo ¡cómo diablos! Ambas eran espantosas. Me lo dije con las muelas. Acabose. Cómo diablos, cuando yo no supe serle ni Ramsés ni faraón, en abandono de los dioses.

## 16

### Arsenal

*El que teníamos nosotros, más temible que las armas*

Por la forma de llamar, nos pareció que golpeteaba con un código.

-Tendrían que ser menos evidentes.

Me miró como los niños descubiertos in fraganti.

-Con ustedes no guardamos precaución. Es una forma de saber si, los que tocan a la puerta, son confiables.

-No lo digo por el código, flagrante, sino bien: por los que vienen a la zaga, que son dos. Por el mesero que salió, para llegar aquí primero que nosotros, cuando tú le pestañeaste. Por el otro que salió con dirección a las esfinges de Ramsés, cuando, por poco, te lo pechas. Por la chica del papiro, que no deja de mirarme por encima. No parece que las uñas se le piensen estropear en un disturbio, pero sí que disimula más o menos como todos los demás. Por los

que miran por detrás del terraplén, que se les ve, sin la menor dificultad, hasta la tierra de las uñas: es del barrio de Majit. Y, finalmente, cuando ya se delataron, además de los vigías, los lugares amistosos, el señor abre la puerta con la llave del depósito colgada del cintillo.

Se miraron, atrapados.

-Santos dioses ¡ni siquiera disimulan una coma por favor! Seré curioso: ¿nadie más ha visto nada? ¿Soy el único? (quedaron suspensivos) Está bien. Pasemos ya, que desprendemos mal olor. Al insurrecto se lo huele.

La vivienda, por adentro, se veía más o menos como todas. Di dos secos talonazos en el piso. Los miré: “muy buen trabajo”. Las ojeras, apretadas por el gesto del orgullo, se les fueron. Enseguida levantaron las baldosas necesarias y sacaron una tapa (camuflada con aroma natural) de pozo séptico. Debajo, la mostaza: diez centímetros de ruda porquería que, tan sólo con un rápido vistazo, te podía desmayar. La retiraron con piolines escondidos, en su propio recipiente. Parecía, de verdad, un imposible de dos metros de calado. Lo siguiente, ya sin más antelación, era la puerta. Descendimos, alumbrados por pequeños farolitos que llevábamos. “Aguarden”, dijo uno, “prenderé los de pared”, y, con el fuego pregonándose, las lanzas comenzaron a

formar. Tomamos una, para verla con detalle: buen metal, y buen encastre. Ciertamente, por el número, podían demorar algunas horas a la guardia.

-¿Nos bromean? Ya dejémonos de prólogos y muéstrannos lo grueso de las armas.

Se miraron, evidentes. “Otra vez”. El de la llave, la tomó de su cintillo, se dio vuelta, caminó con dirección a la pared y la metió por las raíces que colgaban. La giró, como cambiándonos de cuento. Ya no armas: arsenal. Se nos cerraron las carótidas. ¡Ganaban por escándalo! Costaba deglutir el corazón a su lugar. Había petos, flechas, arcos. Redes, látigos, espadas largas, cortas, rectas, curvas, todas ellas en eterna cantidad y, para colmo, no tenían un escudo. Carros. ¡Carros! ¡Por Amón! ¡Revolución y no revuelta! ¿Con la guardia? ¿Le podían hacer frente, si quisieran, al ejército! Dijimos:

-Camaradas, ataquemos. Esta noche. Ya mañana no tendremos luna nueva.

## 17

### De tablero

-Funcionó maldita sea funcionó.

La madrugada nos mordía de los nervios.

-No lo sé. Los noto raros. Me parece que lo dudan todavía. Lo venían preparando desde meses. Quizás años. Una noche no les cambia.

-Quizás años... ¿Dónde diablos estuvieron los ministros...

-Donde tú. Pero tampoco te reproches demasiado: también tú los descubriste.

Lo notamos a la vez. Venía alguien.

-Las espadas están bien, pero precisan afilarse.

-Lo podemos postergar una semana. Las muchachas, en promedio, son infieles a sus novios por precoces y no ya por impotentes.

-Pst!

Nos dimos vuelta. Se trataba del sujeto de la llave.

-Todo listo.

-¿C cómo dices? ¿Y los otros integrantes de la junta dónde cáspitas están?

-La disolvimos. Por lo menos al sector que los tenía por espías del palacio.

Por supuesto. Lo podíamos oler. Cuando tomamos, tan seguros, la postura del ataque, pretendíamos que no nos atacaran, convencidos de que sólo los estábamos mandando, sin las armas suficientes, a perder. Y, de contrario, si mostrábamos reparos, pensarían que tenían la ventaja. No sabían el tamaño de la fuerza de Ramsés y nos llevaron al depósito tan sólo para ver nuestra reacción. Jamás creímos que se fueran a poner a nuestras órdenes en serio. Nos sentimos Nefertara.

-¿Los dejaron con custodia?

-Los matamos.

-Qué sencillo ser cerebro con un pulso que no tiembla.

Procuramos esconder la turbación. Por una parte, nos habían liberado de los más inteligentes, que tenían sospechada la verdad. Y, por la otra, se trataba justamente de los hombres que, primero, no querían atacar y que, segundo, precisaban de nosotros. No sucede con frecuencia -pero sí cuando resulta por

demás inoportuno- que los más inteligentes son los más equivocados.

Bien. Teníamos el mando de las fuerzas enemigas, pero sólo comprendían una orden: atacar. Como mandaras otra cosa, te mataban. Por lo menos, no sabían que tenían a Ramsés prácticamente prisionero. No podíamos huir abiertamente: la sicosis los hacía sospechar, en un segundo, de cualquier apartamiento. Nos saldrían a buscar y, ciertamente, les sobraban animales, de los unos y los otros. Cavernícolas y perros. Nos hallábamos muy lejos de los nuestros. Además, ejecutaban por las dudas, con estricta prelación: seguridad, sobre certeza.

-Vamos. Llévanos con ellos.

Lo seguimos unos metros. Al doblar, en una calle que podría -según quiénes resultaran vencedores- recordarse como célebre, formaban, a su largo, los rebeldes. Ya tenían los pertrechos y las armas. Se veían a través: la cerrazón estaba pálida. Quizás, tuviera miedo.

-Por favor, que cada líder verifique que sus hombres tengan todos los arneses ajustados. No queremos que parezcan sonajeros alertando del ataque. La sorpresa luchará de nuestro lado. Tú contrólalos. Apenas estén listos, nos avisas.

Y quedamos, con Ramsés, a discreción.

-Pensemos rápido. ¿Qué tienes? Este nudo, ¿se desata?

-Soy poeta faraón. No novelista.

-Pues, inténtalo.

-Quizás, entre las filas, infiltrados, hay soldados de la guardia.

-Deberían.

-Esa es la solución del escritor. También podríamos marchar en dos facciones divididas. Pensarán que nos movemos en asalto de tenaza. Los mareamos unas calles, tú te metes por Bastet y yo lo llevo por Amosis. Al doblar, los dejaremos enfrentados. Hoy, sin luna, será fácil confundirlos. “Es la guardia”, les diremos, cada uno por su lado. Los arqueros, enseguida, darán prueba disparando sin cesar, a la distancia todavía. Cuando ya no queden flechas, mandaremos aplastar con sendas cargas a la vez. En el fragor, con esta noche tan cerrada, lucharán hasta diezmarse. Por entonces, ya tendrán un regimiento sorprendiéndolos de flanco. Yo supongo que los nuestros estarán movilizados, en apresto, con espías por doquier.

-La solución del general. No te diré que la descarto. Con las cartas que tocaron, deberemos arriesgar.

-La del político nos falta...

Lo miré.

-La del político... ¿comprarlos? Si tuviéramos dinero con nosotros, nos iríamos de fiesta. No me gusta malgastar.

Me contestó. Ya revistaban a los últimos. El tiempo se nos iba. No quedaba mucha cosa por hacer, más que librarnos a los hechos. De repente, las palabras le vibraron:

-Eso es... la del político... peleémonos. Tú dices que tenemos que matar al faraón y yo diré que lo mejor es apresarlo. Comencemos, que ya viene...

“Que los látigos salpiquen...” “No señor. No somos bárbaros”. “¡Entonces se lo dejan a mis manos! Ya verás que la garganta se le sale por los ojos, como pasa con cualquiera”. Las estrellas titilaban de los nervios. “No lo vamos a matar. Lo juzgaremos con las mismas garantías que nosotros reclamamos”. El volumen alcanzaba para todos. “Pues tendrás que convencerme”, “convencerte. Nos estamos entendiendo” “¡No me vas a convencer! ¡O lo matamos o no luchó!” “¡No podemos ser iguales maldición!”

A pocos pasos, el verdugo, ya mirándonos torcido, parecía tener ganas de zanjarnos las ideas.

¿A nosotros con carita de matón? Movimos rápido: "¿¡qué dicen!? ¿¡lo llevamos a prisión o le cortamos la cabeza!?" Los rebeldes, en sus filas, se miraron entre sí. "¿¡Para qué quieren libertad si no deciden!?" Ahí sí, ya murmuraban opiniones. "¡Hablen fuerte cada uno por su voz o tienen miedo!" Fue tocarles el orgullo con lo menos agradable. Jeroglíficos, a gritos: imagínalo, tan sólo. Trabalenguas. Campanillas. ¡Alboroto! Combinándose trompadas se podrían haber dado mucho más de comprender, que con gramática. Ya no se callarían. Tantas lenguas, es difícil arrancárselas a todos.

## 18

### Domadores

*En palabras de Ramsés: domesticar la levadura*

Cada uno se dio cuenta de que no luchaba sino por hipérboles ajenas - y que nadie por la suya.

-Peligrosa vuelven la te cuidacalles mismos los o dicen que lo pagas les o, noches las por, barrio mi en.

Los rebeldes agitaban sus problemas en las caras de lo poco que quedaba de la junta.

-¿Trabajando seguimos cómo? ¿Después y? Vencemos que supongamos. Mutilado, débil sino sale se no, guerra la de. Cancelarlas lograría revueltas de miles con ni. ¡Colosales! ¡Imposibles cuentas tengo!

Cada vez el corazón latía menos presionado. “Le pusimos paños fríos al termómetro”. La fiebre continuaba, sin embargo. Lo sabíamos. Al menos, los teníamos en pausa, tropezando de continuo sin moverse del lugar.

Estaban tercos, discutiendo sin control, en lenguas muertas. No parar para comer ahorra tiempo

de reloj, pero retrasa las neuronas. Les costaba comprenderse. Se veían ojeros, aturcidos por las horas. Y quedaban multitudes por hacerse del discurso, todavía.

-Nada por no. ¡¿Levantamos nos qué para?!  
¡Trileros y prostitutas subvencionen!

Ya chicludos, los granitos, en arena de mascar, se desmayaban del reloj. Y todavía le quedaba por pasar, a su puntito sin apuros, un impávido desierto. Más allá de su curtida resistencia, la demora conseguía malherirlos.

-Orenid noc arpmoc es on achid al euq sougitna  
sol necid ol ay. Odleus nu rop etnemas, soña sotse  
sodot etnarud, éjabart. ¡Adneiviv anu ned em euq!

Estaban turbios, con la piel amontonada, como perro por morir, alrededor de los tobillos. Afonía. Contorsiones. Se veían agotados. Aburridos, mejor dicho. Sus bostezos se confunden algo más que los sinónimos. Allí, si les hubiéramos mandado pertrecharse, nos habrían estampado la revuelta de sombrero.

De repente, saturado de las horas y los gritos, el embudo se tapó: ya no bajaban los segundos.

-En verdad, la del político nos viene funcionando. Sólo míralos. Ahora se pelean entre

ellos. Nada mal, si consideras el estado de las cosas, hace nada. Me parece que podríamos ganarles otra vez la posición. La junta sólo les responde la verdad, pero no quieren comprender. Están pidiéndonos, con todo su vigor, la del político: mintámosles.

Ramsés estaba lúcido. Con cada movimiento, nos hacía mejorar de posición. Agilizamos nuestro plan, con burocracia. Diseñamos, en virtud de las demandas que pudimos recordar, un formulario. Designamos los escribas y mandamos a formar haciendo cola - muy distinto de las filas anteriores, algo menos manejables. ¡Pertrechadas! Ya, de tanto corazón que demostrábamos, temimos que quedaran más pesados que la pluma. Recibimos los papeles, agrupamos las distintas petitorias y, después, las atendimos de manera separada según cada colectivo. Les prestamos atención y se dejaron de dar vuelta los relojes. “Prometamos mucho más de lo que pidan, ¡prometamos con grandeza religiosa! Lo que sea que nos pidan, expliquemos por qué sí se lo podremos conceder”. (El escritor es una miel de similar complejidad) Un faraón es muchas cosas a la vez. Él lo sabía, como todo general: a las personas se las puede conducir con esperanzas. Nada más. Las justifican ellos mismos, aunque sean infundadas.

-A nosotros nos pasó, con tantas cosas...

-Y, peor, quizás nos pase todavía.

-¿Por qué no reconocerlo? No por mucho no pensar, lo piensas menos.

## 19

### Cucumelos

*Con el cielo, quizás sea similar: si no te drogan con la muerte, no te lanzas*

Cuando toda la cuestión de la revuelta terminó, volvimos algo diferentes. Nos había sucedido, no sin creces, el tercero de los dos. Algunos hechos determinan que, por más que todavía seas joven, ya comiences a dudarlo: cuando basta con la sólo pubertad para sentirte cautivado por su piel, aunque la chica sea fea (los varones); cuando sales con un viejo, sin arcadas (las muchachas) y, por último, (que vale para ambos) cuando dejas de sentirte, por edad o por vivencias, inmortal.

-Estamos muy desprevenidos con el tema de la tumba. ¿No lo creen?

-Ciertamente. No te sabes apurar si no te pisan los talones.

La queríamos bellísima, no grande. Como tocan, mis palabras, al papel. Como caricia de poeta.

Mucho más que sin igual, inexplicable. Recorrimos unas cuantas, de la voz del arquitecto principal:

-Es importante la frescura de las cámaras. Con tanta ventanita que le quieren colocar, será difícil. Temo mucho que les broten cucumelos.

Nos miramos, de pupilas conectadas: recordamos, al unísono, lo mismo. Los rebeldes, a Ramsés, ya le decían faraón - y lo trataban como tal. Nos encontrábamos hablando de los planes con la junta de ministros. La noticia de la muerte del antiguo gobernante los tenía por demás esperanzados en que pronto volverían a vivir sin esconderse.

-Majestad, en diez minutos serviremos.

-Muchas gracias. Caballeros, si me siguen a la mesa, por favor.

Se lo veía desenvuelto, como debes intuir. Y no tan sólo con respecto de su cargo sino, más, del de los otros. Era práctico logrando que, debajo de su ala, las personas se sintieran, mucho más que protegidas, importantes.

Nos sirvieron unos platos francamente deliciosos. Además, con doble mérito: los fondos no sobraban. Fue preciso motivar al cocinero con indómitas arengas, explicarle la temible relevancia que tenía su labor en la moral - quizás el más

imprescindible de los músculos. Así, con diligencia de fanático, veía condimentos en cunetas y baldíos.

A Ramsés se le notaba la presión: tenía leves arruguitas en la piel, que yo jamás había visto. No podía ser extraño ni salir de lo normal, con los kilómetros de risco que teníamos surcados a total incertidumbre, como trompos. De beber había agua. Las arrugas, a medida que pasaban los minutos, parecían delinearse. Ni facciones ni salud saldrían íntegras de esta. Ya no sólo las arrugas: le veía, con entera, preocupante claridad, las pulsaciones en el cuello. “Pura sangre” comentó, mientras me daba de chocar unas olitas con su vaso. Me tradujo sus palabras: “te lo digo por tu pulso, más vital que las arrugas que te veo”. Me quedé como mascando conexiones. Sus muñecas retumbaban con el suyo, pero no con movimiento: con colores. Él también me recorría con sus ojos. Nos miramos. Con un súbito pavor, lo comprendimos a la vez: ¡eran los hongos de la salsa! ¡Cucumelos! Dimos rápidos vistazos. Los demás estaban tan a su merced como nosotros. Al costado, sin ahora ni maldad, el tesorero de la junta desteñía por el aire. No muy lejos, un adjunto se movía como lenta llamarada. La comida reflejaba, como vibran los tambores, su sabor en las paredes. Los ladrillos parecían respirar. Al otro lado, con la savia dibujándole torrentes en las hojas, una planta se

ponía su maceta de sombrero. Más allá, los que quedaban en la mesa, parecían esculturas de granito. Las baldosas estiraban sus tentáculos, tratando de llegarles. Del mantel, caían flores en rolliza catarata. Los detalles de las cosas se veían asombrosamente nítidos. Podíamos oír conversaciones a kilómetros; la música de alguien nos llegaba bajo forma de colores serpenteantes; los aromas acababan en los tímpanos ¡lo mismo que si fueran melodías! Los sentidos parecían telescópicos, aparte de librados a la sola condición de la belleza. Se mezclaban entre sí con la lujuria del amor. Desabrochaban sensaciones imposibles. El cerebro liberaba sus poderes infinitos orientados al placer: allí radica la ventaja del humano. Mucho más que, como suelen enseñar, en la razón. ¡En el placer! ¡Es para eso que venimos adaptados! Y no ya para comer o razonar - habilidades accesorias. El espacio se veía recorrido por brillantes nebulosas de colores, además de las estrellas. ¡Con un poco que saltáramos podríamos tocarlas! Los cometas, al andar, hacían gala de sus colas, a glamour y pasarela. Los humanos se parecen a los dioses porque pueden conmovearse, mucho más que porque piensan. Porque, más que percibir las sensaciones agradables, son capaces de llevar al arrebató los placeres. ¡A las risas! ¡A los chorros! ¡A las lágrimas! Debajo del desierto, las serpientes aprendían a bailar como delfines. Los planetas al alcance. Las luciérnagas en llamas.

Abriríamos portales como túneles al baño de las diosas. La ciudad reverberaba de colores que, mirados con distancia -“faraón”- se confundían con salvajes, desbocados arcoiris. Las pirámides mamaban de los carros voladores con un rayo sicodélico. La luna me vestía con un mágico fulgor, que parecía más abrazo que vestido. -“Faraón”- Hacía vuelo de mi piel y “faraón” intensidad de mis sentidos. “Faraón” el cocinero procuraba que Ramsés ¡bebiera algo! Me costó, pero traté “¡maldita sea no lo toques!” “¡Ven! ¡ayúdame! ¡le cuesta tomar agua!” “¡Tomar agua!?” “Tú tampoco te las viste muy sencillas”. De repente, ya las cosas no tenían sus colores. Las pirámides, de gris omnipresente, daban frío. No quedaba más hechizo ¡más belleza! que la luna. De los astros, sólo tú lo conseguiste ¡lo sostengo con mi puño! nada debes envidiar a mis papiros. Los demás, el sol, el polvo luminoso, los planetas y los dioses, están lejos todavía. “¡Ven aquí necesitamos que reaccione por favor!” El cocinero con ¿Ramsés? ¿Qué cocinero? “Las espátulas, doctor”. Casi me caigo de la cama, por hablar. “A ver, permítanme”, les dije. “Su cerveza, faraón. De la mejor de la bodega”. Parecía reaccionar. Pedir las cosas es un género -lo mismo que cualquiera de los otros que conoces- literario. Se tendría que poner en los programas escolares. Al final, movió los labios y tomó.

-¿Cómo vinimos a parar al astillero?

Me reí,

-Nos encontramos, majestad, alejadísimos del río.

De repente, sentí pasos de baldosa.

-¿Cómo siguen?

Esa voz...

-Recuperándose...

-Caramba, que les cuesta.

¿Nefertara?

-¡Nefertara!

La llamé, como tirando manotazos.

-Está bien... Ya los trajeron al palacio. Tranquilícense... No teman. Los doctores tienen todo controlado.

Me lo dijo con ternura, suavizándome la frente con un beso

-¿¡Te besó!?

Con Hatsefari, las historias no podían omitir el entramado pasional. Cuando pequeña, sus maestros no lograban terminar con las hazañas de los héroes

porque siempre se pasaba preguntando por sus novias.  
O, peor, por sus amantes.

-En la frente.

-¿Nada más?

Era lo único de veras importante para ella.  
¿Sabes qué? Tenía toda la razón. Aún sus labios en  
mi piel se me confunden, como vértigo de paz, con el  
edén alucinógeno del hongo que picaron en la salsa  
sin saber sus propiedades.

## 20

### Si pudimos perdonarlo, no veníamos perdiendo

-¿Tú qué crees?

-Que quedaron satisfechos.

-Por lo menos no sospechan. Me parece.

-¿Te parece?

-Salió tan como queríamos, que sí.

-También a ellos. Además, aún tenemos cabos sueltos, si con eso te contentas.

Nos habíamos reunido con los miembros de la junta, para ya finalizar la rebelión, en el palacio. Los mirábamos marcharse, descargando la tensión que, como máquinas incólumes, habíamos logrado disfrazar.

Aún quedaba lo que no por muy sencillo de poderse resolver, sería fácil decidir: los cabos sueltos. Por un lado, la primera cabecilla del motín. Estaba presa todavía. Como nunca regresó, quedaron todos

convencidos de que, dádiva mediante, los había traicionado. Por el otro, no culpable, desde luego, pero sí muy poco cómodo, Zatán, que nos había conducido de la mano, convencidos por los hongos, al palacio.

Fue la vez que, de manera telepática, sin tiempo para nada que no fuera -¡con la prisa de relámpagos!- actuar, sincronizamos la reacción. Nos encontrábamos reunidos con la junta cuando uno de los mozos que venían a servir miró dos veces a Ramsés. Lo comprendimos enseguida.

Continuamos con la charla sin mostrar preocupación, pero con tono faraónico. Los otros, yo no sé si lo notaron. Sin dejar de sonreír, endurecimos la firmeza. Lo tomaron como chiste, me parece. Ya cansados, con las horas avanzadas y las voces consumidas, lo dejaron expresarse. Como sabes, la confianza se construye de continuo - no queríamos que fueran a pensar que no teníamos presente lo pactado: repasamos (así no simplificaba la cuestión como de malos o de buenos) el botín de cada miembro de la junta. Todavía lo miraba con recelo, sin embargo. No podíamos dudar. Ramsés seguía con la máscara resuelta de sí mismo. Cada tanto, me mandaba tomar nota. Yo fingía, sin reír, con obediencia juguetona. Precisaba parecer, sin que los otros sospecharan. El criado casi quiso decir algo, con

confiada timidez. Sin más volumen que la brisa de sus labios, serenísimo, Ramsés lo fulminó:

-Si me conoces, ¿por qué mierda no te tumbas...

Y, con esto, fue bastante. Zambulló, sin vacilar un titubeo, sus sospechas en el piso.

-Bien señores, a dormir, que ya no sé con qué jugar para poder estar despierto.

Se pararon, en verdad agradecidos. Las reuniones, cuando nunca finalizan, acalambran mucho más que los garrotes. Una vez que se marcharon, nos volvimos al criado, que seguía de clavículas al suelo. Precisábamos hablar. Nos agachamos.

-¿Qué decías?

Le temblaban los cachetes de los nervios.

-N no quería molestarlo, majestad.

Maldita sea. Lo sabía.

-¿Cómo alguien como tú me reconoce si jamás he caminado por ahí sin maquillaje, perifollos ni corona?

-Me parece recordarlo de, quizás, alguna fiesta, recepción o velatorio. Yo solía trabajar de camarero para varias compañías gastronómicas.

Debíamos matarlo, por supuesto. Tanto más cuanto que nadie notaría su faltante. Nos miramos con Ramsés, como diciéndonos “no hay alternativa; maldición”. El pobre hombre lo sabía. Simplemente descansó, como tragando su destino. Ya teníamos el arma. No queríamos hacerlo. Con un solo juramento de su parte, lo matábamos seguro, me parece. Pero no. Guardó silencio, con aplomo. Nos miramos otra vez, como diciéndonos que sí. Nos decidimos arriesgar y comenzamos a reir...

-¡Arriba hombre! ¡Que le temes a tus propios espejismos! ¡Ya levántate!

Más bien lo levantamos. Medio corvo todavía, se sostuvo, pero nada convencido.

-Ten presente, por favor, que, por cuidado que le pongas, esta clase de rumores no son menos peligrosos que los hombres de Ramsés. (El faraón, imperturbable, dejó nervios suspensivos). Puedes irte.

No sabía con qué título debía responderle

-Muchas gracias... Muchas gracias m mi señor.

-Hay que matarlo, sin ningún lugar a dudas. Además, ¿quién lo conoce?

-Pues, nosotros. Si no fuera que nos trajo, todavía seguiríamos allí, con los rebeldes.

El ministro de Ramsés bajó los ojos. No tenía que decirle que, si fuera por sus hombres, todavía seguiríamos allí, con los rebeldes.

## 21

### Como fiera

-Veo todo muy difícil. Es fanática. Nos odia.

-Liberémosla. Los suyos, que la tienen por traidora, nos harán la cortesía de matarla.

Ya Ramsés, cuando cualquiera manejaba la salida de la muerte, ni siquiera respondía. Con lo bien que nos habíamos movido, detestaba rematar, con un plumazo de verdugo, semejante poesía. Bellas artes. Mucho roce con artistas. Entendía de belleza, dignidad y seducción - no como tantos que se dicen escritores y, después, resuelven todo con la fácil tontería de la horca. No comprenden absolutamente nada sobre arte, porque nada son capaces de saber, sobre belleza.

-Quizás muera sin ayuda. ¿Por qué no? Maat es grande.

-Bien. Infórmenme. ¿Qué sabe?

-Nada más, desde la tarde del motín. La decidimos encerrar en la mazmorra del subsuelo, sin ventanas. Es decir que, sin el ábaco del sol, tampoco

sabe cuántos días han pasado. Como nada -ni siquiera la salud del faraón- estaba claro, nos quisimos ajustar al protocolo. Le tratamos de sacar información, inutilmente. Veo todo muy difícil. Es fanática. Nos odia.

-Liberémosla. Los suyos, que la tienen por traidora, nos harán la cortesía de matarla.

Ya Ramsés estaba casi desolado. La razón no le dejaba más opciones.

-Voy a verla.

-Faraón, con los extraños que ya saben de su rostro nos alcanza para no dormir tranquilos. Por favor, no continúe revelándolo.

-Muy bien. Me vestiré de carcelero. (Me miró)  
¿Tú puedes ir con la corona?

-Por supuesto. ¿Qué le digo?

Se miraron, indecisos

-No lo sé... ¿Que todos piensan que pactó?

-Podría ser. Quizás con eso le doblemos el honor que tanto quiere conservar.

Precisamente, lo peor, para Ramsés, era dejarla con el nombre mancillado, sin justicia. Despreciaba la bajeza del escarnio: difamar estaba fuera de sus planes. Era sólo criminal, y no traidora.

-Ya. Vayamos a cambiarnos.

Nos paramos. Yo confiaba más que todos los ministros en su pulso. Lo tenía conceptuado de sus tantas decisiones acertadas.

Una vez que nos habíamos vestido, caminamos al encuentro. No sabíamos muy bien qué nos podía deparar, pero Ramsés necesitaba resolverlo: si tenía que sacársela del reino, que no fuera sin haberle permitido negociar, o defenderse. Nefertara, con los pasos reflexivos, meditaba con nosotros, en voz alta. Manejábamos algunos escenarios, no del todo convincentes. Nunca sé si los cerebros, en conjunto, piensan más o piensan menos. Los pasillos acortaban la distancia mucho más que de costumbre. Parecían un atajo. Ya veíamos la puerta que bajaba, por oscuras escaleras, al subsuelo.

-Tuvo tiempo de pensar. Que hable ella.

Nos quedamos sin baldosas. Afirmamos seis talones a la vez y le pedimos al guardián que nos abriera. Con el aire que salió, trocamos mundo, sin bajar. Después entramos por la puerta.

Las antorchas procuraban asustarnos, pero no lo conseguían. Descendimos unos cuantos escalones. Dimos pie. Nos apartamos los fantasmas de los ojos. Avanzamos a su jaul ¡PUM!

por los barrotes, sus nudillos me pegaron y, después, los vi venir. Como pudieron, me sacaron otra vez a superficie, sin rodillas. Escuché la cerradura que pasaba nuevamente, con la tranca.

-¡Lo sabía! ¡¡Lo sabía! ¡Los caminos se construyen con el pie! Los dioses aman al que reza ¡pero siempre caminando! (Yo quería desmayarme, más que nada. Me dolía la nariz con indecible turbación. ¡Tenía ganas de llorar!) ¡Amigo mío! ¡Lo logramos! ¡¡Lo logramos!! ¡No tendremos que matarla!

## 22

### Merecidos galardones

#### *Como seda*

Hatsefari nos dejaba desviar, pero cinchaba de la cuerda.

-Falta algo por contarme, ¿no lo creen?

-¿Falta algo? No sospechas lo que falta. Falta todo.

La sabía preparar. Padrino suyo. No podía sorprenderse sin mirada copartícipe. Sus ojos parecían titilar.

Nos encontrábamos, aún, adjudicando las promesas que teníamos montadas. Armazón y polvareda. No dejábamos rebelde sin untar de verborragia. Nos pasaban a nosotros esas metas que no pueden delegarse cuando quieres conseguirlas. Ilusión y mala praxis. Polvareda, sin camino. Nulidad con armazón. Prácticamente, los teníamos rezándonos - más fácil que luchar. Como

mostrábamos avances (aunque fuera nada más en el papiro) conseguíamos flotar - y juraría que podríamos haberlo mantenido para siempre, sin mayor dificultad. En un momento, sucedió: los integrantes de la junta que querían atacar, se nos plantaron. Nos miramos, como dándonos palmadas: otro éxito del plan. Era lo mismo que plantarse contra todos. La respuesta del discípulo cayó como maná - fue recibida con aplausos y sollozos: “ya que tanto disentimos, elijamos faraón”.

El resultado lo conoces. Enseguida, decidió que reinaría con el nombre de “Ramsés”, para quedársele con todo: todavía con sus glorias, como quien, al escritor, lo despojara de sus obras. “Es la forma de dejarlo sin espíritu, no sólo sin corona”. Celebraron la medida de mentones convencidos. “Además, la tontería de ser célebre me tiene sin cuidado. No por gloria: yo gobierno por ustedes”. Ahí ya lo vitorearon. Nunca más emplearía -demasiado proletario- su seudónimo rebelde. Por si alguien lo dudaba, fue dos veces faraón, al mismo tiempo. Sin embargo, todavía precisábamos hacernos del gobierno - por lo menos, a los ojos de la horda.

Pero sin que sospecharan. Cada plan que conseguíamos urdir se nos hacía por demás inverosímil. ¿Proclamarse con la pompa del que ya ganó la guerra? Muy difícil, con ejércitos intactos. Los rebeldes quedarían erizados y nosotros pretendíamos,

más bien, que disolvieran el apresto, que volvieran a sus casas convencidos de que no tenían nada que temer. Que se sintieran vencedores. ¿Exigir una reunión? ¿Reunión con quién? La junta sólo quedaría satisfecha si veía, con sus ojos, abdicar al impostor que todavía gobernaba sin anuencia de su pueblo. Lo peor era que ya, con los espíritus unidos en un único mesías, ¡elegido por su propia voluntad! estaban todos poco menos que fanáticos. ¡Rabiosos! Velarían por su nuevo faraón, a toda costa. Con sus armas y sus vidas. No creían que, llegados al palacio los rumores del monarca paralelo, no trataran de barrer, ahora sí, con la revuelta. Preferían, como marca la costumbre militar, adelantarse. La ventaja no la suele detentar el defensor, sino más bien el atacante.

No veíamos los pasos a seguir con demasiada claridad, pero teníamos un as bajo la manga. Lo mandamos al palacio con la orden de que dieran, por los medios oficiales, el anuncio (mentiroso) de la muerte de Ramsés. Quizás con esto los rebeldes se calmaran. El espía se llamaba Kab-Ubaker, un pequeño de diez años, a lo sumo. Nadie más, entre los cuerpos faraónicos, había conseguido, sin siquiera levantar presentimientos, infiltrarse. Resultaba tan simpático que todos lo tenían de mascota.

Nada más en pocas horas, circuló la buena nueva. Los rebeldes, por un lado, celebraron su

deceso; por el otro, su victoria. La noticia les cayó como laurel a la cabeza. De Ramsés. Aprovecharon el vacío, propagaron el anuncio del flamante sucesor y, con el paso de los días, como nadie de la vieja dinastía parecía pronunciarse, la naciente fue quedándose, de facto, como régimen legítimo.

Teníamos un poco más de tiempo. Sin embargo, todavía nos faltaba, como símbolo, la toma del palacio. No teníamos más ases. Allí fue cuando Zatán, sencillamente, nos tomó de los deditos y nos trajo.

Los nudillos de la jefa no querían despegarse de mis ojos. Todavía me cegaban, como manchas por delante. Los colores se mezclaban, la quietud estaba fuera de control y la nariz no parecía sostenerse: me cimbraba con agónicos dolores.

-¡Lo logramos! ¡¡Lo logramos!! ¡No tendremos que matarla!

-Maldición. Esta venía para ti. Para la próxima, te pones con tu propio caballete.

-¡Naderías! ¿No lo ves? Ahora sólo le tenemos que decir que, su trompada, te mató.

Cuando la iban a colgar, apareció, para salvarla por milímetros, el nuevo faraón. La nombraría, con pensión y distinciones, heroína del imperio. Como

seda. Lograría, por la gracia de Ramsés, recuperar su dignidad y viviría muchos años respetada como madre, como punta de valor y como hija de su pueblo.

## 23

**Con los hombros al abrigo**

No la voy a maldecir: de la distancia se desprende, si la mezclas con amor, eternidad - en una rara mutación que sólo notan los amantes. Así yo, que no te puedo malcriar sino tan sólo con la pluma: cada vez estoy peor enamorado. Nada puede con el tiempo - sin contar a las pirámides, decimos en Egipto. Pero no podrán contigo, ni siquiera, las pirámides: allí, cuando no quede sino polvo de mis versos, pero vibre la distancia que nos una, sólo lánzate, del modo que solías cuando vivo, de tapón a cada uno de mis cráteres.

-Jamás te la pudiste sacudir de la cabeza...

No sabía que Ramsés nos observaba. Suspendido de mis versos ¿no lo viste? Yo tampoco, suspendido de la luna.

-¿Ya te vieron los doctores?

-Es artritis, muy difícil de calmar. Me tiene loco. Ni siquiera los llamé. Con dos egipcios que no duermen, ya tenemos demasiado. ¿Tus riñones?

-Nada más con acostarme, se despiertan y funcionan. Ya lo sabes, lo peor de los enfermos, es la noche. Si no cambian el horario dormiré como los niños, de pañales. Sin problema. No me voy a levantar, a cada rato, para siempre.

Nos tuvimos que reír, el “para siempre” sonó raro. Las arrugas nos corrían en diversas direcciones, entramadas entre sí. Peor que sólo con dobleces, ya teníamos la piel cuadriculada.

-¿Qué maldita tontería decretaste, faraón, que no morimos?

-Me parece que llevamos, por lo menos, una década muriéndonos. Ahora, sin embargo, falta poco. Casi nada, te diría... Maldición. ¿A qué poeta se le pueden ocurrir estas historias donde nadie sobrevive? (Me miró, tan convincente como nunca) ¿Sabes qué? No sé si quiero que la muerte me termine de matar en el palacio.

Yo sabía traducirlo. No quería ni tan sólo caminar al interior, sobre sus pasos. Pretendía que saliéramos así, sin dilación, del jeroglífico que lees, con lo puesto.

-Dime cuándo rechacé las aventuras... Esta menos.

Me tenía que sentir muy orgulloso del monstruito que, de jóvenes, habíamos creado. Superándose sin miedos. A conciencia. Con afán. De materiales duraderos.

-El Pelicano, ¿lo tienes?

Maldición. Iba por todo. No se puede ser Ramsés, el más humano de los dioses, ¡el más dios de los humanos!, si no piensas en gigante.

-¿Justo ese?

-Vamos, dime que lo tienes...

-En el puerto. Pero pienso que, tal vez, el Ultracartas esté más en condiciones.

-Lo mejor de nuestras glorias las vivimos en el pájaro. También se lo debemos. No merece terminar como cualquiera de los otros, amarrado. Si se hunde, que se hunda. Pero no te gustaría que tus cómplices se fueran a bailar y te dejaran en el muelle.

-Bien. Salgamos por atrás.

Era la cábala. Salir sin escaparse resultaba poco digno de nosotros, calaveras legendarias. Nos llevamos un paquete de papiros, y dinero. Nada más.

-¿Y la guitarra?

Lo miré

-¿Dónde la tienes?

-Hoy toqué, pero... No sé... No lo recuerdo, maldición.

-No te preocupes. A por ella. Dividámonos.

Después de media hora sin noticias de Ramsés y sin hallazgos con la búsqueda, doblé con dirección a su recámara. Pensaba despertarlo como fuera, porque no me quedaría con las ganas de salir - y me tapó las conjeturas: como túnel enviándome su luz, lo vi venir por el pasillo, reboleándola.

-¡Cuidado que te rompes!

-Nos tendrían que pisar por compasión, como si fuéramos dos bichos moribundos.

Muy buen síntoma: bromeaba. Con el plácido frescor de las estrellas estirándonos el rostro, transitamos la vacía madrugada de las calles. Nos costó, pero llegamos a llegar. Olor a muelle. Recordé cuando los niños, en mi pueblo, nos solíamos mecer en las amarras. Otra vez, oí las voces de mis primos, entre dientes y propósitos de leche.

Los veleros, alineados entre sí, se balbucían en el agua. Caminamos a través de la marina, disfrutando de los barcos, esbeltísimos. El aire no conoce mejor mano que la forma del navío. Los pasitos de Ramsés, que le nacían de la cerviz, eran

duros, pero rítmicos. Cortitos, pero rápidos. En todo, lo contrario de las líneas que desfilan a su largo: continuamos unas tablas y llegamos al Pelicano.

-Muy bien. Aquí lo tienes.

Se quedó como sin prisas, observándolo. Sus ojos, casi fósiles, apenas lo podrían recordar, nonagenarios como eran. Ya mirarlo no lo creo

-Se ve bien.

-A esta hora -comenté- será difícil revisarlo. Pero, bueno, lo de antes era todo más robusto.

Todavía nos debíamos subir. Ese saltito no sería nada fácil.

-Acerquémonoslo.

Tiramos del amarre

-Ya. Muy bien. Iré primero. Tenlo firme.

Lo pisé con suavidad. Sentí, debajo, la mecánica bellísima del agua (como tantas, no mendaz sino narcótica) bailando con mi pie. Con un velero por encima, mucho más, es elixir.

-Ahora tú.

Mi jeroglífica figura conservaba, por lo menos, rigidez. Le di los brazos de sostén y se subió.

Le revisamos aparejo, pasacabos y chicotes.

-Las rondanas tienen óxido, Ramsés.

-Como mis vértebras, y puedo.

Desatamos las amarras, el cordón umbilical del navegante; saludamos a la diosa de los mares, Anuket, y circulamos, por la parte de las dársenas, a remo. Los omóplatos crujían, liberándose de nuevo. Lo notábamos los dos: ya parecía menos duro no dormir y más elástica la piel.

-Si me dijeran que cualquiera de mis nietos vivirá, como nosotros, nueve décadas, tan sólo le diría que procure disfrutar del poco tiempo que le queda. “Te tocó, no dura mucho, toma todo lo que puedas”. Nada más. ¿Es tan difícil?

-En verdad, difícilísimo. Por algo lo preguntas...

Los relojes, otra vez, bajaban rápido. Buen síntoma. Vivir es lo contrario de durar.

Salir del puerto, lo primero que provoca, de común, es una magra sensación de desamparo. Cuando subes el velamen y la barca se recuesta, sin absurdas timideces, apretada con el Nilo, ya te sientes más seguro, cobijado por el cuenco de dos palmas poderosas. El Pelicano crujió, como sellando las juntas. Otra época. Notamos, con los músculos de siempre, la confiable robustez de su mordida. No la

rúbrica: los años, certifican la madera. Con la proa de cuchilla, te parece ser más libre que los dioses. Su diseño varonil, austeramente refinado, daba clase, con su sólo navegar, a los modernos. Parecíamos sentir al menos algo de las noches en que, jóvenes aún, nuestras estrellas resultaban más estéticas, desnudas, que vestidas.

A lo largo de la costa, nos pasaban por enfrente las anécdotas. Los templos. ¡Los depósitos!, allí donde sus guardias, con las manos en un texto de mi puño, me raptaron, cortesísimos. “Apenas asomaste por la puerta, lo supimos. Eras tú. No fue preciso preguntar por el autor. Hay ciertas cosas que no puedes parecer, si no las eres.” Las idílicas, a punta de farol, inconfesables callejuelas. ¡Por Amón! ¡Lo que vivíamos entonces era más que sólo vida! Los mercados. Las tabernas, con pequeños muellecitos. La fachada que Ramsés, el albañil improvisado, sin oír al capataz, dejó tallada con el nombre del pequeño que -lo debes recordar- había muerto por caer de los andamios al labrar un frontispicio con el suyo. Nunca más mandó ponerlo -“¡por piedad!”- sobre ninguna construcción. Pero, después, como muchísimos egipcios, por temor o gratitud, acostumbraban rematar los edificios con su nombre, resolvió que lo grabaran sobre templos antiquísimos

-Qué sabia decisión. Despreocuparme. No tener que levantarlo. Destruirlo. Liberarme de su carga, para siempre. ¡Nunca más esclavizado por ningún historiador! Qué tontería.

Nunca más engeguedido por el bronce. Que pensaran, por los siglos de los siglos, que Ramsés había sido nada más un mentiroso. Como no le fue posible ser anónimo, dobló, como burlándose de todo, la jugada.

-Más dichoso me sentí con el tributo que le hice, de su nombre. Lo tallé con alegría. Las ampollas del cincel me parecían, contra todo su dolor, afortunadas.

Nunca más nos olvidamos de su rostro, sonriéndonos a punto de morir. Lo recordamos ante cada desazón, durante décadas. Ni todos los maestros del imperio nos hubieran enseñado lo que él en un minuto. Fue la chispa de diversos nuncamases.

Ya pasábamos delante de la tumba más bonita del Egipto, con ventanas y jardines. ¡Nunca menos!

-¿Y si vamos a buscar un souvenir?

De Nefertara, lo que sea. Nunca menos. Fue la chispa de diversos parasiempres. Nos sentíamos enérgicos. Giramos, con el surco de los jóvenes, al margen de la costa.

-Si seguimos, encallamos.

-Está bien. Echemos ancla.

La solíamos tirar con una mano. Con las cuatro, no podíamos moverla del lugar.

-¿Está pegada?

-Con pegol. Y lo peor será subirla.

-No podremos... Ve tú sólo; yo me quedo. ¡Tráeme algo para mí!

Bajar sería complicado, sin un muelle. Lo primero fue sentarme, con ayuda de Ramsés, en la cornisa de la borda.

-Sólo déjate caer. La gravedad hará lo suyo.

-¿Daré pie?

Como las águilas al pollo, respondió con un frugal empujoncito.

Tocó justo: no te metes en el agua -los varones lo podrán ratificar- hasta que roza las vergüenzas. Fue lo mismo que zampar adrenalina. Las rodillas aguantaron como postes. Avancé sobre mis huesos y corrí los cocodrilos a patadas.

Esta vez no fue preciso calentar el corazón con los murales: él ya iba preparado. Como siempre que lo pones a latir con emoción, entré feliz, sin otro tipo de nostalgia que la linda. Caminé, con paso ágil, al canasto con sus cosas. Encontré lo que buscaba para

mí: de vez en cuando, se ponía, por encima de los hombros, una manta. Me la puse, con la vuelta del abrazo. Conseguí, para Ramsés, una pulsera de tobillo que, sin éxito ninguno, procuraba combinar con toda clase de polleras. Cuando casi me marchaba, vi, guiñándome pestañas, un rollito de papel que Nefertara conservó como si fuera su tesoro. Lo llevaba, según ella me contó, cuando volvimos al palacio, delirantes por la cábala del hongo cucumelo. No podía recordarlo como propio, pero sí que se trataba de mi letra, sin ningún lugar a dudas:

“Cada hombre, cuando bebe demasiado, tiene alguien en quien piensa. Si pudiéramos llamarla, no tendríamos reparo de la hora. Cuando dudan, las estrellas, de la noche. Cuando tiemblan, en lugar de titilar, las fantasías y las horas te carcomen. Cuando pones a silbar al corazón para tenerlo distraído. Cuando, tierno, te parece soñar algo con la física del humo, con un poco por tu cara te le sumas y la máscara te muerde. Cuando rompes a ser otro (de los tantos a granel) y la verdad no se vacía de los tragos. Cuando menos de lo mismo no parece ser mejor. Cuando te crece la nariz y ya no logras verte lindo. Cuando cargas de veneno la virtud y las heridas te comienzan a sangrar sin que jamás te las hicieras. Cuando pasan por delante los triunfos y no quieres agarrarlos. Cuando temes de ti mismo. Cuando cada

maldición está zanjada. Cuando no te reconoces a pesar de los espejos. Cuando ya los espejismos te perturban. Cuando dejas en las jarras y la noche se derrumba de su cima, por los siglos de los siglos, por las vidas de las vidas, escribir será mi forma de llamar a Nefertara.”

Si no fuera por la letra, por el cariz: era yo. Se lo dejé, con ordenada pulcritud, en la canasta, para ya volver al barco. Las estrellas parecían otro río. La corriente fue trepándome las piernas, mientras era recibido por Ramsés con un punteo de guitarra.

## 24

### Desconfía de los viejos sin arrugas

-Desperté, como con lerdas telarañas en los ojos. Las jornadas anteriores, en verdad habían sido cansadoras. Me quedé, desperezándome sin prisas, todavía más dormido que conciente. Sin mirar, abrí con algo de mis dedos, la pequeña ventanita. Lo sentí con los pulmones, además de la nariz. Olía sal. ¡Olía sal! Salí corriendo como bólico, subí los escalones a cubierta, grité risas y salté sobre mi padre, para ver, a dondequiera que volteara, por un lado, ¡por el otro! la vorágine del mar, inacabable, sin un átomo de tierra. No sabía qué sentía, si pavor o frenesí. Quedé prendido de su cuello con los ojos en las olas, o prendido de las olas con los brazos en su cuello.

-Buen inicio. Cuando quieras escribir una novela de piratas, considéralo.

Ramsés acompañaba con la música. Mis manos controlaban el timón. Los vientos eran competencia de las velas. Navegábamos a tranco de paseo, pero libres de fondear donde la noche nos guiñara. Qué

bonito que, de viejos, es soñar con nuestros padres... Ya verás. Seguí narrando:

-La jornada pasó rápido, meciéndonos, hablando de la vida. Nos habíamos llevado desayuno. Lo restante, lo tuvimos que pescar. En el velero, no muy grande, pero, sí, tan equipado como cómodo, teníamos cocina, condimentos y vajilla. “Los mejores navegantes solitarios suelen ir acompañados. La virtud y los defectos cobran magia compartiéndolos con otros”.

-Es verdad. Mi padre nunca me lo dijo, pero yo lo comprobé.

-La tardecita trajo viento, pero medio desprolijo, con las olas en aumento. No teníamos apuro por volver: bajamos velas -no queríamos oír sus aletazos- y prendimos un farol. Disfrutaríamos del mar. Allí descubres, por la vía de la paz, cuán adaptado que traemos, a los tiempos naturales, el reloj del organismo. Sin barullo que te cinche, ¡sin ciudad!, las energías se reparten tan perfectamente bien que cada hora corresponde con tu ánimo. Mi padre disfrutaba de leer a Ptahhotep y yo trataba de ganarle por millones. De repente, con un brusco manotazo de sus ráfagas, el viento me sacó, de las palabras, el papiro por la borda. Me quedé con la sorpresa del vacío. “Tienes más entre tus cosas. Yo te puse”. Jeroglíficos, también había más. Inagotables.

Me paré para bajar a la cabina cuando, limpia, como soplo por los labios, otra ráfaga de viento me llevó, de las orejas, una gorra queridísima, tejida por mi madre. La corrí por la cubierta “¡¡ten cuidado!!” me faltaban dos centímetros de dedos “¡que se vaya!” ¡Me faltaba sólo uno! “¡¡Que se vaya maldición!!” Por atraparla, no pensé. Volé de largo por la borda.

-Buen final. El más feroz de los piratas arrojándose del barco por salvar un pañuelito de su novia.

-Mis oídos explotaron de silencio. Sin arriba. Sin abajo. No sabía para dónde regresar a superficie. Ya de noche, no tenía resplandor que me guiara. Me traté de controlar, pero las cosas, inminentes, apretaban el apuro. Solté aire, para ver si me podía conducir por las burbujas. Fue peor. Tiré segundos por la boca. Los pulmones me cinchaban del espíritu.

-De nada te sirvió. Si se volara de tus hombros esa manta, saltarías por la borda nuevamente.

-Cuando justo me moría, sentí viento por el rostro. Respiré como se bajan las botellas los sedientos. Respiré salvajemente. “Ya pasó”. Me sostenía del cintillo. “Tranquilízate. Debemos regresar”. Había sido rescatado por mi padre. Sin demora, conseguí flotar de nuevo por mí mismo. “¡Vamos! ¡Sígueme!” La noche se batía con las olas y, de golpe, vi la luz del

farolito turbadoramente lejos. Parecía ya, por poco, constelarse. Todavía me parece revivir el estupor cuando lo cuento. Procurábamos nadar a toda prisa, pero, todo lo contrario de llevarnos hacia él, la marejada nos abría, sin remedio. Cada vez nos alejábamos del barco, más y más. Y más y más nos agotábamos. Luchamos al extremo de las fuerzas y, con todas las estrellas a merced, sin más brazadas para dar, lo comprendimos. “Haz la plancha...” Me di vuelta con el último tirón, y saqué pecho. Los pulmones, más tranquilos, parecían flotadores. “Mira eso...” Lo mejor de navegar es la galaxia, sorprendentemente nítida. Las noches, en el cielo, guardan muchos más colores que los días, en la tierra. Contrastando con el agua, vi su paz imperturbable. No parecen inquietarse demasiado por el drama de los hombres. Las estrellas, o son ciegas, o ya saben el final y, de la forma que si vuelves a leer una novela donde todos son felices para siempre no te sueles angustiar por contingencias de la trama, ni siquiera se preocupan por nosotros. “¿Dónde dice que tenemos que sufrir?” Era la frase preferida de mi padre. Nos quedamos conversando, disfrutando de la vista majestuosa. Moriríamos, es cierto, pero no regalaríamos un solo bienestar.

-¿Tuviste miedo?

-Para nada. La presencia de la muerte nos genera diferentes emociones, es verdad, pero ninguna se podría comparar con el temor. ¿Con el coraje? Me parece que tampoco. No se trata de valientes o cobardes. Sientes algo como calma. Medio rara; pero calma, finalmente. No solíamos quedarnos esperando por momentos disfrutables: como sea que se fueran presentando los momentos, ya, sin más, los disfrutábamos. Había sido algo tan común en nuestra casa que, quizás, nos estuviéramos tomando la tarea de morir con similar disposición. Y, ¿sabes algo? Por momentos, sucedía. Lo pudimos compartir, como con un aperitivo de por medio, si no ya con entusiasmo, por lo menos con intriga. “Viviremos un momento trascendente que, quizás, en el futuro, lo veamos como menos importante que cualquier raspadurita”. Cuando ves que se te vienen, son enormes y, después, cuando pasaron y los miras con distancia, te sorprendes de lo mucho que lograron inquietarte. “Los problemas son un pecho, sin espalda”. Perspectiva. Lo solíamos decir de la manera que se reza, de cincel en el espíritu. De tanto repetirlo, la tenía por demás incorporada. Con la lúcida ceguera de los niños, se me hizo que la muerte no tenía más espalda que la brisa. “No te tomes muy en serio todo esto”. Todavía lo recuerdo, con la calma de su voz. “A donde sea que vayamos a parar, le das de caña”.

-Sí señor. Hiciste caso. Soy testigo.

-“Donde sea”. Fue clarísimo. Los niños no salieron obedientes, pero ¡vamos! tú lo sabes: el ejemplo se los dí.

-Más elocuente que tu padre.

-Sin embargo, te lo debo confesar: de las arrugas que me ves, hay unas cuantas que, sin dudas, comenzaron a formarse, pequeñas, esa noche. Todavía queda sal en sus resquicios.

-Lo contaste muchas veces, pero nunca como hoy.

-Es la ventaja de salir y distanciarse del bochinche. Ya conoces el final. En un momento, me dejó de responder. Me sumergí, para tratar de rescatarlo, muchas veces. Infinitas. ¡Infinitas! Ahí sí, barril sin fondo. Tragué litros. Sacudí la marejada mucho más que las corrientes. Cuando ya no tuve agua que dar vuelta -fue difícil sin pulmones- otra vez, hice la plancha. Las estrellas, sin oxígeno, movían el mareo. Parecían dibujar el paraíso por detrás del aguachento, lacrimal caleidoscopio que bañaba la película del cielo. Me quedé, con la mirada no muy firme. Con los mocos en los labios. Con el último bastión de la nariz por colopsar. Cerré los ojos, como dándome permiso de dormir. Un toquesito. Desperté. Pasé la mano. Se trataba del velero, con las olas

imposiblemente calmas. Aturdido todavía, se me puso que mi padre, con esfuerzos mitológicos, había conseguido -más difícil que llegar a las estrellas- alcanzarlo. Me subí. La luz aún estaba viva. Lo busqué. Di vuelta todo. Los camastros. Los placares. La vajilla. Por primera vez (¡aún!) quería verlo rezongarme.

-¿Cómo logras que no sea tan terrible?

Nunca supe la razón, pero Ramsés y Nefertara, desde jóvenes, estaban convencidos de que yo, si se trataba de la muerte, no tenía las respuestas, pero sí los almohadones. Que podíamos charlar con los escollos no vencidos, pero sí pacificados. Que seguíamos amigos, con la deuda negociada, no perdida. Que tenía su palabra de jugosos intereses.

Su palabra, no su firma. Nada más en esa duda, se podría definir a los humanos. Nos hallábamos, los tres, de recorrida por alguna de las obras que, según el arquitecto, nos podrían dar ideas a la hora de pensar en el estilo de la nuestra. Como deben los auténticos egipcios, nos daríamos el lujo de yacer en una tumba formidable, para siempre.

Lo normal era que todas detentaran movimiento, que tuvieran albañiles de reformas, familiares de visita, sacerdotes en servicio, talladores mejorando los relieves o, también, algún cadáver

esperando por sus vendas. Una vez, nos encontramos con un joven profesor de medicina dando clase. Sus alumnos observaban, en el cuerpo, de costillas desplegadas, lo que iba mencionando. Nos quisimos acercar: “el corazón, como lo ven, se ramifica por los brazos, por las piernas, por los dedos, por el resto de los órganos; incluso por adentro de los huesos, por los dientes -que, ya saben, no son huesos- y la piel. Es imposible que se toquen sin tocar el corazón. El corazón está, patente, donde quiera que se toquen. Es igual con el cerebro. Cuando den una caricia, considérenlo. Lo mismo cuando peguen.”

Nos reímos de la crítica de uno de los jóvenes:

-Osiris hace trampa. Por favor... Con una pluma. Miren eso. Ni podándolo podríamos hacerlo más liviano.

-Ni tomándolo del feto,

consintió su profesor. “Los orificios de la cara, que son siete, se conectan entre sí por diferentes cavidades. Un alumno que las vaya seccionando, por favor”. Carnicería, con respeto; mas respeto, sin ninguna timidez. “Los divertículos se pueden infectar. Aquí los ven, en la pared del intestino”. Por Amón. El organismo puede ser tan asqueroso que morir es un higiénico final. Cuando la clase terminó, quedamos solos, con el cuerpo.

-Todo muy interesante, pero muy insuficiente.

Cien mil años de filósofos, artistas y científicos, y nada conseguimos avanzar en los asuntos que de veras nos importan. Un milímetro, siquiera. Tantos pueblos ¡tantas razas! y seguimos sin tener respuestas tan fundamentales. ¡Deberíamos ponernos a llorar! No nos movimos del origen en tres mil generaciones, por lo menos. Y, lo mismo que cualquiera de las otras -incluida la primera, tan humana como todas las demás- a cada una le parece tener todas las verdades en la punta de la lengua. Nefertara, con los ojos infinitos, parecía resignada. No Ramsés:

-Imaginemos que, tan sólo, somos esto. Nada más. Unas moléculas, sin alma. Si quisieras escribir una novela donde, bien, el héroe tenga que morir y seguir vivo para siempre, sin el clásico recurso del espíritu, ¿podrías?

-He resuelto nudos mucho más difíciles... Veamos: al cerebro, mientras muere, se le va distorsionando su sentido temporal. Allí percibe los segundos como siglos.

Nefertara reaccionó

-¡Muy bien pensado!

-Fue Ramsés, que preguntó correctamente.

-Ya tenemos un seguro, por las dudas: nunca sabes en qué rara desazón encallarán los pensamientos. Intentemos continuar, a ver en dónde nos quedamos... (Exprimía las neuronas con su frente) Pues, entonces, el problema de no dar con la respuesta casi siempre viene dado por no dar con la pregunta...

-Cacofónica verdad.

-Hagamos algo: yo te voy a preguntar y tú respondes, pero no con los rodeos del filósofo. Procura responder como científico, pensando con la magia del artista. No contestes como rinden un examen los alumnos. Desafía mis preguntas: es ahí donde tenemos los errores. Nefertara, tú controla que la lógica no tenga cabos sueltos.

-Está bien.

-Neuronas listas.

-Comencemos con preguntas generales. La primera que se hacen los pequeños: este hombre, ¿por qué tuvo que morirse?

Lo pensé por un momento.

-No conviene definirlo como hombre. Refirámonos a él como “materia”. (La permuta parecía convencerlos) Además, no deberíamos decir que “se murió”, porque quizás “perdió la vida”. No

podemos confirmarlo. Que la vida se retire dista mucho de morir. Pasando raya, los pequeños deberían preguntar por qué la vida se retira de los cuerpos.

-El “por qué” parece medio filosófico...

-Cambiémoslo por “cómo”.

-Lo podría responder la medicina...

Nos quedamos pensativos. Intenté:

-Lo más común es que las cosas, como ven alrededor, no tengan vida. La materia por sí sola, sin sustancias o milagros añadidos, es inerte.

-Las sustancias son materia.

-¿Los milagros?

-Intentemos definirlos...

-Eso es... Cuando debemos referirnos a conceptos que, por algo, todavía no podamos definir, les llamaremos “ignorancia”. No milagros.

-Continuemos. Con un médico, decíamos, podemos explicar en qué momento la materia corta lazos con la vida. Ya lo vimos en la clase: son cuestiones tecnológicas, de química, de líquidos, de cables... A los médicos habría que decirles ingenieros.

-¿Resumiendo?

-Que la vida no se puede sostener de la materia cuando rompe con las leyes naturales de la física.

-Muy bien.

-Unamos cabos. Hemos dicho que la vasta mayoría de los cuerpos materiales son inertes. Es decir -si lo miramos con rigor- que, lo que menos debería sorprendernos, es la muerte. La pregunta de los niños debería recaer sobre la vida.

-¿Cómo surge?

-Me parece que los médicos lo saben explicar.

-¿Cómo se ponen en contacto la materia con la vida?

Nos quedamos pensativos...

-Es ahí. Ya nos estamos acercando. Para eso no tenemos la respuesta.

-Conformémonos con menos. Del “por qué”, ¿tenemos algo que decir? ¿Por qué se ponen en contacto la materia con la vida?

-¿Se precisan?

-Dividamos la cuestión. ¿Por qué la carne necesita de la vida? De revés: ¿por qué la vida necesita de la carne?

Nefertara, por las dudas, asintió:

-La carne debe computar como materia.

-La materia, como vimos, es inerte. No podría precisar ni de la vida ni de nada.

-Pues entonces sólo queda que la vida necesita de la carne.

-Bien. ¿Por qué?

Quedamos mudos. El cadáver, asustado del silencio, parecía preguntarse si seguíamos allí.

-Recuerden esto: los egipcios no caemos en la trampa de mirar hacia la muerte por el ínfimo, menor agujerito de la vida. Si le damos a las cosas su cabal valoración, es justamente porque todo -la riqueza, las personas y la vida- lo sabemos observar desde la muerte. Supongamos que nosotros estuviéramos con vida, sin materia. ¿Para qué nos uniríamos a ella?

-Sin materia, no podríamos estar en este mundo.

-¡Violaríamos las leyes naturales!

-Asumimos, por lo tanto, que las leyes naturales de la física son una restricción. O las acatas, o te vas del universo.

-Sin ningún lugar a dudas.

-¿Alguien puede concluir?

-El organismo, nada más, es el vehículo del alma para no romper las leyes, y quedarse. Cuando ya no las consigue sostener (porque le cortan las muñecas o lo comen los parásitos) ahí se desvincula.

-¿No diríamos, entonces, que los cuerpos tienen alma? ¿Son las almas, en verdad, que tienen carne?

-Bien. Hablamos de simbiosis, en cualquiera de los casos. De las dos, ¿qué parte somos?

-El espíritu.

-¿Seguro?

-Vamos, piénsalo. ¿Tenemos más que ver con los fantasmas o, no menos agradables, con los sapos?

-Otra vez, está mal hecha la pregunta. Si nos...

-¡¡Aaaarrrrggh!!

-¡Santos dioses! ¡¿Qué te pasa?!

-¡Me clavaron un cuchillo! ¡¡Me clavaron un cuchillo!!

Con el súbito dolor, por poco caigo por la borda. Con indómitos esfuerzos, el discípulo trató de levantarse. La guitarra quedó muda, por ahí. Yo me

doblaba con violentos sacudones, como pez en la cubierta.

-¡Por favor amigo mío qué te pasa!

No podía responder. Estaba casi por morir anestesiado del dolor, pero volvía más y más desesperante.

-¡Me mataron! ¡Me mat! ¡aaaaarrrrrggggghh!!

Ramsés hacía lo posible, pero todas las deidades a la vez, uniendo fuerzas, no podrían haber sido suficientes.

-¡¡En el dorso por Amóon!!

-¡No tienes nada!

Me sentía desgarrar el interior. No recordaba que morir doliera tanto. Le traté de dar las gracias al discípulo por tantas aventuras compartidas, pero ya no respondía la garganta. ¡Sufrimiento no dolor! ¡Padecimiento! No podría describírtelo, lector, sin un cuchillo. ¡No tendría más remedio que matarme! La memoria desmembrada ¡pantallazos insufribles! ¡Putamaaaaarrrrrggggghh

El retintín de la minúscula piedrita me calmó. Recién ahí, sentí las lágrimas corriendo por mi torso. La materia, sin ningún lugar a dudas, es un medio muy hostil para las almas. Me senté. “¡Respira hondo maricón que ya pasó!” Ramsés reía. “¡Buen orgasmo!”

Yo trataba de reír - y ya por poco lo lograba. “¡Vamos! ¡Hazte del timón! ¡Ya destapaste los riñones! ¡Están listos otra vez para toneles de cerveza!” Lo sentíamos de nuevo. Porvenir. Hasta la muerte nos hubiera parecido, como tantas madrugadas ¡con idénticas hormonas! aventura por delante. La guitarra no dejaba de cantar y las estrellas, otra vez, hacían cola por subir en el Pelicano. Ya no nos encontrábamos, cansinos, en bajada. No montaña: cordilleras. Otra cima. Con alguna zanahoria, los reflejos de la noche nos llevaban.

## 25

### Desbordados de futuro

*No las cartas solamente: los planetas, y nosotros.*

-Mire eso, faraón, qué bien se ve. Su reino sabe distinguirse.

-¿Lo dudabas?

Como pudo, se dio vuelta. Su pescuezo no rotaba. Yo llevaba mi nariz hacia la proa, pero él, así podíamos charlar, iba sentado, sobre tiernos almohadones, hacia mí. Nos comprendíamos mejor si nos veíamos los labios.

Parecía ser el tipo de lugar que nos gustaba: sin corsé, pero con clase. Musicalmo, combustible. Doctorado, cabalístico. No rey, pero león. De pocas reglas, pero claras - con opción a caducar según la hora. Confesión, impenitente. Dignidad, sin fanatismo. Con las sombras al escape. Con incógnitas y muelle.

Nos estábamos bajando del pelícano, radiantes, pero lentos. Con cuidado. Los pasitos de Ramsés

quedaban cortos para tanto subibaja. Los recuerdos, sin embargo, nos jugaban a favor: “si los rebeldes no pudieron con nosotros, unos años mucho menos”. Las vivencias continúan inspirándote por años. Los rebeldes... Todavía, contra todos los pronósticos, podíamos contar: eran decenas, contra miles. No nos íbamos a dar por espantados con el número.

-¿Podemos ayudarlos?

-¿Ayudarnos?

-Si no saben regresar, quizás sepamos orientarlos. ¿Dónde viven?... con cuidado... ¿pueden solos? o... sosténgase de mí... si lo desea.

-Mira niño. Cuando quieras ser amable, sólo ven con una copa. Por lo otro, despreocúpate de ambos. A no ser que -como cabra con pastor- hayas venido con tu novia, porque vamos a movernos por el bar como si fuera nuestra casa.

Me da sueño relatar, en cada verso, nuestra forma de crujir, pero debíamos bajarnos todavía. Procurábamos apoyos. Parecíamos arañas ensayando posiciones. El pelícano trataba de dejarse de mover. Cuando quisimos acordar, estaban todos observándonos, afuera, con las copas en los dedos y las caras en las risas.

Los miramos, recorriéndolos a todos, para ver si resistían. Con un toque de varita de los ojos, es posible desnudar, al individuo, de la masa. Despojados del anónimo, sus rostros se sintieron diferentes. Es, quizás, lo que mejor se complejiza con los años: el talento de saber comunicarse.

Finalmente, conseguimos descender. Entonces sí, ya desfilábamos, triunfantes, por el muelle. Las mesitas exteriores se veían agradables. Más allá de que las eras (mucho menos unas horas), en Egipto, no tuvieran intenciones de llover, igual queríamos mirar el interior. Hicimos bien. Equivocarse, con el mapa por doquier de las arrugas, es difícil. Allí mismo nos quedamos.

El mesero no nos tuvo que venir a preguntar: apareció con dos cervezas evidentes. Enseguida nos miramos extrañados; el aroma parecía ser intenso. Mucho más de lo normal. Qué cosa rara. Decidimos preguntar. “Es la común”. Nos la llevamos a los labios y, lo mismo que la lluvia con las flores, el sabor le puso pétalos al gesto. Las hebitas de marfil reverberaron en la nuca del discípulo. De golpe, decayeron otra vez:

-¿Comprendes esto?

-¡Por Amón! ¡En el palacio nos dan agua! ¡No cerveza! ¡Con razón tenemos, ambos, las rodillas oxidadas!

-¿Cuánto hace que nos vienen engañando?

-No lo sé... Malditos médicos.

-Lo más aterrador es que jamás nos dimos cuenta.

-Le pondrían colorante...

-Por favor, que, por, al menos, dignidad, no fuera té.

-¿Tan viejos somos?

-O, peor... ¿estamos locos y se cuidan de decírnoslo?

-Quizás, a cada rato nos lo gritan y nosotros ni siquiera lo notamos.

Un astrólogo pasaba por las mesas, ofreciéndose:

-Señores, ¿gustarían de saber qué les depara su futuro?

-Bueno... no precisamente, pero siéntate. Futuro, con criterio. Tan cercano como puedas.

Barajaba, con jugosa lentitud.

-Haremos todo lo posible...

Se sentó. Pedimos algo para él. Si los astrólogos dejaran sobornarse, qué felices que seríamos... Dispuso las barajas en la mesa con marcial

cuadrículado. Se purgó con unos cuantos estornudos y tomó, de su frasquito personal, un bebedizo que, seguro, no sería mucho menos asqueroso que lo más desagradable que te puedas figurar. Tragó con áspera firmeza. “Bien. Veamos.” Levantó, como te suele despertar una caricia, la primera. Con los dos a su merced, quedó mirándonos, de ceño reflexivo. “Son personas importantes...” Parecía que las velas, asintiendo, nos quisieran delatar. “Es evidente que lo somos, en un mundo donde pocos siguen vivos más allá de los cuarenta”.

Por su gesto, se notaba que las cartas eran buenas. Mucho más: extraordinarias. Tan así, que revisó sus conclusiones, varias veces. “Hoy tendrán la mejor noche de sus vidas”. Nos reímos; era muy inverosímil, sobre todo si tomábamos en cuenta las gestadas cuando jóvenes. Igual, con semejante predicción, no nos pondríamos en contra: “la fortuna de verdad es que te toquen adivinos inspirados”. ¡Eso son los sacerdotes! Así quedan las estrellas cuando tú te las revuelves. “Me parece que jamás he visto cartas tan hermosas, ¡las quisiera para mí!” No nos pondríamos en contra. “Lo mejor es que te toquen ¡que las vivas! con un mágico poeta”. Mucho menos, con el aire renovado de las copas. Hay aromas que te inflan los pulmones como velas.

## 26

**Ponnos título, lector**

Nos despedimos del astrólogo con todos los planetas a merced. Alrededor, la singular cosmología de los bares: el que mira, disfrazado de galán, desde la barra, solterón, tan inseguro que no sale de su pose. Los que salen, en grupitos, a rondar y pasan pasan pasan pasan. Las que dicen “allí vienen otra vez” y ponen cara de deidades en el colmo. Los tocados por Amón. Los sin permiso. Las muchachas que, con aire virginal, se despidieron de sus padres y, después, se terminaron de sacar, en el lavabo, los excesos del vestido. Los que toman y se ponen asquerosos. Los que rompen a gritar, como tratando de ser álguienes. Los otros, que procuran ser anónimos al menos una noche. Los que no les queda nada por mentir. La camarera, que sonrío para todos por igual y todos piensan que la tienen a sus pies. Las divorciadas, de juanetes a la vista. Los que blanden la chequera, como monos la banana. Las que saben elegir: dos jovencitas que charlaban con nosotros. “Han tomado”, nos decíamos, “seguro que nos ven

esculturales”. Es así, pero lo puedes comprobar: si tienes algo de beber, sólo precisas un espejo.

-Qué fantásticos abuelos deben ser... ¿Adoptan nietas?

Hay verdades que comienzan a decirse con el cariz de la broma. Sin embargo, lo sabíamos: los jóvenes no tienen entrenado su sentido del humor. Ahora bien, también es cierto que las chicas, de común, maduran antes que los chicos. O, tal vez,

-¡¡Al suelo todos!!

El sonido de la música cesó.

-¡¡No lo diremos otra vez!! ¡¡Al suelo todos!!

Nadie quiso resistirse. Los borrachos valentones se tiraron de mentón. El perfectito de la barra tomó todos los recaudos con sus prendas, y también. Las divorciadas los saldrían a correr cuando se fueran y los jóvenes, adultos para tantas otras cosas, sollozaban como niños.

-¡Hey! ¡Abuelos! ¡¿Están sordos o dementes?!

Avanzó sobre nosotros el más malo de los dos y, su pareja, se quedó recopilando billeteras. Si le daba por tirarnos, el discípulo, con huesos de cristal, estallaría. Cuando ya nos alcanzaba, vi que algo sucedía con Ramsés. Llevó las manos a su pecho, con un golpe. Sus pupilas... ¡Maldición! ¡Estaban blancas!

¡Le miraban al cerebro! Tosió raro, gritó feo, se dobló sobre su propio corazón y gimió tan desconsolado que la gente se creyó que los bandidos ya tenían una víctima mortal. Las llamaradas de las velas parecían hacer gárgaras. “¡Un médico! ¡Tenemos un infarto!”

¡Tuc!

Hasta yo mismo me quedé desconcertado. Conveniente teatrero. ¡Posesión de Nefertara! La patada de Ramsés a sus testículos llegó, pero con moho; como lento latigazo. Las rodillas del bandido se veían sorprendidas, a lo sumo. Por las dudas (y de frente) le di otra de mi parte, mejor puesta: me llené, de sus sufrires, el empeine.

Las rodillas, moribundas, allí sí se le quebraron. La pareja, cuando vio que lo teníamos tan fuera de combate, suspendió su calidad de tesorero por la otra, de matón. Se nos venía, con inhóspitas promesas en los puños. “¡Vamos! ¡Alguien que lo frene!” Pero nadie se pensaba levantar de su temor. Les caminaba por arriba, pisoteándoles la honra. “¡Maldición es uno sólo!” Parecía, tanto más, que contraían las espaldas así no se le movían. Y, moviéndolas, rotundas a la par, como si fueran sonajeros, una chica se paró, con distractoras intenciones. Enganchado de los ojos, el bandido tropezó. Desabrochados, los anzuelos son redondamente fáciles de no dejar pasar.

Volaron gritos y, por fin, lo redujeron. Ahí sí, con los tirantes de los toldos exteriores, los ataron enseguida.

-¡No nos peguen por favor tenemos hambre por favor tenemos hijos no nos peguen por favor están enfermos por favor no lo queríamos hacer perdón perdón perdón!

-La policía tendrá mucha más paciencia que nosotros.

Parecía ser el dueño del local. Un empleado, musculoso de cargar y descargar, se los llevó. Los casilleros de cerveza deberían tener piernas, como Satis.

Un estúpido clamó:

-¡Canilla libre para todos! ¡En honor a los abuelos y la chica!

Los aplausos provocaban, por encima del estrépito, relámpagos. “¡Al próximo que...” No nos conseguíamos oír nosotros mismos, ni siquiera. Vitoreaban como búfalos. “¡Al próximo...” Seguían. Nos prestaban los oídos que le prestas a los fósiles. “¡Al próximo...” Seguían y seguían. Por lo menos, lo diré con jeroglíficos: al próximo maldito que nos diga los abuelos, nos lo vamos a cargar, como pegándole con todas nuestras décadas.

“¡A! ¡bue! ¡los! - ¡A! ¡bue! ¡los! - ¡A! ¡bue! ¡los! - ¡A! ¡bue! ¡los!” Con el escándalo del robo, velocísimos, los músicos habían desertado. Lo pensamos a la vez, con telepática costumbre. Ya verían. Medio paso cada pie: nos dirigimos a tocar (con engañosa lentitud) y procuramos recoger los instrumentos. En rigor, nos ayudaron. Levantaron el tambor y colocaron, en las manos de Ramsés -como si fueran un estático soporte- la guitarra. Yo quedé bastante firme con la lonja, prometida, con tirante juventud, entre mis piernas. Púm pam pam pam, púm pam pam pam, púm pam pam pam, púm pam pam pam -los acordes de Ramsés los terminaron de callar- pam trrrriííimmm pam púm pam pam pam trrrraààammm pam púm pam pam pam trrrriííimmm pam púm pam pam pam trrrraààammm pam púm pam pam pam... Las parejas, enseguida, se dejaron envolver por la balada que tocábamos - con toda la virtud de nuestros propios instrumentos. La guitarra son los dedos, no las cuerdas y, la lonja, son las manos. Con hormonas a granel, los bailarines nos habían entregado sus sentidos. La mejor esclavitud es la que logran los artistas, ¡más real que la que logran las cadenas! Cuando vuelves otra vez sobre los textos o la música tan sólo porque no te les consigues despegar, ¡porque la carne te lo pide!, por delicia de los nervios, por imán, por regodeo, por placer o por pasión, ahí te

tienen, los artistas, agarrado del espíritu. Percíbeles la dulce, fascinante maldición. ¡Esclavitud liberadora! ¿Cuántas veces has bailado con mis versos? Mis palabras no se miran, sin tocarlas. Mis estrofas son milagros imposibles de leer, sin movimiento. Los restantes escritores, son escribas. Los poetas, bailarines. Una vez que te tenemos de los ojos, te tenemos de las ganas. ¡Bailarines! Una vez que te tenemos de la mano, te tenemos de la nuca. Cada cosa que nos niegues, la darás, multiplicada por capítulos, mañana. Nada menos: la tirana, deliciosa sujeción de la belleza. Brujería. ¡La mayor felicidad de ser esclavo, sin cadena! Bombardéame los versos de placer, con tus sentidos a mansalva. Que las hojas se transformen; que las páginas no queden sin secuelas. Las vivencias en la piel son una forma de la magia. Desmesura. Yo le hice cada cráter a la luna solamente de mirarla.

-¡Por Amón! ¿Ya viste eso?

-¿Cómo dices?

El discípulo trataba de llegarme con su voz.

-¡Si viste eso! ¡Nuestras chicas! ¡Que no dejan de bailar con esos dos!

-¡Maldita sea! ¡Separémoslos!

Tratamos de tocar alguna cosa menos dulce, pero sólo conseguimos que tuvieran renovados movimientos que probar.

-En ocho tiempos sostenemos. Vas a ver, con la sorpresa se desprenden. Vamos: cuáa trée dóo ùn, cuáa trée dóo ùn

Se desprendieron, es verdad, pero quedaron a merced, como caníbales en pose. “¡Se nos besan toca ya!” Lo resolvimos por segundos, ¡por un ínfimo pelín! - pero notamos que los chicos se quedaron con calor en entredientes. “Bien, malditos. Ahí tienen”. Intentamos otro ritmo más difícil de bailar. Ya no teníamos reparo de que nadie nos siguiera. Todavía las rondaban, sin embargo. “¡Yo les tiro la guitarra!” “¡Toca duro! ¡Toca duro!” ¡¡Chán chàn chán chàn chán chàn chán chàn!! - las rompimos en pedazos. Esa noche, ya ninguno se saldría con la suya. Descompás sin do re mi, como fragor a cadenzas. Las parejas se soltaron del amor y se volvieron a nosotros, sacudiendo las cabezas como zombis a mandíbula, porfiándonos que sí.

## 27

### Piratería

#### *Nos llevaban a los dos de contrabando*

Cuando, pronto, con los años a la vuelta de las horas, no consigas distinguir jugueterías de farmacias y las uñas, más que piel, parezcan hueso. Cuando ya no quede nadie que te pueda desafiar, pero darías el imperio por ser joven otra vez. Cuando las jóvenes te sigan atrayendo -no las otras, más acordes- y la mínima brisita ya te ponga contraviento. Cuando ya no puedas dar una lección sin atorarte. Cuando vivas encorvando los achaques y los vasos repercutan, con el sólo movimiento de brindar, en las lumbares. Cuando huelas a tus muebles. Cuando sientas, sospechando del infarto, puntaditas por doquier. Cuando te sientes a la mesa con los gases cada vez un poco menos controlables. Cuando ya no te sorprenda lo groseramente rápido que todas tus amigas ¡las de piel sin parangón! ¡las de belleza sin igual! envejecieron hasta casi parecer alguna clase de demonio, ¡cuando lleguen todas estas hecatombes! no precisas un sentido. Los que siempre lo consiguen

encontrar, son, justamente, los que no lo necesitan. ¿Cuándo huelas a tus muebles? ¿Cuándo huelas a pañal! Cuando las jóvenes te miren sin temor, inofensivo, ¿cuando digan "aquél viejo"!, tú, por obra de mi pluma, lo sabrás: te ven así porque sería poco fértil cautivarse con tus curvas. Espejismo, nada más. ¡Los ojos ven en holograma! Sin embargo, ningún médico sagaz haría ir a su paciente sin segundas opiniones: las hormonas. ¡Las hormonas! Ellas son el elixir que tantos mártires buscaron. Bombardéate con tantas sensaciones como puedas; es ahí donde te vuelves, otra vez, reproductivo. Vamos, tócate los labios y respíralo conmigo, de los dedos. Yo lo tengo. Tú también. El singular olor a baba de los viejos. El aliento venenoso. Los pulmones exhumados. Las pupilas aguachentas y las cejas despeinadas. No tener otra salida, da valor. Algunas cosas que de joven las creía sacrilegios, ¡hoy jamás! Las experiencias embellecen y los años no te ponen más severo, sino todo lo contrario. Cuando vayas a cruzar una plazuela, si la sientes un estadio, que te puedas sonreír: "será difícil superarme". Que se tenga que meter en sus medidas, otra vez. A ti te digo. Yo también he sospechado las bondades de morir. Ahorra penas. Sin embargo, desperdicia toneladas de placer. ¡Felicidad! Felicidad tan excitante que quisiera reencarnar para volver a repetirla. Sé sincero: ¿no nos ves esculturales?

Nos hubiéramos quedado mucho más, pero los astros ya tenían que marcharse. Los meseros bostezaban y las velas se dormían. No quedaba casi nadie. Terminamos de beber lo que teníamos aún y nos paramos para irnos.

-... y pensar que, si no fuera por nosotros, estarían, todavía, con las nalgas a merced de los bandidos. Qué futuro...

-Si no fuera por los jóvenes, Ramsés, se nos hubieran muerto todos. Además, no debería sorprenderte. Si Zatán nos traicionó...

-¿Qué no podríamos, al margen de someras ilusiones, esperar de los demás?

-Igual nosotros, por fortuna, no tasamos las acciones en retornos.

-Es verdad. Amenemope, tu colega, tiene toda la razón: “Cuando los pobres, de raquíico caudal, te deban mucho, tú divídeles sus deudas entre tres, perdona dos y deja una. Ya verás: es lo mejor en esta vida. Dormirás como los muertos y, después, al despertar por la mañana, la verás maravillosa. Reconforta mucho más ser apreciado por amor, que por riquezas”.

Le llamaba “mi colega” nada más por molestarme, desde luego. Nefertara, desdeñando los

jurados, nos decía: “los artistas de verdad ¡los megalómanos! no suelen aceptar comparaciones”.

Al salir, estaba fresco, pero lindo. Con el aire renovado de la noche, los pulmones, otra vez, se ventilaron. Salpicada por ahí, quedaba gente todavía, sin marcharse. Parecían exprimirse, con un último tirón de madrugada. De nariz espabilada, con las olas a los mimos, el pelícano, despierto, retozaba con el mismo movimiento de los perros cuando huelen a sus amos. Caminamos hacia él y, mientras íbamos andando, con la bruma cada vez un poco menos irreal, nos parecía distinguir a nuestras chicas en el muelle. También ellas nos habían conocido, desde lejos. No lo tengo que decir: estaban solas. Como no, que, quienes fueran los muchachos en adjunto, lo contarán por sí mismos.

Avanzaron desafiantes:

-Por su culpa, que se fueron a tocar y nos dejaron a las nuestras, estuvimos intentándonos librar de dos imbéciles, por horas. Nos la tienen que pagar.

Amón es grande. Nos subimos al Pelícano.

-Si gustan, las llevamos a sus casas.

Respondieron con el hombro displicente.

-Como quieran...

Por el tono, parecían respondernos “sin apuro”. Por muy poco, les tendemos una mano, pero no nos dieron tiempo: se treparon en el pájaro con saltos de gacela.

Si de nuevo conversáramos los tres, con un cadáver a la vista, preguntándonos por causas y motivos, hoy diría que las almas ¡que la vida! cobra carne para verse con obstáculos que sólo se presentan en el mundo material. Hay una forma del placer que no conoces sin pasar dificultades. Nada raro: vacaciones aventura. Cuando pesen de cansancio los tobillos, ¡cuando sientas el temor en la carótida!, recuérdalo: “vinimos a por esto”.

Mucho más que los capítulos con sol, las madrugadas son inciertas. Muy distintas de los cuentos infantiles, las historias de verdad no se resuelven a las doce. ¡Sólo míranos! ¡Las idas y las vueltas que tuvimos en el medio! Las muchachas especulan con nadar, y todavía no salimos. Y los jóvenes no temen de sus cuerpos y no sé si tienen malla. Se podrían delinear, a diferencia de nosotros, con un trazo solamente. Tantas veces creí ser afortunado para, luego, darme cuenta del error y tantas otras fui sin ganas a lugares que serían un vergel de los que nunca me querría retirar. He sido yo quien, de bebé, descuartizaba los papiros y, después, el que trataba de perderse donde fuera para

no llegar a clase de solfeo. Fui también el que jamás hubiera ido por las buenas al doctor y que, después, enamorado de su hija, Haknibit, jamás hubiera regresado por las buenas a su casa. Me llevaron de la una, me trajeron de la otra: las orejas me quedaron educadas a la par. He sido yo quien recelaba de los reyes y, después, con alegría rebosante, fui padrino de los príncipes. Un día, fui sin ganas a la fiesta que, después, dejé por último (quizás, así se ve la maravilla de la vida poco antes de nacer, cuando los dioses nos designan y, quizás, así se ve la maravilla de la muerte con los ojos del humano). ¡Que después dejé por último de tanta conrazón: amigos risas y milagros! Infortunios que, lo mismo que la sal con el azúcar, no se restan de la dicha, sino todo lo contrario: la resaltan por contraste. Los que faltan, multiplican el amor a los presentes, mucho más fundamentales.

-¡Vamos! ¡Vamos!

Las muchachas se zambullen en el Nilo, chapotean, nos salpican

-¡Vamos tírense!

Ramsés apenas puede con la borda. Su mentada corpulencia necesita de cartílagos y músculos acorde: ya después de ciertas décadas, es una desventaja. Finalmente, consiguió rodar al agua sin matarse. Lo seguí, con un clavado que cobró sus

cachetadas por doquier. Las sensaciones cristalinas. El aroma de la brisa sazónada con las olas. Su tranquila tenuidad acariciándonos la piel. Su superficie, sugerente por los hombros. Lo liviano de los cuerpos en el agua, sin barreras, atrevida. Las brazadas y las piernas, que comienzan a rozarse. Las facciones, aceitadas por la luna. Las pupilas, reflejando la galaxia. La galaxia, deleitada con su clímax: los humanos. Mucho más que los humanos: las personas, entre sí. La temeraria cercanía. La divina sensación que no se logra ni con oro, ni diamantes. El imán, acompasado. Los instantes, paulatinos. Las cosquillas de la piel a las caricias con el Nilo. Las cosquillas, adheridas. Las caricias en la piel entremezcladas con los labios. Las cinturas, sostenidas. Los espíritus haciendo su trabajo. Las arterias a la vista. Las narices encontradas. El Pelicano llamándonos. Nosotros, como reyes. Las muchachas, como diosas. El desierto, sin confines. El astrólogo, no tan desacertado. Hatsefari nos haría levantar un obelisco. Nefertara nos diría que siguiéramos tranquilos, que ya tiene la revuelta controlada. Las miradas, sumergidas. El Pelicano llamándonos. Los pómulos, radiantes. La belleza, tan real. Paradisiaca. Tangible. Las hormonas, como nuevas. El Pelicano llamándonos. El fresco de la brisa. Nos subimos. La cubierta, con erótico perfil. Creciente luna. Luz a prueba de complejos.

Infracciones, sin maldad. Inteligencia, sin cordura. Deliciosos almohadones. Por lo menos esa noche, nadie más hubiera sido tan el uno para ¡mágicos! el otro. Nos teníamos, al filo de las uñas. A la chica de Ramsés, como caídas de los cielos, las estrellas comenzaron a picarle. “Voy adentro”. Ni su chica ni Ramsés consideraban separarse. La siguió. Para nosotros, era mucho más romántico quedarnos a la luna.

## 28

### Paraíso

*Si te gusta disfrutar de los placeres de la vida, no te pierdas de la muerte*

Contra toda la ventaja que le daba su nariz, llegué primero. Le gané por unos párrafos y pude recibirlo ya sin carga, como todos los demás. Se nos mezclaban dos distintas sensaciones. Por un lado, la de vernos, otra vez, después de siglos separados por el mar, con una parte de nosotros. Por el otro, la de vernos, otra vez, con un amigo del que nunca nos hubiéramos, por siglos, separado. ¡Nos teníamos de nuevo! Nos teníamos de nuevo, como nunca. Qué bellísima cadena de sucesos, ¡qué milagros oportunos! Qué lejana que se ve la sensación del desamparo. Qué magnífico pasado ¡qué zozobras felicísimas! ahora que sabemos algo más del porvenir. Subida libre. Qué vetustos los instintos que teníamos. ¡Qué drásticos ¡exóticos! los nuevos! Todavía no la puedes concebir: felicidad. Felicidad multiplicada por millones.

-Procedamos.

Una mano lo tomó, por entremedio de nosotros, de la suya. Todos ya lo conocíamos: Anubis. Le tenía que pesar el corazón en la balanza, con el resto de los dioses ante sí, como jurado.

-Por favor, ahora sácatelo. Déjalo, después, en el platillo.

No sabía si tenía que reírse. Por las dudas, sonrió. Seguramente, lo decían por... tal vez... ¿romper el hielo? Sin embargo, cuando vio que lo miraban con la paz imperturbable, comprendió que no bromeaban. “¿Cómo hago?”, preguntó. “No tienes uñas de león, pero verás que te funcionan”. Al inicio, le costó. Dudó muchísimo. Trató de demorar, pero los dioses tienen siglos de paciencia. Mucho más que las pirámides. A veces, esperar resulta más agotador que comenzar con el trabajo. Nos miró, como buscando, más que fuerza, compañía.

“Bueno -dijo- si salpico no se quejen”. Intentó con pellizcones en el pecho que no fueron eficaces y, después, con pellizquitos, que quizás. Primera sangre. Nada más una manchita, sin goteras. Se detuvo, para ver si le decían que parara, pero no. Tenían tiempo. Si no fuera por nosotros, que le dábamos confianza, ¡que le dábamos aliento sin parar!, hubiera sido mucho menos obediente con los dioses. Yo venía de pasar por esa misma situación, y lo sabía. La gallina me corría por las vértebras. Ahora que conozco cómo

sigue, lo podría repetir, agradecido, setecientas veces siete. Sin ningún lugar a dudas, las palabras del augur habían sido, desde todos sus aristas, acertadas.

Todavía con muchísimos reparos, insistió sobre la piel que ya tenía lastimada, para ver si la podía perforar. Urgó bastante con las uñas y, despacio, con indómita paciencia, parecía conseguirlo. Sin ayuda de cuchillos ni tijeras, se valía de tesón. Entonces sí, con más volumen de sangrado, fue distinto. Rompimiento, sobre ruedas. Avanzó con lubricante, más veloz. Después de largo revolver, pasó la llema. Con elástica verdad, si pasa una, pasan dos. En ese punto, con los dedos como ganchos, agrandar el orificio le fue fácil. Comentó: “si me desmayo, me desmayo”. Redobló la voluntad, pasó las manos y, de pronto, con el diámetro tendido, vimos pulpa. Gradualmente colorido, cada vez, el orificio se volvía más boquete que pellizco.

Se metió por sus hilachas, revolviéndolas: el músculo resulta más sencillo que la piel. Desvanecerse de mentón hubiera sido lo normal, pero descubres, a medida que penetras por el cuerpo, que tu vida ya no tiene ningún punto de contacto con la carne. “¡Comencemos!” exclamó, como dejándose de peros. Se prendió de los tendones y, cinchando, desgarró su pectoral, en una pieza. ¡Se le vieron! - las costillas, tan a mano, parecían ofrecerse. Se colgó de la primera.

Cimbró duro, con vigor. Hizo palanca, se dejó de vacilar y la quebró, con esquelético chasquido. Terminó de separarla con profusos movimientos circulares y, con ojos todavía sorprendidos, la dejó caer al piso. Ya después, las que seguían, cada vez se las sacaba con mayor facilidad.

Ahora sí, ya no tenía más obstáculos ni peros. Apartó, sin demasiada resistencia, los pulmones y cinchó del corazón. Aún atado de las venas, te parece que, cocido de la piel, te tironearan por adentro, del talón y de la cara. Lo trató de desgarrar, pero tan sólo consiguió que las arterias afloraran. ¡No dejaban de salir! Aprovechó: cuando las tuvo suficientemente largas, las cortó con la porfía de las fieras, a mordidas.

Ahí sí: si ya la sangre discurría con bastante fluidez, en ese punto, lo bañó. Con infantil curiosidad, quedó mirándolo, girando la muñeca para ver sus pormenores desde toda perspectiva. Desprendió los excedentes que colgaban, escurrió lo que quedaba por sangrar y lo dejó, con las arrugas de las pasas y la norma como ley, para pesar. Los dioses no desaprobaron la conducta, porque, bien, el reglamento no podría ser más claro: ni restitos de carótida, ni sangre - sólo pone “corazón”. Osiris dijo: “por favor, el asistente con la pluma”. No se puede ser un dios si no te rige la bondad y, como dios, Osiris sabe ser benévolo: la pide de pegaso.

La balanza se movió: Ramsés estaba -como todos lo sabíamos- salvado. ¡Qué bellissimo momento! Se nos quiso ¡sin más trámite! lanzar, pero su carne lo ceñía. Comprendió. ¡Qué deliciosa sensación cuando lo notas! Se tomó, con las falanges apuradas, de los párpados. ¡Rasgó sus comisuras y cinchó, despellejándose la cara! ¡Libertad! Desprendimiento, del de veras. Libertad, como jamás te la contaron. Bienestar sin atenuantes, ¡libertad! Mordió su lengua. La tiró sobre la pila de costillas, escupiéndola tan alto como pudo. Rompió otra. ¡Otra! ¡Otra otra! ¡Otra otra otra otra! Los pulmones lo pedían: metió mano, metió más y los sacó, pero quedaron suspendidos de la tráquea, como pechos. (Isis creo que me mira). Tuvo tiempo de bromear: los sacudió, como vedette de carnaval y terminó de desprender el esternón. ¡Felicidad! Siguió rajándose, con miras al abdomen. Chapoteaba, con jolgorio de bebés, en el enchastre de su cuerpo. Derramó los intestinos como quien se liberara, finalmente, del problema de la panza. ¡Del estómago! ¡Del hígado! ¡Del colon! ¡Nunca más esclavizado! Santos dioses, nunca más. Entonces sí, se desprendió de los pulmones con un súbito tirón. Son tantas cosas que no sabes para dónde continuar. ¡Por la mandíbula! Trató de dislocarla con las manos, pero no resulta fácil: viene bien asegurada. Se sacó, multiplicado de placer, una clavícula. La puso de palanca por adentro de la boca, perforando por

debajo de la pera. Se colgó, prácticamente. Rompió todo, como lluvia de cadenas estallando. Se le vio la campanilla, con las vértebras bajando por detrás. Las agarró. Les dio dos golpes con el canto de la mano. Sonó lindo. Partió algo. Se tomó de la cabeza. La torció, como tratando de marearla, tantas veces que logró lo que quería. Ya con ella desprendida, le sacó lo que quedaba, todavía, de facciones. ¡Las que tanto lo solían ocupar! Después los ojos, con los dedos. La ciñó de las orejas y le dio, salvajemente, con el piso. ¡Paf! ¡¡Paf!! ¡¡¡Paf!!! Volaron trozos por doquier, descascarados. Es difícil explicar lo desdeñable que resulta, nuestro cuerpo, separado de nosotros: amasijo repugnante que, jamás, en tus cabales, le darías trascendencia. Con puñados de cerebro, lo regó como cubriéndolo de flores. Cada vez sentía más la libertad. ¡Faltaba poco! No se puede describir: es el milagro de la dicha, sin ninguna contracara. ¡Cada vez lo percibíamos más cerca de nosotros! Unos últimos tendones, las caderas, ¡las caderas! Eso es. Ahora sigue con el fémur, ¡despedaza la rodilla! La locura desvestiéndose, triunfal, de su chaleco. ¡Ya te tengo! ¡Ven discípulo! ¡Te tengo! ¡Tira fuerte Nefertara! ¡Los gemelos! ¡Ya revientalos Ramsés! ¡Estás del páncreas todavía! ¡Pulverízalo! ¡Ya casi! ¡Vamos todos! ¡Lo tenemos! ¡Tiren! ¡¡Tiren!! ¡¡Lo tenemos!!

Lo que sigue, superior a lo que todos especulan al rezar, es tan insólito, tan bello ¡tan genial! que no se puede transmitir ni con la pluma más fantástica del cielo. ¿Lograrías explicar la sensación de cuando duermes? Es lo único, quizás, que nunca nadie -ni cordero ni pastor- describiría como feo. Guiño. Ser, sin existir. Abracadabra. ¿Temes tanto que le temes a dormir? Hay dos opciones: o te curas, o disfrutas del temor. Es imposible que comprendas uno sólo de mis versos con cualquiera de las otras. Padecer es aburrido. ¿Temes tanto que le temes a la nada? Con las manos en mis hojas, ¿eso piensas? Te confundes, porque no lectores míos. Pero, bien, si de verdad están temblándote milagros en los dedos, que parezcan terremotos. ¡Que se caigan las palabras del papel! y que, si lloras, a los gritos; que, si niegas a los dioses, a portazos; que no guardes este libro: que lo rompas a pedazos. Eso quiero. Yo también, algunas tardes, golpearía la nariz de mis lectores si mi puño les llegara por las hojas. Que desprecies los metales, por insípidos. Que no te quede miel ni condimento por probar y que, si juras, con las muelas; que, si pecas, con maldad y, si te rindes, por las malas. Que, si vas a cometer estupideces, por amor y que, si llegas a cruzarme -todos somos moribundos- no me tengas que mirar arrepentido. Yo tampoco. Lo sabrás, y lo sabré. Que no tengamos que mentirnos. O rapados, o peludos - pero líbranos, Osiris, de vivir a medias

tintas. Si te gusto, te conozco: por ti pongo las pelotas en el fuego. Cargarás con lo que sea: no conmigo. Tendré lástima de muchos: no de ti. Que lo sepamos por las manchas. No por títulos ni premios. ¡Por las manchas! Más aún: por las heridas. ¡Pero todas sin cerrar! Como llevamos al Pelicano: recoge, de las hojas destrozadas, estos versos -¡pero rómpelas a mano! ¡Ya no temas a los verbos maldición estás conmigo!- porque no me quedaré, bajo mis huesos, mientras haya madrugada. Ponme cerca. Sentiré tu corazón en el papel. A veces yo lo necesito mucho más que los cobardes. Asumámoslo. Nos vamos a morir. Que lo sepamos por la forma de renguear. Por las botellas en el piso. Por los dientes que nos falten. O, peor: por el escándalo de todos. O, mejor. Que lo podamos empuñar: para tormento de los santos, ¡para dicha de los hombres! -moriremos a las risas- que digamos, con la última guiñada de los ojos, “he vivido”.



El coeficiente intelectual de las personas, que venía en aumento desde que se llevan registros, ha comenzado a disminuir desde hace unos veinte años. Según los expertos, una de las principales causas de este fenómeno es el empobrecimiento del lenguaje. De manera relacionada, hay estudios que demuestran que gran parte de la violencia intra familiar y pública proviene de la incapacidad de expresar emociones y elaborar pensamientos complejos.

PALABRART te invita a continuar leyendo textos desafiantes.